

Antiguas Mitologías
India-Persia-Babilonia-Egipto
Por Charles Kovacs

Prólogo

En el mundo del habla inglesa, los maestros de las escuelas Waldorf están en desventaja con sus colegas de Alemania. Un maestro en Hamburgo, podrá encontrar material educativo de cualquier tema por autores antroposóficos. Pocos libros de este estilo están disponibles en inglés y el material en Bibliotecas Públicas está a menudo reñido con el espíritu de la educación Waldorf.

Charles Kovacs (nació en 1907 en Viena), un maestro de aula de la Escuela Edinburg Rudolf Steiner, escribió extensas notas de sus principales lecciones, día por día, de las clases de 1º a la 8º, para ayudar a los colegas en la búsqueda de la fuente indicada del material. Subsecuentemente, el texto ha sido usado y apreciado por los maestros en Edimburgo durante muchos años. Aunque presentado en formato de lecciones, al pie de la letra, debe ser entendido que el texto representa la forma en la cual un maestro particular enseña a un grupo de alumnos particulares, pero el contenido de las historias, el modo en el que el maestro trata de engendrar y el estilo narrativo apropiado, provee valiosa información, particularmente por el maestro que presenta el tema por primera vez. Con nuevas escuelas Waldorf surgiendo continuamente y con pocos maestros poco experimentados para proveer personal, hay una real necesidad de hacer accesible este tipo de material.

Por último, una palabra para aquellos que no están familiarizados con la educación Waldorf, saliéndose de los ímpetus pedagógicos del filósofo austriaco Rudolf Steiner (1861-1924). El currículum de las escuelas Waldorf tiene como objetivo algo más que despertar el mero intelecto. Las escuelas Waldorf de todo el mundo, buscan educar a todo el ser del niño en desarrollo, donde cada uno pueda desarrollar el real potencial humano y espiritual.

Atlántida y Manu

Este año escucharán algunas historias de gente que vivió un largo camino atrás en el tiempo, en los verdaderos comienzos de la historia. Comenzaremos con la gente que vivió en la antigua India. Más adelante, también escucharán sobre la gente de la antigua Persia-Babilonia y Egipto. Son todas historias de países lejanos y de hace muchísimo tiempo atrás, historias de dioses mitológicos, nobles héroes y grandes aventuras.

La gente que contó algunas de estas historias, vivió hace mucho tiempo, tanto que tendríamos que contar hacia atrás 10.000 años para alcanzar la época en que vivieron en la tierra (*ver apéndice pp. 177 -en la presente edición: pág 137-*) y en ese tiempo, hace 10.000 años, el mundo tenía un aspecto muy diferente. No había ciudades, ni pueblos en Inglaterra. No había gente en absoluto, porque Europa toda yacía bajo una capa profunda, cubierta de hielo y nieve. Todavía pueden ser encontrados hielo y nieve a varios metros de profundidad, alrededor de los Polos Norte y Sur. Pero hace 10.000 años todo sobre Inglaterra, Francia, Alemania y Noruega era parecido a eso. Todo el territorio de Europa estaba cubierto de hielo y nieve, y nadie podía vivir en aquella parte del mundo. Pero había partes del mundo más templadas. Hoy día, en una extensión entre Europa y América hay un enorme y ancho océano. Aún los barcos más rápidos necesitan cuatro o cinco días para cruzar este océano, mientras que a los más lentos les lleva cerca de una semana. Este vasto océano de sacudidas y ondeadas olas entre Europa y América es llamado el Atlántico. Pero 10.000 años atrás, había una enorme isla en el medio del Atlántico. Era mucho más grande que la isla de Inglaterra y cuando una isla es muy, muy grande, entonces no se llama isla, es llamada "continente". Australia, por ejemplo, es una isla tan grande que se la llama "continente". Donde ahora hay solamente la interminable agua del océano, había una vez un gran continente y era conocido como la Atlántida. Pero ya no está más allí. Atlántida ha desaparecido y van a escuchar cómo ocurrió esto.

En Atlántida no había hielo ni nieve, el clima era mucho muy cálido, las plantas crecían y la gente y las plantas podían vivir juntas allí. Pero no les hubiera gustado mucho vivir en la Atlántida, ya que todo el continente estaba cubierto durante todo el año con niebla y bruma. Había también remolinos de niebla, por eso la gente de la Atlántida nunca podía ver un cielo azul o un sol brillante y ciertamente nunca veían un arcoíris, ya que un arcoíris es solo visible cuando al final hay espacio claro de cielo. Por supuesto, a la gente que vivía en la Atlántida no le preocupaba la niebla y la bruma, se habían acostumbrado a ella, igual que sucede, por ejemplo, con la gente que nace en África, que está acostumbrada al intenso calor.

Escucharon que todo el mundo era diferente, hielo y nieve cubrían Europa mientras el gran continente de la Atlántida estaba envuelto en el misterio

de la neblina. Pero la gente que vivía en la Atlántida era también diferente a nosotros de varias maneras.

Tenían capacidades como nosotros ya no tenemos, poderes que podríamos llamar mágicos. Por ejemplo, tenían el poder de hacer crecer las plantas más rápidamente o más lentamente. Piensen solamente qué conveniente sería para un granjero hoy en día, si él pudiera hacer crecer sus cultivos más rápido o parar al trigo que está madurando cuando llueve fuerte durante muchos días.

Hoy, el granjero tiene que esperar a la naturaleza, no puede acelerar o retardar el crecimiento de su trigo. Pero hace 10.000 años atrás la gente tenía poderes que desde entonces han desaparecido, tal como ha desaparecido todo el continente de la Atlántida.

La gente que vivía en la Atlántida podía también usar sus poderes para hacer crecer más grandes o más pequeños a los animales. No tenían perros o gatos como nosotros tenemos ahora, pero si ellos deseaban que su vaca doméstica fuera del tamaño de nuestros perros, podían hacer que quedara pequeña, y si deseaban una vaca tan grande como un elefante, también podían hacerla crecer de ese tamaño.

Por supuesto, estos maravillosos poderes podían también ser mal usados, podían ser usados contra otra gente de una manera muy cruel. Ahora bien, en la Atlántida era normal para un rey o un hombre rico ser poseedor de muchos esclavos. Esos esclavos nunca podían abandonar a sus amos, pertenecían a su dueño, como una vaca o un buey pertenecen al granjero. Y si servía a un rey u hombre rico, él podía usar estos poderes mágicos para el crecimiento de la talla normal de ésta gente. Tal hombre podía, por ejemplo, hacer pequeños a los niños esclavos, de modo que parecieran enanos. O si un rey deseaba hombres grandes que fueran sus soldados y guardaespaldas, hacía crecer a los niños dos veces su tamaño normal. Eran hechos para crecer como gigantes. Así pueden darse cuenta cómo el uso de estos poderes trajo muchos sufrimientos, porque es muy malvado cambiar el tamaño o forma normal del cuerpo humano.

Pero también vivía en Atlántida un hombre bueno y sabio, cuyo nombre era Manu. Manu nunca usó sus poderes mágicos para cambiar la forma natural de otra gente. Él se ponía muy triste al ver cómo el mal uso de la magia causaba gran infelicidad, cuando la gente era impedida de crecer a su tamaño y forma natural.

Cuando Manu se entristecía, a menudo iba a las orillas de un pequeño arroyo. Un día cuando estaba sentado allí, miró hacia dentro del agua y vio a un pequeñito y delgado pez que nadaba rápido de acá para allá tratando de escapar de un gran pez. A Manu no le gustaba ver a ninguna criatura sufrir y se inclinó, pensando qué podía hacer para ayudarlo.

Entonces algo extraño ocurrió: aquel pequeño pez le habló. Le dijo a Manu: "Ayúdame, protégeme y te recompensaré, sácame del agua, ponme en una jarra de agua en tu casa y nunca te arrepentirás".

El gran pez estaba ya abriendo su boca para tragarse al pez pequeño, cuando Manu sacó al pequeño pez, se apresuró para llegar a su casa y colocó al pequeño pez en una jarra de agua fresca. Lo cuidó y alimentó y el pez creció muy rápidamente.

Pronto la jarra era muy pequeña y Manu lo colocó dentro de un gran tanque de agua. Pero seguía creciendo y cuando el tanque fue demasiado pequeño, el pez volvió a hablar y dijo "Llévame al gran río". Manu llevó al pez, el cual era ahora más bien pensado hacia el río, entonces el pez volvió a hablar y dijo "Vuelve pronto porque creceré aún más y necesito tu ayuda". Cuando Manu volvió pocos días más tarde, aquel pez hablador maravilloso había crecido aún más grande. Y el pez le dijo a él: "Si yo me quedo aquí, pronto seré tan grande que llenaré el río y desbordarán sus orillas. Deseo que tú me lleves al océano". Pero ahora era más bien una carga llevar a aquel pez. Ahora Manu sabía que éste no era un pez corriente, sino un mensajero de Dios y así él hizo lo que se le pidió.

Cuando él puso al pez en el océano, habló una vez más y dijo "Ahora el tiempo de tu recompensa ha llegado. Sabe entonces sabio Manu que esta gran isla de la Atlántida está condenada, muy pronto la lluvia caerá como nunca antes había llovido. Durante semanas y meses y meses lloverá, lloverá y lloverá. El agua de los ríos y el agua del océano crecerá y toda la Atlántida se hundirá, y esto será el fin del poder mágico, el cual la gente de la Atlántida ha usado tan mal. Pero tú, sabio Manu, deberás empezar a construir una gran arca de madera o barca. Y sobre este barco deberás llevar contigo solamente gente que no haya mal usado sus poderes o aquellos que no tienen poderes mágicos en absoluto. También deberás llevar semillas de cada planta contigo y cuando el arca de madera esté lista, yo vendré otra vez a ayudar".

Manu obedeció y comenzó a construir la gran arca de madera. El también encontró hombres y mujeres que no habían usado magia para fines perversos y gente que no tenía tales poderes y apenas ya había terminado, cuando la lluvia comenzó a caer y las aguas comenzaron a crecer.

Pero, ¿de dónde provenía toda el agua que caía como lluvia? Recuerdan que les conté sobre la nieve y el hielo que cubría a Europa. Ahora en aquellos tiempos el sol comenzó a brillar con más fuerza que nunca. El hielo y la nieve comenzaron a derretirse y una gran cantidad de agua desembocó en el océano. Esa agua se levantó como vapor y se convirtió en nubes y de las nubes vino la lluvia. Caía continuamente y el agua en el océano creció sin parar. Manu y la gente que él había recogido se

apresuraron hacia el arca de madera. Entonces el pez apareció otra vez, pero había crecido tan grande como una ballena (que es tan grande como una casa). El pez dijo: "Toma una sogá grande, ata un cabo al arca y el otro cabo de la sogá a mi cola, y los llevaré a ti y a tus compañeros a una nueva tierra, allí podrán comenzar de nuevo sin poderes mágicos, que solo trajeron sufrimiento a la gente".

Así fue hecho, Manu y su gente navegaron, tirados por el gran pez hasta que se vertió toda la lluvia tal como el pez dijo. El agua del océano se elevó más y más alto, hasta que toda la Atlántida fue cubierta por el mar. Desde entonces la Atlántida ha permanecido profundamente bajo el océano. Hasta el día de hoy, el océano donde estaba la Atlántida es llamado océano Atlántico. Pero el gran calor del sol, que causó la gran inundación, también derritió todo el hielo y la nieve que había cubierto Europa. Así se convirtió en una tierra donde las plantas podían crecer y la gente podía vivir. Pero durante un largo tiempo no hubo gente y estaba cubierto de bosques.

El gran pez llevó al arca con Manu y su gente a bordo a un país lejano llamado India.

Fue un largo viaje de muchos meses. Navegaron en la densa lluvia que hundió la Atlántida, pero como seguían navegando, la lluvia cesó y pudieron ver por primera vez un cielo azul. Manu y sus compañeros solo habían conocido la niebla y la bruma de la Atlántida, pero la lluvia lavó toda la neblina. Cuando paró, ellos vieron un cielo claro por primera vez y en un arco a lo largo del cielo azul había un hermoso arcoíris. Así, con un arcoíris sobre sus cabezas, el primero que ellos habían visto, Manu y sus compañeros arribaron a la India.

Antigua India

El caballo del Rey Sangara

Escucharon la historia del sabio Manu y su gente; y de cómo escaparon de la terrible tragedia que se avino sobre la Atlántida y cómo el gran pez los trajo a una nueva tierra llamada India.

En India, Manu y sus compañeros tuvieron que comenzar de nuevo, no pudieron usar más sus poderes mágicos para hacer crecer más rápidas o más lentas las cosas. En vez de ello tenían que trabajar entonces duramente, plantar las semillas y esperar al sol y la lluvia. Las cosas sólo crecerían y madurarían de ellos en la justa época. En la India, de cualquier forma, el tiempo y las estaciones son diferentes. Ellos no tienen primavera, verano, otoño e invierno, las cuatro estaciones que conocemos. En la India hay solamente tres estaciones –la estación calurosa, la estación húmeda y la estación fresca. Durante la estación de calor, el sol brilla fuertemente con mucho calor; durante meses y meses no hay una sola nube en el cielo. La tierra gris es calentada y las plantas se marchitan y mueren. Por la noche el calor es tan fuerte, que ni los hombres, ni los animales se mueven. Están echados y descansan donde sea que encuentren una pequeña sombra. Hace tanto calor, que si colocas un huevo crudo sobre una piedra, al sol, está bien cocido en un cuarto de hora (15 minutos). Después de tres o cuatro meses de calor, las primeras nubes aparecen, pronto todo el cielo está cubierto con nubes oscuras. Hay relámpagos, poderosos teñidos de truenos, y entonces cae la lluvia, pero esta lluvia no es como la conocemos, cae abundantemente en capas de agua y solamente se puede ver a unas pocas yardas (pocos metros). Lluve y llueve por varias horas cada día y cuando las aguas descienden, las plantas comienzan a crecer. Al cabo de unos pocos días, la tierra está cubierta de una alfombra verde, hay nueva vida por todos lados.

Unos pocos meses más tarde, la estación húmeda llega a su fin. La lluvia cesa y el cielo se aclara. Ahora viene la estación más placentera, la estación fresca. Esta estación de la India es como un calor de verano en Europa, pero es aún agradable y cálida comparada con la estación calurosa; entonces tres meses más tarde los días comienzan a hacerse calurosos y calurosos y así la estación ardiente vuelve a comenzar.

Ahora Manu y sus compañeros tenían que observar estas estaciones muy cuidadosamente. No sería prudente plantar las semillas de sus cultivos en la estación calurosa, porque morirían por el fuerte calor del sol. Ellos tenían que plantar sus semillas justo en el comienzo de la estación húmeda, porque es la lluvia la que trae nueva vida a las plantas. Manu también enseñó a sus compañeros a levantar la mirada a los cielos y adorar a los dioses que traen las estaciones. Él les dijo:

“Así como hay una estación de lluvias que da vida a todas las cosas, así en los cielos el Dios supremo creó al mundo y le dio vida; y este Dios supremo es llamado Brahma. Así como las plantas crecen y maduran en las estaciones frescas después de la lluvia; así hay otro Dios que cuida el mundo que Brahma ha creado.

El segundo Dios que protege la vida es llamado Vishnu. Y el tercer Dios que es como a estación ardiente, de la estación calurosa, cuando las plantas se marchitan y mueren, es llamado Shiva”.

Tal como la gente que vivió en la India donde había tres estaciones, así ellos levantaban la mirada a los tres dioses (a los tres rostros del mismo Dios). Brahma, el más supremo, que creó todas las cosas; Vishnu, el que cuida y protege todas las cosas; y Shiva, el que destruye todo lo que debe marchitarse y morir para dejar espacio a la nueva vida.

En aquellos días la gente no solamente adoraba y rezaban a los dioses, ellos también hacían sacrificios.

Cuando un compañero había recolectado su cosecha, por ejemplo, el tomaba un poco de harina y hacía algunos pastelitos. Los llevaba a un altar de piedra en donde un fuego estaba ardiendo y colocaba los pastelitos dentro de las llamas; mientras se consumían, rezaban a los dioses por la bendición y una buena cosecha el próximo año. Y cuánto más un hombre sacrificaba en las llamas del altar, más bendiciones y buena fortuna les mandarían los dioses. La gente de la India que consideraban a Brahma, Vishnu y Shiva y les hacían sacrificios, estaban muy orgullosos de contar historias sobre grandes maravillas, historias muy imaginativas. Uno de estos extraños y fantásticos relatos era sobre un Rey que deseaba sacrificar un caballo blanco a los dioses. El nombre del Rey era Sangara, era un fuerte y poderoso rey que tenía muchas mujeres y de estas mujeres tantos hijos que uno apenas podía contarlos. Tenía toda una armada de tantos hijos que eran. El Rey quería hacer una gran sacrificio a los dioses, un sacrificio especial, así en retorno los dioses tenían que concederle cada deseo. El tenía muchísimos hermosos caballos y él decidió que el más hermoso de ellos, un semental blanco nieve, sería matado y quemado en el altar.

Pero los dioses Brahma, Vishnu y Shiva no querían concederle al Rey Sangara cada deseo, ni tampoco querían el sacrificio del semental blanco. Por lo tanto, la noche anterior en que el sacrificio tendría lugar, el dios Vishnu bajó a la tierra y tomó la forma de un ser humano, robó el semental, se lo llevó lejos y lo escondió donde nadie podría encontrarlo.

Al día siguiente hubo gran excitación, cuando el caballo blanco no pudo ser encontrado. El Rey Sangara estaba furioso y reunió a todos sus hijos y les dijo “Vayan y busquen por todos lados a mi caballo blanco”. Los

príncipes fueron a buscar por todas partes, pero no podían encontrarlo. Pero cuando regresaron y le contaron a su padre que ellos habían buscado en vano, les ordenó "Entonces caven profundo en la tierra, quizás el ladrón escondió el caballo en una cueva en lo profundo". Y todos los hijos tomaron una pala y comenzaron a cavar hoyos, muchos hoyos. Cavaron más y más profundo dentro de la tierra, tan profundo que dolía y la tierra gritaba de dolor al Brahma. Entonces Brahma le habló a Vishnu y le dijo "Tú eres el protector, ve abajo y protege a la tierra de los hijos del Rey Sangara".

El gran dios Vishnu que no quería asustar a los príncipes como su verdadera majestad Dios, apareció ante ellos como un hombre, y les habló a ellos: "No molesten a la madre tierra con vuestras inútiles cavadas. El caballo no está allí en las profundidades. Yo soy el único que conoce donde está el caballo blanco del Rey Sangara". Cuando los muchos hijos de Sangara le escucharon a él decir que sabía dónde estaba escondido el caballo, gritaron: "Aquí está el ladrón que ha robado nuestro caballo". Y todos se le abalanzaron y lo atacaron con sus palas. Pero Vishnu era un dios, no un hombre: cuando las palas lo tocaron saltó una quemante llama roja.

En un momento los príncipes, todos ellos, fueron quemados hasta cenizas. Pero su suerte fue aun peor que ser reducido a cenizas; cuando la gente muere de anciana o enfermedad o en batallas, sus almas abandonan sus cuerpos y se elevan al cielo. Pero los hijos de Sangara, sin saberlo, atacaron a un Dios. Aunque no habían sabido ellos que estaban haciendo algo mal, porque se habían vuelto contra un Dios, sus almas no pudieron ascender al cielo y tuvieron que quedarse con las cenizas de su cuerpo. Aunque Vishnu mismo sintió pena por ellos, pero ni siquiera él, el dios, pudo hacer nada. Una sola cosa había que podía ayudar a llevar a las almas de los príncipes al cielo y más adelante sabrá lo que esto era.

Cuando la triste noticia de la muerte de los príncipes fue llevada al Rey Sangara, él lloró lágrimas amargas. Llamó a su nieto y le dijo que fuera y recogiera las cenizas. El nieto se fue y después de una larga búsqueda llegó al lugar dónde la llama de Vishnu había quemado a los príncipes y sus cenizas cubrían el terreno.

Cerca de allí, en una roca posaba un gran águila, como si estuviera haciendo guardia sobre todo lo que quedaba de los hijos de Sangara. Cuando el nieto se acercó, el águila le habló y dijo: "De Brahma, el señor y creador, tengo un mensaje para el Rey Sangara. Gran tristeza ha venido hacia él no solamente por sus hijos que han sido muertos por el fuego de Vishnu, sino por sus almas que están aprisionadas en las cenizas de sus cuerpos y no pueden elevarse al cielo. Aun de esta tristeza, gran júbilo puede venir, porque es la voluntad de Vishnu que estas almas puedan con el tiempo elevarse al cielo y ser amigos y compañeros del propio Vishnu".

Pero "¿Cómo puede esto acontecer?" preguntó el nieto. "Puede ocurrir de esta manera" -contestó el águila- "Lejos en el norte de la India están las más altas y poderosas montañas del mundo. Ellas son llamadas Los Himalayas, que significa 'el hogar de la nieve'. El tope de estas montañas llegan hasta dentro de las nubes, nieves eternas y hielo cubren las cumbres y pendientes. Aquellos que han tenido la buena suerte de haber contemplado la pura y blanca belleza de los Himalayas dicen que nada en el mundo puede ser comparado a su majestuoso brillo". El águila continuó "De la pureza de la nieve de los Himalayas, proviene de allí un río llamado Ganges. Sus aguas bajan en torrente las pendientes, brincando y bailando en cascadas sobre precipicios y rocas, bajando hacia el valle; desembocando en un poderoso río que fluye a través de los bosques y claros y praderas hacia el océano. Puras y claras eran las aguas del Ganges, tan puras como la nieve de donde provienen. Pero tan hermoso era el río, que los dioses lo deseaban para ellos mismos. Lo sacaron de la tierra y lo llevaron hacia la ciudad celestial, donde solo los dioses y las almas de la buena gente pueden disfrutar su belleza".

"Si el río Ganges, la hija de los Himalayas puede ser retornado a la tierra y si las cenizas de los príncipes son entonces echadas en el río, el agua pura lavará todos los pecados, todas las equivocaciones que los príncipes siempre hicieron; sus almas entonces se elevarán hacia Vishnu que los recibirá con alegría. Lleva para ello las cenizas de vuelta al Rey Sangara. Dile que de ti, su nieto, vendrán hijos y de ellos otros hijos. Uno de ellos será tan grande y tan bueno que él será capaz de traer de vuelta el río Ganges, la hija de las montañas del Himalaya, a la tierra. Él, entonces, liberará las almas de los príncipes aprisionados en sus cenizas".

Así habló el águila, entonces desplegó sus poderosas alas y se elevó en el aire. El pájaro voló más alto y más alto hasta que el nieto del Rey Sangara no pudo seguir viéndolo. Y tal como se le había dicho, el nieto recogió las cenizas y las colocó en un ataúd dorado que había llevado consigo. Cuando hizo esto, vio pastando ahí cerca al blanco semental pacíficamente. El niño llevó de regreso la caja dorada y el caballo al Rey Sangara.

Cuando Sangara escuchó el relato, de que un día, todos sus hijos serían compañeros de Vishnu, ya no estuvo más triste. El rezó humildemente de que no pasaría mucho tiempo hasta que él y sus hijos se encontrarán en la ciudad celestial donde Brahma, Vishnu y Shiva se suspenden meciéndose.

Cuando Sangara murió, su nieto se hizo Rey y después de él, su hijo fue su seguidor.

Así se acuerda el momento cuando el río Ganges (tal como el águila había pronosticado) sería traído de vuelta a la tierra.

Baghira y el Río Ganges

De la historia del Rey Sangara, que deseaba sacrificar su caballo, aprendieron ustedes también algo sobre la tierra de la India. Recordarán que es un país muy caluroso, donde nunca hay invierno. Pero también escucharon que hay montañas llamadas Himalayas, que son las montañas más altas del mundo. Y en tan aterradoras cumbres nieve y hielo nunca se derriten. Imagínense que curiosos es esto. Abajo, al pie de las montañas, puede existir la sofocante fiebre calurosa de la estación del verano, pero arriba, en las cumbres es invierno eterno. Es una hermosa vista para los viajeros que observan desde el calor ardiente de las llanuras indias, ver en la lejana distancia, una enorme cordillera cubierta de nieve, cimas de blancas montañas.

De esta nieve pura y blanca vinieron las aguas del hermoso río Ganges, aquel gran río cuyos dioses amaban tanto que se lo llevaron de la tierra hacia la ciudad celestial. Pero solamente las aguas del río Ganges pudieron liberar a las almas de los hijos de Sangara, de las cenizas de sus cuerpos.

Ahora bien, escucharon como el Rey Sangara falleció y que su nieto se hizo rey; al morir éste, su hijo le sucedió. A cada rey que le tocó gobernar les daba mucho que pensar en las cenizas que descansaban en el ataúd dorado, y cada rey se preguntaba qué podría hacer para traer de vuelta a la tierra al río Ganges y así ayudar a las pobres almas de los príncipes.

Después de muchos, muchos años y muchos, muchos reyes, vino un rey, cuyo nombre era Baghira. Era un rey que se preocupaba muy poco de todo el esplendor y pompa en que vivían los reyes en aquel tiempo. A Baghira no le importaban los tesoros de oro y joyas, o los cientos de sirvientes listos para obedecer cualquier orden. Tampoco se preocupaba por el gran palacio y de los esplendorosos jardines llenos de flores y dulces frutas. De lo que sí se preocupaba era de las pobres almas de los príncipes aún atados a las cenizas en el ataúd dorado.

Baghira pasaba muchas horas en profunda plegaria cada día, preguntando a los dioses que le mostraran un camino para ayudar a los príncipes y liberar sus almas.

Un día estaba rezando, cuando el dios Shiva apareció ante él. El Rey cayó al suelo y se cubrió la cara con las manos porque los rayos de luz que venían del Dios le dañaban sus ojos. Entonces Shiva habló y le dijo: "No temas Rey Baghira, vine hacia ti para contarte cómo las almas de los hijos

de Sangara pueden ser liberados y cómo el hermoso río Ganges puede ser devuelto a la tierra. Nosotros los dioses tenemos poderes más allá que ningún ser humano podría tener. Tenemos poderes sobre la vida y la muerte. El océano nos obedece y las tormentas siguen nuestras órdenes. Ahora bien, también los dioses están atados a reglas. Pero si un hombre deja de lado todos los placeres que pudo tener en vida; si un hombre se niega a sí mismo de todo lo que le gusta fuera de su propia libre voluntad; si un hombre vive sin una casa, sin dinero, sin diversiones, sin confort, sin familia o sirvientes y si él ocupa, entonces, todo su tiempo en rezar, entonces por tal hombre aún nosotros, los poderosos dioses, debemos hacer cualquier cosa que él quiera de nosotros”.

Y entonces Shiva dijo: “Si tú, Rey Baghira, quieres llevar tal vida sin placeres o posesiones, no por una semana o un mes, sino por varios años, entonces, tu puedes pedir a los dioses que traigan el río Ganges de vuelta a la tierra y ni siquiera Brahma puede rehusar tu deseo”. Entonces Shiva desapareció y el Rey Baghira se propuso ser el tipo de hombre que el dios había descrito. Les comunicó a sus ministros que gobernarán el reino y él abandonó el palacio y los placeres de la corte para vivir el mismo en lo profundo del bosque. Su ropa era un pedazo de tela áspera, dormía bajo los árboles en el piso desnudo y comía nada más que raíces y bayas que encontraba en el bosque. Baghira no tenía techo cuando caía la lluvia y ningún resguardo contra el sol ardiente. Su cabello y barba creció larga y apenas veía a otro ser humano.

El bosque de la India está lleno de animales salvajes, manadas de elefantes rompieron su camino a través de los árboles, tigres se abalanzaban sobre su presa, serpientes venenosas se deslizaban en el suelo y serpientes gigantes que podían estrangular a un buey, acechaban en los árboles. Pero el Rey no tenía armas para protegerse o defenderse a sí mismo. Aún en todos esos años que él vivió en los bosques solo y desarmado, él nunca sintió ningún miedo y ninguno de los animales salvajes lo atacaron. Y cada día Baghira pasaba muchas horas rezando. Los campesinos que vivían en una aldea cerca del bosque, a menudo hablaban del hombre santo o ermitaño como lo llamaban. A veces dejaban un cuenco de leche, dónde sabían que él lo encontraría, él no habría aceptado otro tipo de comida. Y así los años pasaron hasta que un día estando el ermitaño rezando otra vez, se le apareció Brahma frente a él; pero ahora Baghira no se cubrió sus ojos porque los años de dura vida y plegarias le dieron a él la fortaleza de mirar a los dioses y Brahma dijo: “Dime cuál es tu deseo más querido y yo te lo daré”. El ermitaño contestó “Mi deseo más querido es que el río Ganges sea de nuevo traído a la tierra, para que fluya desde las montañas del Himalaya a través del país de la India”. Brahma que hubiere querido quedarse con el hermoso río hijo de los Himalayas en su ciudad celestial, no pudo rehusarse al deseo del ermitaño Baghira. Pero había una dificultad, si el poderoso río hubiese caído directamente abajo desde el cielo podría haber destrozado

montañas y formado un hondo hoyo en la tierra. Por lo tanto el dios Shiva, con su gran fuerza tenía que atajar al río justo antes de que tocara el suelo. Después lo colocó suavemente en su curso desde los Himalayas y a través de la India hacia el mar. Allí aún fluye en estos días y es llamado un río Sagrado.

El ermitaño Baghira volvió al palacio donde él una vez había vivido y tomó el ataúd dorado, tiró las cenizas de los hijos de Sangara en el Ganges y sus almas volaron hacia arriba y se unieron al dios Vishnu. Cuando el ermitaño se bañó en el río, su alma abandonó su cuerpo y se elevó hacia Brahma.

Indra, el Dios Guerrero ***El Dios Guerrero y los gigantes***

Hay muchos ríos fluyendo desde los Himalayas hacia la India. India actualmente toma su nombre del Indus, que es uno de sus ríos. Pero de todos ellos el Ganges es el río más sagrado y aún es considerado de esa manera hoy día. Y porque todos los indios saben la historia de cómo las cenizas de los hijos de Sangara fueron tiradas al Ganges y sus almas se elevaron al cielo; ellos queman a sus muertos y aún tiran sus cenizas en el Ganges. Así ustedes ven que aunque la historia es muy antigua, aún es importante para la gente de la India en estos días. Recuerdan también al Rey Baghira que se volvió ermitaño y abandonó todas las posesiones y las comodidades del reino. En estos días se pueden ver muchos ermitaños como él en la India, ambos, hombres y mujeres, que viven como Baghira había vivido. En algunos casos, estos ermitaños tenían extraños poderes y un día escucharán una historia referida a esto.

También oyeron sobre los tres grandes dioses: Brahma, Vishnu y Shiva; pero la gente no adoraba sólo a estos dioses que, por cierto, aún hoy en día adoran. Hay muchos otros dioses y uno de ellos es Indra, el hijo de Brahma. Cuando viene la época de las lluvias y hay ruido de truenos y relámpagos, la gente de la India dice: "El Dios Indra, el hijo de Brahma, maneja su carro dorado que es tirado por dos fieros caballos llamados Bold y Brown. Con su mano izquierda sostiene las riendas pero en su mano derecha sostiene la piedra mágica, llamada piedra de trueno. Cuando él tira su piedra de trueno, relámpagos desgarran el cielo y golpes de trueno sacuden el mundo; pero cada vez que él arroja su piedra mágica, ésta vuelve otra vez a sus manos. Indra, el señor de los truenos y del carro dorado, era también el dios de la guerra, el dios a quien los guerreros rezaban cuando iban a una batalla. Era el dios de todos los soldados y de todos los guerreros, porque él mismo estaba haciendo la guerra contra los malvados gigantes que eran los enemigos de los dioses y hombres.

Uno de estos malvados gigantes, llamado Sambara, vivía en las cumbres de una alta montaña. Allí arriba en las alturas él tenía su fortaleza y acostumbraba pararse apoyado en su arma, que era un bastón largo y ancho como diez troncos de árboles juntos. Su cabello sobresalía de su cabeza como piezas de alambre y su barba le bajaba hasta su cintura. Cuando Sambara miraba hacia abajo desde el tope de la montaña y veía una pequeña aldea de campesinos abajo en el valle, una sonrisa de maldad aparecía en su cara. Buscaba una gran y pesada roca y la llevaba hasta el pico de una montaña, directamente sobre la pequeña aldea. Entonces le daba un empujón a la roca con su gran bastón de modo tal que primero rodaba suavemente pero luego se lanzaba más y más fuerte, llevando consigo rocas y piedras más y más pequeñas hasta que, al final, una vasta masa de guijarros, arena y polvo se abalanzaba por la pendiente a una terrible velocidad y se estrellaba sobre la aldea. Destrozaba y rompía las pequeñas cabañas. Toda la aldea quedaba sepultada bajo las rocas y la arena y la mayoría de la gente moría aplastada debajo de la pesada carga que había caído sobre ellos. Desde el tope de su montaña, Sambara observaba a destrucción. Reía a carcajadas y saltaba al aire con júbilo, así que toda la montaña se sacudía. Pero los pobres campesinos que vivían cerca al pie de la montaña no se podían ir porque allí era donde tenían sus parcelas de tierra. Vivían con temor y preocupación porque nadie sabía cuál aldea elegiría próximamente para sus juegos malvados.

Por lo tanto los campesinos hacían sacrificios al gran dios de la guerra Indra que peleaba a los gigantes y le rezaban pidiendo ayuda y protección contra Sambara. Un día por fin Indra escuchó sus plegarias. Montó su carro dorado, tomó su piedra de trueno con él y manejó a sus fieles corceles en un galope por el cielo hacia la cumbre de la montaña del gigante.

Sambara recién había preparado otra roca, lista para traer muerte y destrucción a una inocente aldea, cuando vio viniendo hacia él a Indra en su carro dorado. Furioso de que su juego favorito fuera interrumpido, rugió y bramó con furia, tomó su gran bastón y se lo arrojó a Indra. Pero el dios tiró su piedra de trueno hacia el gran bastón, que voló a través del aire. Hubo un relámpago y el bastón fue destrozado en mil pedazos. Cuando Sambara vio que su gran bastón fue hecho pedazos, aulló con ira, rompió todo el pico de la montaña y lo envió volando contra Indra. Pero el dios ya tenía la piedra de trueno otra vez en sus manos, así que la arrojó y esta vez la piedra mágica condujo al gran pico de la montaña nuevamente a su lugar, navegó a través del aire y golpeó en la cabeza del gigante, que cayó con estrépito y murió.

Los campesinos abajo en la aldea no podían ver qué estaba sucediendo, porque el pico de la montaña estaba escondido en neblina y nubes, pero ellos oyeron un terrible ruido y trueno que hizo que la montaña se

sacudiera y temblara. Luego todo se volvió calmo. Nunca más cayeron rocas desde arriba, así ellos supieron que Indra había venido a ayudarlos.

Cuando todos los demás gigantes se enteraron de lo que había sucedido, juraron que vengarían a Sambara.

Decidieron que Indra, tanto como los seres humanos sufrirían por la muerte del gigante que sólo se estaba divirtiendo, mañana escucharemos lo que hicieron.

Indra mata al dragón

Escucharon cómo los otros gigantes habían jurado vengarse de Indra y de los seres humanos por la muerte de Sangara. El Rey y líder de los gigantes era un dragón muy horrendo, con un nombre muy feo: VRITRA. Su cuerpo era tan grande como una montaña y estaba cubierto con rojas escamas. Cuernos que crecían de su cabeza y sus ojos eran como dos rojas brasas calientes. Un día el dragón le dijo a los gigantes: "Hay una sola cosa que hará daño a Indra y a los seres humanos al mismo tiempo" – "¿Qué es?"- gritaron los gigantes – "Es muy simple" dijo Vritra. "Robaremos las vacas de Indra".

Ahora, ¿qué eran las vacas de Indra? Ellas eran las nubes. Las nubes que vienen al final de la estación calurosa y traen la vida dando la lluvia, éstas eran las vacas de Indra.

Así como nosotros los seres humanos somos nutridos por la leche de las vacas, así las plantas son alimentadas por la lluvia que viene de las nubes, y así como las manadas de seres pastan en el campo, así las nubes, las "manadas" de Indra se mueven a través del cielo.

El dragón Vritra y sus gigantes salieron y robaron las vacas de Indra. Entonces la estación calurosa llegó a la India; vino pero no se fue. Después de tres, cuatro, diez meses, un año... la estación lluviosa aún no había venido. Era todo seco y caluroso.

Un segundo año pasó, y entonces un tercero y un cuarto año. Diez años más tarde aún no había caído una sola gota de agua. Y aún después de veinte años no había señales de nubes. Debajo de aquella sequedad sin fin, del quemante calor, ni semillas nuevas podían ser plantadas y la tierra estaba como horneada; tan dura, que una pala no podía penetrar en ella. Aun en los bosques más densos los árboles perdieron sus hojas; entonces murieron y se mantuvieron negros y descubiertos.

Los ríos más pequeños se habían secado y aún el Ganges, que vertía sus aguas de las nieves del Himalaya se convirtió en un diminuto arroyo, un hilo de agua tan barroso, que ni los animales podían beber de ella.

La gente de la India, hombres, mujeres y niños, morían de a millones. Aquellos que sobrevivían, aquellos que vivían cerca de las nieves del Himalaya, estaban tan débiles que no podían ni siquiera quemar a sus muertos. Nunca antes allí había habido tanta miseria y sufrimiento entre los seres humanos. Y así pasaron treinta y nueve años.

Por supuesto, las personas les rezaban a todos los dioses. Rezaban especialmente a Indra, pero ni siquiera Indra se atrevía a ir a la guerra contra el terrible Vritra.

Entonces, en el cuadragésimo año, cuando parecía que faltaba muy poco para que la última gente muriera, Indra se despertó a sí mismo para salvar a la gente de la India, antes de que fuera demasiado tarde. Armado con su piedra de trueno, trepó a su carro y condijo a Bold y a Brown hacia las montañas donde Vritra y sus gigantes tenían su fortaleza. Cuando Vritra vio venir a Indra, rugió tan terriblemente que la tierra y el cielo temblaron y se sacudieron. El dragón desplegó sus callosas alas y se elevó en el aire para enfrentarse con el Dios y destruirlo. Indra lanzó su piedra de trueno al dragón, pero cayó sobre las duras rojas escamas y no pudo hacerle daño. Los gigantes, al ver esto, se reían y vitoreaban porque pensaron que sería el final de Indra. Pero la piedra de trueno retornó a su mano y cuando el dragón se encabritó, el lo volvió a tirar. Sólo que esta vez, el Dios apuntó a la parte de abajo del cuerpo de Vritra, que no estaba recubierta de escamas. Hubo un trueno, un relámpago tan brillante como el sol y Vritra cayó desde el cielo como una piedra: estaba muerto. Los gigantes huyeron aterrorizados cuando vieron a su Rey vencido. Entonces Indra vio una caverna en el lado de la montaña donde una gran roca cerraba la entrada. El dios arrojó su piedra de trueno y la roca se rompió en pequeñas piezas, adentro estaban escondidas las "vacas" de Indra y después de cuarenta años, salieron de ella.

Pronto sobre toda la India el cielo se llenó de nubes, entonces llegaron las lluvias y llovió a cántaros. Desde las montañas y colinas, torrentes de agua se precipitaban, llenando los lechos del río y trayendo nueva vida a las plantas.

Aún hoy en día, la gente de la India recuerda la gran proeza de matar a Vritra.

Cuando la estación calurosa llega a su fin, cuando el tronar de los truenos y los relámpagos anuncian la llegada de la vida, dando lluvia, los indios hacen masitas y las queman en altares para alimentar su gratitud a Indra.

La llegada de la estación de las lluvias en la India marca también el comienzo del otoño.

Y tal como nosotros celebramos el festival del Santo Micael en la lucha con el dragón, así la gente de la India celebra la victoria de Indra sobre el dragón Vritra.

La redada de los pescadores

Habían escuchado como la gente de la Antigua India miraba las nubes y decían "Flotando en el cielo están las 'vacas' de Indra. La lluvia que viene de las nubes alimenta a todas las plantas, así como nosotros nos alimentamos de la leche de nuestras vacas".

Para esta gente, las vacas aquí en la tierra y las nubes en el cielo eran iguales, en su idioma tenían una sola palabra para nubes y vacas. En este antiguo idioma la palabra "go" significaba vaca pero también nube. Si un hombre decía "Mi go tiene un ternero" entonces sabías que estaba hablando de una vaca real. Asimismo, si él decía "Hay una oscura go en el cielo" sabías que él estaba refiriéndose a una nube. Vacas y bueyes eran los animales más importantes en el mundo para la gente de la Antigua India, ellas tiraban de los arados sobre el campo para que las semillas pudieran ser plantadas y daban leche con la que se podía hacer manteca y queso. Aún el excremento de la vaca era muy útil. Así ven que en un país tan caluroso no necesitas un fuego para mantenerte en calor, pero si necesitas el fuego para cocinar. Pero los árboles de los bosques que podían ser usados como leña estaban a veces muy lejos, y en aquellos tiempos no había ferrocarriles o camiones para acarrear la madera desde largas distancias. Por lo tanto ¿cómo hacía un campesino para encontrar combustible para su fuego? Tomaba una pala y un cubo y recogía el excremento y lo dejaba al sol para secarlo. El excremento seco quema muy bien y aún hoy en día los campesinos de la India lo usan, como lo habían hecho hace cientos de años.

Pero hay una cosa muy importante: la gente de la India nunca jamás comía la carne de las vacas y bueyes. Estaban tan agradecidos por todo lo que les daban las vacas, que pensaron que sería muy equivocado matarlas para comerlas. Y así es hoy en día. Nadie en la India mataría una vaca, un buey o un ternero y comería la carne. Hay una historia que les mostrará cuán estimada es una vaca.

En la India, había muchos sacerdotes de Brahma (un sacerdote es como un ministro en una iglesia).

El edificio en el cual adoraban a sus dioses es llamado "templo" y los sacerdotes que oficiaban en tales templos son llamados "Brahmanes". Los Brahmanes de la India eran muy respetados por la gente; no solamente porque oficiaban, sino porque ellos conocían las leyes y podían decirles a la gente qué estaba bien o mal. También ellos sabían cuando era la mejor época para sembrar las semillas de varias cosechas. En aquellos días no había libros o calendarios para mostrarles qué mes o semana era.

Solo los Brahmanes sabían el momento correcto y también sabían de muchas hierbas para curar a la gente cuando se enfermaba. Pueden así darse cuenta de lo importante que era un Brahman.

Un Brahman que había oficiado a los dioses y había ayudado a la gente durante muchos años, decidió que dejaría el templo y viviría solo en el bosque para rezar todo el tiempo. Así vivió sin un techo sobre su cabeza y tenía solamente para comer las bayas que encontraba en el bosque. El Brahman amaba a toda criatura viviente pero sobretodo le gustaba ir a la orilla del un río a observar a un pez jugando en el agua. Su dura vida y sus rezos devotos le habían dado el poder que la gente corriente no tiene. Uno de los poderes fue este: él podía irse bajo el agua, echarse en el fondo del río y quedarse allí todo el tiempo que quería. Como le agradaba tanto el pez, él acostumbraba a echarse bajo el agua muy a menudo y el pez, acostumbrado a él, jugaba a su alrededor y nadaba entre sus cabellos largos sin ningún miedo. Un día unos pescadores llegaron a esta parte del río, navegando a lo largo en un bote y echaron una gran red, una red muy fuerte dentro del agua. Cuando tiraron de ella, no solamente atraparon peces en la red, sino también al hombre santo, el Brahmán.

Los pescadores estaban muy sorprendidos de haber agarrado un hombre vivo con sus peces. Cuando lo reconocieron como el hombre santo, el Brahman del bosque, estaban tan asustados de que él se enojaría y los destruiría con sus grandes poderes.

Tan pronto como lo sacaron de la red y le dijeron cuánto lo lamentaban, el Brahmán dijo "Yo no estoy enojado con ustedes, son pescadores, deben hacerlo para vivir y ustedes no sabían que me pescarían con su red. Pero ahora como me han pescado, me voy a quedar con el pescado y cuando lo vendan, ustedes deberán venderme también". "Eso es imposible" gritaron los pescadores "El gran Rey de este país, el mismo nos dijo que le lleváramos pescado de este río. ¿Cómo podemos ir y contarle a él que deseará pagar por el pescado y también por usted?". Pero el Brahman dijo: "Llévenme a mí y al pescado ante el Rey y entonces veremos qué es lo que ocurre". Así los pescadores hicieron lo que se les había dicho, llevaron al hombre santo y al pescado al rey y le explicaron cómo habían pescado al Brahman con los peces en su red y que tenían que vender a ambos: pescado y hombre.

El Rey estaba aterrizado, él temía ofender al hombre santo que con una maldición podía destruirlo. Así parado estaba el Rey en sus espléndidas ropas reales con miedo y temblando delante del ermitaño, cuyos harapos y cabellos despeinados y su barba aún chorreaban agua. El Rey le dijo "Por favor, dime qué debo pagarles a estos pescadores; yo les daré cualquier cosa que desees". Y el Brahma contestó "Primero págales por el pescado".

En aquellos tiempos la gente no tenía dinero; monedas y dinero en papel no existían. Si uno quería comprar algo, podía hacerlo solamente intercambiando una cosa por otra, lo cual es llamado "trueque". La gente corriente intercambiaría o trocaría algunos huevos quizás por un kilo de manteca o quizás un ternero por una pieza de ropa. Pero un Rey que tenía oro y joyas en la casa del tesoro, pagaría con algo de sus tesoros por lo que él quería comprar.

Por lo tanto el Rey dijo: "Les daré a estos hombres una copa de oro por sus pescados". "Sí", dijo el ermitaño. "Ese es un buen precio. Pero ¿qué les vas a pagar por mí?".

Otra vez el Rey estaba preocupado porque quizás ofendería al hombre santo. Por lo tanto dijo: "Por ti les daré a ellos la mitad de todos mis tesoros". "¡Qué!" gritó el Brahma, "¿Tú crees que yo sólo valgo esa basura de metal muerto y piedras?". "No, no", gritó el Rey. Otra vez el Brahma sacudió su cabeza. "Todo mi reinado"- dijo el Rey con desesperación.

"Ni siquiera cientos de reinados como el tuyo son de tanto valor como yo"- contestó el Brahma. Para ese entonces el Rey estaba desesperado; no sabía qué hacer y le pidió al ermitaño de esperar un día, así, podía pensar sobre el precio correcto para pagar por un hombre santo.

Sumido en sus pensamientos, el Rey salió a dar una caminata por el bosque. De repente, viniendo hacia él, vio venir a otro ermitaño y se apresuró a su encuentro, se inclinó profundamente y le contó sus preocupaciones.

Entonces el otro ermitaño le dijo "La vida de cualquier otro ser humano es inestimable, todos los tesoros y todos los reinados en el mundo no pueden pagar por un ser humano".

"Pero los hombres no pueden vivir sin vacas, tal como las plantas no pueden vivir sin lluvia que proviene de las "vacas" de Indra en el cielo y de esta manera, una vaca tiene valor tanto como un ser humano". El Rey agradeció al ermitaño y se apresuró a volver al palacio. Encontró al Brahma que los pescadores habían pescado y dijo: "Les daré a ellos una

vaca por ti". El ermitaño sonrió. "Ese es el precio correcto", dijo. Bendijo al Rey y retornó al bosque.

Los hijos de Pandu

La desgracia del Rey Pandu

De las historias que hemos aprendido sobre algunas cosas de la vida en la antigua India, oyeron que la gente en aquel tiempo no tenían dinero, si ellos querían comprar algo, tenían que hacer trueque, es decir, cambiar una cosa por otra. También aprendimos que las vacas eran (y aún lo son) tratadas como animales sagrados, que no debían ser maltratados. Y en la cultura histórica descubrimos que los sacerdotes o Brahmanes eran tenidos en tan gran estima que un Rey estaba queriendo darle todo su reinado como pago por un hombre santo. Pero, ¿cómo fue que los Brahmanes fueron tan grandemente respetados y honrados?

Cuando Manu trajo a sus compañeros a la India, los dividió en tres grupos. Les dijo al primer grupo: "Ustedes son los inteligentes, los sabios, ustedes serán como la cabeza de Brahma, ustedes serán los sacerdotes y maestros".

Al segundo grupo les dijo "Ustedes no son tan inteligentes pero son fuertes y bravos. Ustedes serán guerreros y Reyes. Ustedes serán como los brazos de Brahma".

Y al tercer grupo les dijo "Ustedes no son tan inteligentes con sus cabezas, no son tan fuertes y bravos como los otros, pero son voluntariosos, fieles y trabajadores. Ustedes serán campesinos, profesionales de oficio tales como carpinteros, sastres y comerciantes. Ustedes serán como los pies de Brahma". La división aún existe en la India.

El hijo de Brahman sólo puede casarse con una chica que sea hija de un Brahman; y el hijo de un campesino, aun cuando sea muy rico, no se puede casar con la hija de un guerrero o un Brahman.

Hasta ahora las historias que han escuchado han sido sobre los dioses o sobre los guerreros y hombres santos. Pero hoy empezamos una historia de guerreros, sobre grandes héroes.

Allí vivía una vez un Rey cuyo nombre era Pandu, pero una gran desgracia vino hacia él. Un día mientras cazaba con arco y flecha, el Rey Pandu disparó y mató accidentalmente a un hombre santo. Estaba tan apenado de lo que había hecho, aunque no lo hizo intencionalmente, que no quiso

ser Rey por más tiempo, decidió vivir en el bosque como ermitaño y así pagar su castigo por la muerte del hombre santo.

El Rey Pandu tenía cinco hijos, pero todos eran muy jóvenes para ser rey en su lugar. Así Pandu se dirigió hacia su hermano y le dijo "Hermano, mi corazón está apenado porque no puedo olvidar al hombre santo que maté. No deseo ser Rey por más tiempo, quiero ser yo mismo un ermitaño. ¿Quieres dirigir mi reinado y cuidar de mis hijos hasta que uno de ellos sea suficientemente mayor como para ser rey?". Y el hermano contestó "Haré ciertamente lo que me pides. Tus hijos se criarán con mis propios hijos y los cuidaré bien". Así el rey Pandu marchó al bosque acompañado por su reina que no lo abandonaría. El hermano de Pandu cuyo nombre era Dritarushtra, se hizo rey. Este hermano era ciego, hizo como había prometido y los cinco hijos de Pandu crecieron junto a sus propios dos hijos.

Un día, los príncipes estaban jugando en el jardín con una pelota que se tiraban entre ellos y disfrutaban del juego hasta que uno de ellos perdió su puntería y la pelota cayó en un profundo pozo. Todos se apresuraron hacia el pozo y miraron adentro. Allí estaba la pelota flotando sobre el agua, pero tan adentro que nadie pudo alcanzarla. Tomaron largos palos y trataban de sacarla de allí, pero la pelota caía dentro del agua cada vez. Los príncipes estaban perdiendo las esperanzas de que nunca más jugarían con la pelota otra vez, cuando vieron a un anciano Brahman observándolos con una sonrisa. Nunca lo habían visto antes pero se apresuraron ansiosos hacia él y le pidieron que los ayudara a sacar la pelota. El Brahman dijo: "¡Qué! No son ustedes príncipes reales y ni siquiera pueden sacar una pelota del pozo? Miren, es más bien fácil".

Arrancó una brizna de hierba del suelo, la tomó entre sus dedos, la tiró abajo al pozo y la clavó en la pelota tal como un dardo. Eso sorprendió a los príncipes, pero no sacó la pelota. "La pelota, la pelota, consigue la pelota otra vez" gritaban. "Paciencia, paciencia" dijo el Brahman "solo recién comencé". Entonces él tomó otra brizna de hierba y la tiró abajo clavándose en la primera hoja de pasto; entonces él tiró una tercera hoja que se clavó en la segunda y así siguió hasta que las hojas de pasto eran como una soga que se venía hacia arriba del pozo.

Entonces él tiró y sacó la pelota. Los príncipes le agradecieron pero entonces le pidieron a gritos "Enséñanos tu habilidad, enséñanos a lograrlo tan bien como tú".

"Entonces vayan a Dritarushtra, el rey ciego y díganle que Drona ha venido" dijo el Brahman.

El Brahman Drona era famoso por su sabiduría y habilidad y el rey ciego estaba muy complacido de que los príncipes hayan encontrado a tan buen maestro. Drona instruyó a los siete príncipes, los cinco hijos de Pandu y los dos hijos del rey ciego.

Él les enseñó todas las cosas que los príncipes debían saber de los poemas de sabiduría que provenían de Manu; de cómo usar espadas y el arco y fecha con destreza.

Ahora bien, uno de los hijos de Pandu, Arjuna era más entusiasta que los otros en el uso del arco y flecha. Una noche cuando estaba comiendo, la lámpara se apagó, pero él continuó con su comida. Y Arjuna pensó, que mientras él pudiese llevar comida a su boca aún en la oscuridad, él podía, con práctica, dar en el blanco en la oscuridad. Desde ese momento en adelante él practicaba el tiro con arco y flecha tanto en la oscuridad, como en el día. Y cuando Drona escuchó el tañido de la cuerda de Arjuna en el aire nocturno, fue hasta él y lo elogió.

La Proeza de Arjuna

Ya escucharon cómo los siete príncipes fueron instruidos por el sabio Brahman en la destreza del uso de las armas y también debían aprender muchas poesías. Pueden darse cuenta que en ese tiempo no había libros porque el arte de leer o escribir aún no había sido inventado. Historias como éstas que han estado escuchando y muchas, muchas más eran contadas de una persona a otra. Gente mayor contaba historias a los jóvenes, así cuando la gente joven se hacía mayor, ellos podían contárselas a la próxima generación.

Los Brahmanes también contaban historias a la gente, a los guerreros y a campesinos y las historias que contaban eran especialmente largas e importantes. Y si un niño se convertiría en Brahman, era parte del entrenamiento que aprendiera estas historias, aquellas largas historias de memoria. Pero había una cosa que hacía más fácil aprender tan largas historias y tantos poemas y era que estaban todos en verso. No había libros pero la gente tenía algo mucho mejor: una maravillosa memoria. Tenían mejor memoria de la que tenemos hoy en día, así ellos podían aprender largos poemas, mucho mejor que nosotros.

Por ejemplo, un Brahman en estos antiguos días aprendía aproximadamente 10.000 líneas de memoria y una vez que se las sabía nunca las olvidaba. Y como estas historias y poemas eran aprendidos lealmente, se pasaban exactamente palabra por palabra, de viejos Brahmanes a jóvenes Brahmanes por cientos de años y ni una sola palabra era olvidada o cambiada.

Sólo piensen en esto: una generación de Brahmanes venía, aprendían los poemas, se los contaban a la siguiente generación y morían. Incontables Brahmanes han venido e ido pero los poemas han sobrevivido sin cambios. En nuestro tiempo todo lo que hemos leído, escrito y en los

libros está, por supuesto. Aún hoy los Brahmanes aprenden una gran parte de ellos de memoria aunque muchos menos que en los tiempos remotos.

Y la historia de los cinco hijos de Pandu y de los dos hijos del rey ciego Dritarushtra, es una de aquellas que los Brahmanes han estado contando a la gente de la India por muchos miles de años.

El sabio Brahman Drona se convirtió en el maestro de los siete príncipes. Aprendieron de él la sabiduría y el conocimiento del cual futuros reyes necesitarían en aquella época: cómo gobernar con justicia e imparcialidad y cómo dirigir una armada a la batalla. Les enseñó buenas maneras de comportamiento, a cabalgar y manejar carros y a tener habilidad con la espada, el hacha de guerra y el arco y flecha.

Pero los hijos de Pandu eran muy diferentes en sus habilidades. El mayor, Yudishtira, era también el más sabio de los hermanos. Era muy inteligente y cuando el maestro hacía una pregunta difícil, siempre era Yudishtira el que podía contestarla primero. Pero Yudishtira no era tan bueno con las armas como sus hermanos.

El segundo príncipe, Bishma, no era tan inteligente. Él era casi siempre el último que encontraba la respuesta a una pregunta, pero era extremadamente fuerte. Su arma favorita era la maza, una fuerte barra o palo con una pieza de metal redonda en la parte superior. Cuando Bishma golpeaba con su maza, las piedras se convertían en polvo y el hierro se rompía como si fuera una delgada madera.

Luego venían dos príncipes que eran mellizos: Natiala y Sahadeva. No eran tan inteligentes como Yudishtira, no eran tan fuertes como Bishma, pero nadie podía tratar mejor a los caballos que los mellizos. Cuando ellos cabalgaban los podían hacer galopar mucho más rápido que los otros.

El último era Arjuna, como ya oyeron, él era bueno con todas las armas, nadie tenía tan segura puntería con el arco y flecha o podía manejar un carro como él lo hacía. Estos eran los cinco hijos de Pandu.

Los dos hijos del rey ciego también se hicieron fuertes y bravos guerreros, pero ellos eran a menudo celosos de los otros príncipes (sus primos) y de sus logros.

Un día Drona, el maestro, quiso hacerles una prueba a sus alumnos reales. Le pidió al rey ciego algo de oro y joyas y con ellos hizo un pequeño pájaro con ojos de rojos rubíes. El Brahman colocó al pájaro en lo alto de las ramas de un árbol. Luego llamó a los príncipes y les dijo: "Ahora los voy a llamar a cada uno de vosotros por turno. Cuando les llegue el turno apunten al ojo del pájaro con vuestro arco y flecha, pero

no disparen hasta que yo les diga". Se volvió al príncipe mayor, Yudishtira y dijo "Es tu turno primero". Yudishtira tomó el arco y flecha y apuntó cuidadosamente, listo para disparar a la orden de Drona. Pero Drona dijo "Antes de disparar, dime ¿puedes ver el pájaro?". "Sí", dijo el príncipe, "Yo puedo ver el pájaro" y Drona dijo "¿Puedes ver el árbol?" "Sí", dijo Yudishtira "¿Puedes verme a mí y a los otros príncipes?" "Sí, puedo verlos a todos", fue la respuesta. Drona preguntó lo mismo tres veces y cada vez obtuvo la misma respuesta: "Puedo ver el pájaro, el árbol y a todos ustedes".

Cuando había preguntado por tercera vez, Drona suspiró y con voz triste dijo: "Baja el arco y flecha, Yudishtira. A ti no te corresponde disparar el arco". Entonces Drona llamó a los otros príncipes, uno después del otro; tomaron puntería y tres veces les hizo la misma pregunta que le había hecho a Yudishtira. Cuando ellos dieron la misma respuesta, les dijo que bajaran el arco y flecha y no les dejó disparar al pájaro.

Por último le tocó el turno a Arjuna, otra vez Drona preguntó "¿Ves el pájaro, el árbol, a los otros príncipes y a mí?", pero Arjuna contestó: "No, maestro, yo no veo nada más que al pájaro". "Describe al pájaro, ¿qué apariencia tiene?" gritó Drona.

"No te lo puedo decir" contestó Arjuna, "porque yo sólo veo los rojos rubíes de sus ojos". Cuando Drona oyó esta respuesta estaba encantado y gritó "Dispara". La flecha de Arjuna fue volando y golpeó al pájaro que cayó del árbol y cada uno pudo ver que la flecha había traspasado la cabeza entre los ojos rojo rubí.

Veán ustedes, cuando tengan un trabajo que hacer, deben olvidar todas las demás cosas y prestar atención sólo al trabajo. Arjuna fue el único que había entendido esto y así él pudo pasar la prueba. Pero sus primos y hermanos no pudieron.

El viaje a Benares

Ustedes escucharon sobre los largos poemas en verso que los Brahmanes de la India aprendieron de memoria y le contaban a la gente. La historia de los hijos de Pandu es la más famosa de ellas. No existe nadie en la India hoy día, hasta los campesinos más pobres que viven en pequeñas campañas, que no haya escuchado sobre las hazañas de Arjuna o no conozca quién era Yudishtira.

Así como todos ustedes saben sobre David y Goliath o la historia de María, José y el niño en el pesebre, porque son historias halladas en la Biblia, así

la historia de los hijos de Pandu viene de una clase de libro sagrado que todos conocen en la India.

Saben que los dos hijos del rey ciego Dritarushtira crecieron junto a los cinco hijos de Pandu y a medida que el tiempo pasaba los hijos del rey ciego se volvían más y más celosos de sus cinco primos.

El hijo mayor del rey ciego era llamado Durodhana. Mientras ellos crecían, había un solo pensamiento que Durodhana no podía soportar, un pensamiento que llenaba su corazón con odio, envidia y furia salvaje. Era el pensamiento de que un día, cuando su padre muriera, Yudishtira, el hijo mayor de Pandu sería rey y poco a poco Durodhana comenzó a pensar para sí: "Yo debería ser rey cuando mi padre muera y no alguno de los hijos de Pandu".

Un día Durodhana se acercó a su padre y le dijo "Seguramente no es justo que Yudishtira debiera gobernar el reinado, yo soy tu hijo y yo desearía ser rey después de ti".

Aunque el rey ciego hubiese deseado realmente el trono para su propio hijo, él gritó: "No puede ser. Yo he prometido a mi hermano Pandu que su hijo mayor gobernaría cuando yo muera". Pero Durodhana contestó "Qué importancia tiene que le hayas hecho una promesa a Pandu; como sabes, su mujer, la madre de sus cinco hijos, que se quedó con Pandu en el bosque, ha vuelto con la noticia de la muerte de Pandu. Ella se está quedando con sus hijos y ahora que Pandu ha muerto no hay nadie que pueda enfrentarse en tu contra. Seguro tú, como rey, tienes el poder de encargarte de los hijos de Pandu". Entonces Durodhana dijo: "Si no te atreves a hacer algo contra ellos abiertamente, hay formas de deshacerse de ellos con astucia". "Escúchame, he ideado un plan para matar a los cinco y a su madre, así nadie será capaz de culparte a ti o a mí". Cuando el rey ciego escuchó el plan de su hijo, se olvidó de la promesa que le había hecho a su hermano muerto y estuvo de acuerdo con Durodhana en dar muerte a los cinco hermanos con un malvado y homicida plan. Pronto sabremos lo que tenían en mente.

En las orillas del río sagrado Ganges había en ese tiempo (y aún está allí), una famosa ciudad llamada Benares.

Un día, cuando el rey, los príncipes y la corte estaban juntos, Durodhana comenzó a alabar la belleza de esta ciudad. Habló de los hermosos edificios, de los grandes parques y jardines y del ancho y extenso río Ganges.

Cuando los cinco hijos de Pandu oyeron sobre la hermosa ciudad, dijeron: "Nos gustaría ver Benares y sus finos edificios; y nos encantaría ver el

sagrado río Ganges, el hijo de los Himalayas". Inmediatamente el rey ciego dijo: "Entonces irán allí, mis queridos sobrinos. Y ustedes, y su querida madre, viajarán todos como apropiada realeza. Cada uno de ustedes viajará en su propio elefante".

Entonces, Durodhana dijo: "Espléndidos son los edificios de la famosa ciudad, pero ninguno de ellos es de suficiente valor para ustedes, mis queridos primos. Mandaré a mi propio experto constructor a Benares. Él es un artesano más allá del elogio y él construirá una casa para ustedes, que hará que todos los otros edificios parezcan cabañas pordioseras. Ustedes y vuestra querida madre tendrán una verdadera casa real, una casa adecuada para reyes".

Por supuesto, los cinco hermanos estaban grandemente agradecidos por tal amabilidad y ellos se ilusionaban adelantándose a su estadía. Mientras ellos y su madre preparaban todo para el viaje, Durodhana envió a su experto en edificios a Benares.

Pero Durodhana habló al constructor en secreto y dijo: "Es mi deseo que los cinco hijos de Pandu nunca regresen de Benares. Para ello no les construyas una casa de ladrillos o piedras. Construye una casa de madera que prenderá fuego fácil y rápidamente y una noche, cuando ellos y su madre estén dormidos, préndele fuego. Cuando esta camada Pandu haya sido destruida, te recompensaré con tanto oro como un elefante pueda acarrear". Y el experto en edificios prometió que haría lo que Durodhana deseaba.

Ahora todos ustedes saben lo que los carpinteros hacen para dar un lustroso brillo a una tabla de madera o armario. Ellos ponen a barnizar o pulirlos. En los lejanos países del este, en la India pero también en China y Japón, tienen un suave, especial y brillante barniz, porque está hecho de la resina de los pinos. Tiene un olor muy especial pero es, también, altamente inflamable (se puede prender fuego y se quema fácilmente).

Así, el experto en edificación se apuró en llegar a Benares. Se llevó trabajadores consigo y comenzaron a construir una muy hermosa casa que por fuera era de pino, el cual quema más rápidamente que cualquier otra madera. Cuando estuvo terminada, el constructor pintó el interior y el exterior de la casa con una gruesa capa de barniz. Se producía una hermosa vista cuando el sol brillaba en el suave pulido de la casa y la hacía relucir. No había una casa como aquella en todo Benares.

Al lado, el constructor levantó una pequeña casa para sí mismo, así él podía salir sigilosamente en la noche y no tenía que ir muy lejos para prender fuego a la gran casa de madera. Él pensó que apenas el fuego estuviera quemando, huiría precipitadamente y pediría su recompensa a Durodhana.

La brillante y pulida casa estaba lista y los cinco hermanos y su madre arribaron. Los elefantes en los cuales habían viajado fueron colocados en establos en otra parte de la ciudad. Así, los príncipes reales y su madre fueron a ver la hermosa casa cuyo primo Durodhana le había pedido hacer al inteligente constructor.

Escape de las llamas

Los cinco hijos de Pandu y su madre arribaron a Benares y entraron a la hermosa casa de madera que el constructor había hecho para ellos.

Ahora, ustedes recuerdan que el más inteligente de los hermanos era Yudishtira. Mientras los demás estaban admirando la casa y diciendo cuán generoso había sido su primo Durodhana, Yudishtira fue de habitación en habitación. Él aspiró la dulce esencia y miró las paredes de madera de pino, de la cual la casa fue construida.

Cuando ya había mirado todo, Yudishtira fue hacia sus hermanos y a su madre y dijo: "Tienen poca razón para estar tan agradecidos con la casa, porque necesita solamente una pequeña chispa para convertir a todo el edificio en brillantes fuegos artificiales. ¿Ustedes creen que es sólo por diversión que esta casa ha sido construida con materiales que quemarían como pila de maderas, en dónde la gente quema a sus muertos?"

"No, les digo que toda la casa es una trampa en donde nuestro primo Durodhana espera cazarnos y quemarnos hasta la muerte".

Al principio, los otros hermanos no le creyeron, pero cuánto más lo pensaban, más veían que Yudishtira tenía razón. Entonces, el sabio Yudishtira dijo: "Escúchenme, les diré cómo podemos arruinar el malvado plan de Durodhana. Cavemos un hoyo profundo en el suelo aquí dentro de la casa. Desde el hoyo cavaremos un largo pasaje bajo tierra que saldrá bien lejos, hasta el borde del bosque. Y a través de este túnel escaparemos todos". Bishma, el hermano fuerte gritó: "Sí, haremos un pasaje, pero cuando esté listo, no esperaremos a que nuestro enemigo prenda fuego a la casa. Nosotros mismos comenzaremos el fuego y escaparemos, entonces Durodhana pensará que todos hemos perecido en el fuego".

Durante la noche, cuando nadie podía observarlos, los hermanos comenzaron a trabajar cavando el hoyo y el largo pasaje subterráneo. En la mañana el trabajo estaba terminado y el hoyo cubierto con tablas de madera, así nadie podía ver lo que habían hecho. Por supuesto, el malvado constructor no sabía nada de esto. Él estaba esperando una noche oscura, sin luna, cuando pudiera deslizarse dentro de la casa, sin ser visto y empezar el incendio.

Pero los hermanos no esperaron. Una noche, cuando el constructor estaba profundamente dormido, Bishma prendió fuego a la gran casa. Mientras las llamas estaban extendiéndose, los hermanos y su madre levantaron las planchas de madera, bajaron dentro del hoyo e hicieron su camino a través del pasaje subterráneo, hasta salir al bosque. Mientras tanto la cabaña del constructor tomó fuego y fue quemada hasta morir. Cuando llegó la mañana, la casa grande y la casa pequeña, con el constructor dentro de ella, no eran más que un montón de cenizas. Y todos pensaron que los cinco hermanos y la mamá también habían perecido en el fuego.

Cuando la noticia de que los príncipes estaban muertos llegó a oídos de Durodhana y su padre ciego, ellos fingieron que estaban muy apenados. Durodhana estaba en llanto sobre la pérdida de sus queridos primos y el rey ciego no comió en todo el día para mostrar que estaba tan triste que había perdido el apetito. Pero muy pronto después que el rey ciego anunció que, dado que sus queridos sobrinos habían fallecido todos, su propio hijo Durodhana sería quien lo sucedería como rey.

Mientras tanto, los hermanos y su madre habían huido del bosque hacia una ciudad distante. Aquí, los cinco hijos de Pandu se disfrazaron de Brahmanes para que nadie supiera que todavía estaban vivos. Ahora bien, ocurrió que el rey de esta ciudad tenía una hermosísima hija, cuyo nombre era Draupadi. Muchos príncipes deseaban casarse con ella, pero era difícil decidir quién tenía mayor mérito para ser su esposo.

Un día, el rey llamó a los mejores hacedores de arcos de su corte y a sus órdenes, ellos hicieron un grande y fuerte arco, tan rígido que era casi imposible doblarlo. Entonces, el rey anunció que una gran competencia sería realizada. El primer hombre que pudiera disparar una flecha del arco y pasar a través de un anillo colgado de un árbol, ganaría la mano de la princesa.

Cuando el día de la competencia llegó, reyes y príncipes arribaron desde toda la India y cada uno deseaba casarse con la hermosa princesa Draupadi.

Pero en tan grande el festival, que no había solamente esperanzados reyes y príncipes, sino también muchos Brahmanes y gran multitud de observadores. Miles de personas llegaron, esperando la llegada del Rey y la princesa, para que la competencia pudiera empezar, y entre la multitud, disfrazados de Brahmanes, estaban los cinco hijos de Pandu.

Arjuna conquista la mano de la princesa

La competencia por la mano de la princesa Draupadi era un gran festival. En los bordes de un verde campo habían sido construidas galerías, las cuales estaban repletas de nobles, cortesanos, damas y todos los reyes y príncipes que habían venido para probar su fuerza con el arco. Hacia abajo, en el terreno alrededor del campo, había una vasta multitud de gente de la ciudad y de los alrededores de la campiña, todos deseosos de mirar la competencia. También había un lugar especial donde estaban parados los Brahmanes en sus ropas blancas y entre ellos estaban los cinco hijos de Pandu. Tan grande era la cantidad de gente que había venido a ver la competencia, que el clamor de sus conversaciones era como el sonido de grandes olas del mar.

Pero todos ellos, todas esas miles de personas, hicieron silencio cuando la princesa Draupadi llegó con su padre, el rey. Dulce y gentil era su rostro, sus ojos eran grandes y oscuros y ella sonrió a la muchedumbre. Llevaba puesto un sari de seda rojo profundo. En su mano, la princesa llevaba una guirnalda, una corona de hojas de oro y flores hechas de joyas, las cuales serían entregadas al ganador de la competencia. Cuando el rey y la princesa estaban sentados, un Brahman cuyo pelo y barba eran blancos por la edad, se aproximó a un altar que estaba colocado en el campo. Sobre el altar había pasto seco y sobre ello fue colocado aceite. El Brahman dijo los santos versos de plegaria, prendió el fuego y cuando las llamas se elevaron, pidió a los dioses que bendijeran la competencia.

Ahora la competencia podía comenzar y el primero de los muchos reyes que había venido a conseguir a la princesa Draupadi, se adelantó. Era un hombre alto, de mirada fiera, con una larga barba negra. Bajó al campo, levantó el pesado arco que era más alto que un hombre, colocó una flecha en la cuerda y tiró. Pero aunque él tirara con todas sus fuerzas, el arco no se doblaba ni un poco.

Hubo unas risitas tontas entre la multitud, viendo a un hombre fuerte y alto tratando con todas sus fuerzas, sin ningún resultado; era una escena más bien graciosa. Eso puso al rey de barba negra muy enojado. Con la cara roja y sudorosa por sus esfuerzos, tiró otra vez, pero el arco no se movió. Avergonzado, el orgulloso rey tuvo que dejar el arco y dar espacio para el siguiente hombre.

Uno detrás de otro, todos los reyes y príncipes que probaron sus fuerzas, fallaron. Algunos trataban tan duro que forzaban sus brazos y no pudieron usarlos después de semanas. Ninguno pudo doblar el arco.

Aunque Arjuna había ido con sus hermanos solo a observar la competencia, cuando vio a la hermosa princesa Draupadi, sintió que nunca podría amar a ninguna otra mujer más que a ella. Cuando un rey

tras otro bajaba el arco y dejaban el campo con vergüenza, Arjuna se adelantó y dio un paso adentro del campo. Un murmullo de excitación recorrió la muchedumbre, porque veían a un hombre vestido en las ropas blancas de un Brahman. ¿Era un Brahman que avergonzaría a los reyes?

Cuando la princesa Draupadi miró a Arjuna, su corazón pareció dar un pequeño vuelco y murmuró una plegaria a los dioses que le permitiera ganar la competencia. Pero su padre, el rey, estaba de mal talante cuando vio a un Brahman tomar el arco. Él quería como yerno a un gran príncipe o rey y no a un sacerdote que nunca sería líder de una armada o pelearía una batalla.

Todos los ojos observaban enojados cuando el joven hombre vestido de Brahman levantó sus manos rezando a los dioses. El levantó el arco, puso una flecha en la cuerda, tomó puntería y tiró. El arco se dobló tan fácilmente como si hubiese sido el tallo de una flor y entonces la dejó volar. La flecha silbo a través del aire y atravesó rectamente el aro colgado del árbol.

La multitud vitoreó y aplaudió. Fue como un trueno. Solo los reyes y príncipes derrotados miraron enojados y tristes, pero el corazón de la princesa Draupadi estaba lleno de júbilo. Ella bajó de su asiento, avanzó hacia Arjuna y colocó la guirnalda de oro sobre sus hombros. Arjuna la tomó a ella de la mano y la condujo a sus hermanos. Rápidamente se hicieron camino entre la multitud hacia la pequeña casa donde su madre estaba esperándolos a ellos.

El viejo rey, padre de la princesa Draupadi, fue tomado totalmente por sorpresa. Su hija había sido llevada por este extraño y joven Brahman. Ambos habían desaparecido en la multitud de gente y ni siquiera sabía a dónde se habían ido. Así que el rey llamó a su hijo, el hermano de Draupadi y dijo: "Ve hacia la ciudad. Averigua dónde han ido y entonces me reportas lo que has visto".

El hermano fue a la ciudad y preguntó a la gente si habían visto a un Brahman con la guirnalda de oro y una señorita en un sari rojo oscuro. Después de mucho preguntar, llegó a una casa con paredes muy finas. Cuando puso su oreja en la pared, pudo oír a la gente en su interior hablando y escuchó los nombres con los que se llamaban uno a otros: Yudishtira, Bishma, Arjuna. Entonces, por supuesto él sabía que éstos eran los famosos hijos del Rey Pandu y que no eran Brahmanes.

El hermano de Draupadi se apuró a volver. Su padre estaba rebosante de alegría con las noticias de que su hija no se iba a casar con un Brahman pero sí con un famoso príncipe. El rey envió carruajes y sirvientes a la casa para llevarlos de vuelta a todos al palacio. Al principio, los hermanos aún trataban de fingir que eran solamente pobres Brahmanes, pero al

final, admitieron al rey quienes eran. Había gran júbilo y la fiesta de casamiento fue llevada a cabo.

Por supuesto, la noticia que la princesa Draupadi se había casado con Arjuna pronto se dispersó. Así el malvado Durodhana y su padre, el rey ciego, se enteraron que los cinco hermanos estaban vivos y que a través del casamiento, se habían hecho parientes de un grande y poderoso rey. A Durodhana y su padre no les agradó esta noticia en absoluto y se preguntaban qué hacer. Al final el rey ciego dijo: "Yo ya he declarado delante de la gente que tú serías mi sucesor en el trono. Pero si tratamos de ser amigables con los cinco hermanos, estoy seguro que estarán de acuerdo en tomar solamente mitad de mi reino y tu puedes quedarte con la otra mitad".

Por lo tanto, un mensajero fue enviado a los hermanos. Decía cuán complacidos estaban su tío y primo de escuchar que no habían perecido en el incendio y los invitaban a volver para que el condado pudiera ser justamente dividido.

Los cinco hijos de Pandu fueron generosos y perdonaron. Ellos volvieron a su propio condado con su madre y la princesa Draupadi y cuando el rey ciego les imploró que tomaran la mitad de su reino y dejar la otra mitad al primo Durodhana, aceptaron con gusto para así mantener la paz en la familia de cualquier modo. De todos modos, la paz no duraría tanto.

Un fatídico juego de dados

El rey ciego había persuadido a los cinco hermanos de compartir el gran reinado con su hijo Durodhana. Los hermanos tomarían una mitad y Durodhana la otra. Pero cuando el rey ciego dividió las tierras, no lo hizo imparcialmente. Durodhana recibió la mitad de la campiña donde había espléndidas ciudades, donde grandes manadas de ganado pastaban en campos verdes y los campesinos cosechaban ricos cultivos cada año. Pero la mitad dada a los cinco hermanos eran densos bosques o tierra pedregosa. Había sólo pequeñas villas y la gente era pobre.

Los cinco hijos de Pandu no estaban desanimados ni argumentaron contra Durodhana o su padre. En vez de eso, ellos fueron hacia los pobres campesinos, les hablaron y dijeron: "Si nosotros realmente trabajamos duro, entonces esta tierra, pobre como parece, nacerá rica y acaudalada más allá que cualquier cosa que Durodhana tenga. El trabajo de voluntariosas manos humanas puede crear riquezas de desiertos estériles y bosques salvajes".

Así, todos se pusieron a trabajar. Tiraron abajo bosques para hacer lugar para campos y construyeron canales para traer el agua del río, para mojar la tierra estéril, así la cosecha podría crecer. Ellos construyeron espléndidas ciudades y echaron y mataron a los ladrones, ya que habían hecho una tierra íntegra para gente honesta.

Tan grande era la fama de los cinco hermanos que la gente de todas partes de la India venía para vivir en su campiña. En unos pocos años la región que Yudishtira y sus hermanos gobernaron, empezó a ser próspera. Tenían más gente, más riquezas y más hermosas ciudades que la región de Durodhana. El corazón de Durodhana estaba carcomido por envidia y codicia. El nunca estuvo satisfecho con su propia parte, sino que deseaba poseer también las tierras de los hermanos.

En aquella época, un príncipe o un rey no podían nunca rehusar el reto para una pelea. Si otro rey o guerrero decía: "Pelea conmigo o eres un miserable cobarde", uno decía: "Por supuesto" e iba a pelear, aun si su enemigo era más fuerte. Había, sin embargo, otra forma de reto que ningún guerrero, príncipe o rey podía rehusar: era un reto a un partido de apuestas. Pero ellos no tenían juego de cartas como tenemos nosotros ahora para apostar. La gente tiraba los dados y si tu puntaje era mayor en tu tiro que el del otro hombre, ganabas. Si tenías menos puntos, perdías.

Así ocurrió que el hábil Durodhana invitó a Yudishtira a un partido de apuestas. Él sabía que el sabio Yudishtira perdía toda su inteligencia cuando apostaba. Lo que era peor, una vez que Yudishtira comenzaba a apostar, el exaltamiento tenía tal control sobre él, que no podía parar, sin importar cuánto ya hubiera perdido. Y siendo un guerrero y un príncipe, no pudo rehusar la invitación de su primo Durodhana.

Así, los cinco hermanos y la hermosa Reina Draupadi fueron a la ciudad donde gobernaba Durodhana, para tomar parte en un partido de apuestas que ninguno de ellos jamás olvidaría. Habían traído oro y joyas con ellos, y cuando Yudishtira y Durodhana comenzaron a tirar los dados, jugaron, al principio por el tesoro. Durodhana tenía listo su tesoro en caso de que él perdiera. Pero no tenía miedo de perder. Su propio dado estaba hecho tan taimado que ellos siempre sacaban el número más alto. Cuando Yudishtira perdía tiro tras tiro, pronto todo el tesoro que había traído fue de Durodhana. Pero para entonces el partido lo tenía tan posesionado que no podía parar. Él le dijo a Durodhana: "Ahora yo apostaré todos mis elefantes contra ti. Si gano, tú me devuelves mi tesoro. Si pierdo, todos mis elefantes son tuyos. Pero otra vez Yudishtira perdió. Entonces, perdió todos sus caballos, sus ciudades, sus campos y su ganado. En poco tiempo toda la región fue perdida.

Pero esto no fue el final. Yudishtira se volvió a sus hermanos y dijo "No he dejado nada más para apostar, excepto ustedes mis hermanos. Si yo

pierdo, yo, a mí mismo y a ustedes mis hermanos, seremos esclavos de Durodhana. Pero si yo gano, todo lo que he perdido será mío otra vez". Los hermanos no iban a fallarle a Yudishtira y estuvieron de acuerdo, cuando Durodhana hacía una cruel sonrisa.

Había muchos observadores en el partido, pero todos mantenían un silencio mortal, mientras éste fatídico tiro era hecho. Cuando los dos contrincantes habían cada uno tirado sus dados, era claro que Yudishtira había perdido. En desesperación gritó: "Mis hermanos y yo somos tus esclavos, pero la Reina Draupadi aún es libre. Por el último tiro, apuesto a la Reina Draupadi contra todo lo que he perdido". Otra vez Durodhana asintió, y el dado rodó. Otra vez Yudishtira perdió, y ahora Draupadi, también, estaba perdida. Durodhana rió fuerte y gritó: "Sobre vuestras rodillas ante vuestro amo, ustedes esclavos, y tú, esclava mujer Draupadi, échate a mis pies al pie de mi taburete". Pero en ese momento hubo un terrible ruido. Era el graznido de cientos de cuervos que de repente volaron sobre el palacio. Y como respuesta al graznido, graznido de cuervos, vino un fuerte rebuzno de todos los burros guardados en los establos del rey. Entonces, el rey ciego apareció tropezando a la pieza en dónde estaban jugando y gritó: "¿No saben qué cuando los cuervos graznan y los burros contestan, significa que los dioses han mandado una maldición contra ti? ¿Qué has hecho Durodhana para atraer la maldición contra nosotros?"

Durodhana le contó que él había ganado, los cinco hermanos, Draupadi y toda su tierra en un juego de dados. Pero el rey ciego gritó: "¡No, todo lo que tu ganaste, es más bien nada si los dioses te maldicen! ¡Tira los dados otra vez! Si Yudishtira gana, todo lo que ha perdido será otra vez de él. Pero si él pierde, entonces, él, sus hermanos y Draupadi deberán ser libres. Pero darán una promesa de irse y vivir por trece años en el bosque como ermitaños. Si vuelven antes de ese tiempo, ellos serán esclavos tuyos por romper la promesa".

Durodhana no estaba conforme con lo que su padre le dijo. Pero como tenía miedo por la maldición de los dioses, aceptó. Una vez más el dado fue tirado y otra vez Yudishtira perdió.

Entonces los hermanos y Draupadi cambiaron sus ropas reales por las pieles ásperas de animales de los ermitas. Abandonaron el país, que ahora sería de la posesión de Durodhana y se volverían al bosque. Nunca, ni una vez, ninguno de ellos le reprochó a Yudishtira lo que había pasado. Eso ya había pasado, y era mucho más importante que se ayudaran unos a otros en los duros años por venir. Y fue porque ellos estaban viviendo en el bosque, que Arjuna encontraría el arma que, un día, derrotaría al malvado Durodhana.

El arco llamado Gandiva

Fue una severa y cruel vida en los bosques para los hermanos y Draupadi. La reina se había acostumbrado a la comodidad de una corte real durante toda su vida, pero ahora no tenían techo sobre sus cabezas. Tenían que comer fruta salvaje, bayas y raíces y no tenían más que hojas caídas para sus camas.

Yudishtira, mientras tanto, pensó en el momento en el que terminarían los trece años. Durodhana trataría de destruirlos otra vez y parecía seguro que los cinco hermanos tendrían que pelear contra su primo. Pero ¿cómo podrían pelear contra el gran poder que él había adquirido al sacarles a ellos sus tierras?

Un día, mientras Yudishtira reflexionaba sobre esta pregunta, un Brahman se paró de repente ante él. El Brahman dijo: "Tu corazón ¡Oh! Noble rey, está preocupado por el gran poder y fuerza de tu enemigo. Pero nadie en el mundo puede levantarse en contra de tu hermano Arjuna. Si él va hacia las montañas, arriba en el hielo y nieve de los Himalayas y vive consigo mismo en profunda plegaria, un gran dios se le aparecerá. De aquel dios recibirá el poder de derrotar a vuestro enemigo".

Entonces el Brahmán se fue y nadie sabía de dónde había venido, cómo es que sabía las preocupaciones de Yudishtira o a dónde se había ido. Pero cuando Arjuna escuchó lo que el Brahman había dicho, partió inmediatamente hacia las grandes montañas. Allí arriba, donde los campos de nieve se veían debajo de él, había aún menos para vivir de lo que había habido en el bosque. Unas pocas hojas marchitas y las raíces de algunas plantas era todo lo que pudo encontrar. Ahora, si uno vive una vida corriente como lo hacemos todos nosotros, no sería posible vivir con tan poco. Pero Arjuna no estaba trabajando, y no estaba jugando ni divirtiéndose. Él estaba sentado en profunda plegaria muchas más horas al día y por muchas horas en la noche. Si uno vive de esa manera, el cuerpo saca su fortaleza de la plegaria, no de la comida, y se requiere solamente muy poca comida para mantenerse vivo y saludable.

Pero también había animales salvajes en las montañas y Arjuna había traído su arco y flecha con él, para protegerse. Un día estaba orando, cuando fue molestado por un cerdo salvaje, un chancho salvaje de gran tamaño con largos afilados colmillos. Cuando la bestia se abalanzó hacia él, Arjuna rápidamente tomó su arco y flecha y disparó. La flecha golpeó al cerdo y éste se desplomó. Pero ¡cuán sorprendido estaba Arjuna cuando se dio cuenta que había dos flechas en el cerdo muerto! Entonces vio a otro cazador, alto y majestuoso, que dijo: "Este cerdo es mío, mi flecha lo atravesó. ¿O quieres pelear contra mí por él?".

Arjuna aún era un guerrero, por lo que no pudo evitar el desafío. Levantó su arco otra vez y disparó una flecha al extranjero, pero la flecha simplemente desapareció en el otro hombre sin hacerle ningún daño. Y así fue con una segunda y tercera flecha. De repente Arjuna se dio cuenta que su espera había terminado y que ahora estaba parado ante el dios al cual había venido a encontrar en las montañas.

Él se arrodilló, y ante sus ojos el extraño parecía crecer. Parecía que su cabeza tocaba las estrellas y aún las montañas del Himalaya parecían pequeñas al lado de él. Arjuna también vio que había una gran compañía junto al extraño que parecía como cientos de personas, hombres, mujeres, niños, sacerdotes y pordioseros. Entonces, el extraño preguntó: "¿Conoces a alguna de estas personas que ves ahora?". Arjuna contestó: "No señor, no conozco a ninguno de ellos todavía; de alguna manera, tampoco me parecen desconocidos. Ellos serán gente que yo he conocido hace mucho, mucho tiempo". Y el extraño dijo: "Yo soy el rey Indra y te revelaré quiénes son esta gente".

"Tú, Arjuna, y cada otro ser humano, no están aquí en la tierra por primera vez. Mucho tiempo antes que tú hubieras nacido como Arjuna, tú vivías como un Brahman. Ese Brahman murió pero su alma sobrevivió y volvió a nacer como Arjuna. Aún, antes de vivir tú como un Brahman, tenías otra vida en la tierra cuando eras un campesino humilde. Y aún antes de esto, habías tenido otras vidas".

"Has ido pasando por muchas vidas aquí en la tierra, Arjuna, y en todas aquellas vidas, a menudo ayudabas a otra gente. ¿Ves a esta mujer? Había una vez gran hambre y hambruna en el país, y ella estaba casi muriendo. Tú eras solamente un campesino allí y tenías muy poco para ti mismo. Pero lo que tenías lo compartiste con ella, y así salvaste su vida".

"¿Ves ese niño allí? Él fue atacado por un tigre en el bosque, y tú eras un rey y aunque sólo tenías una espada, cuando viste lo que ocurrió, fuiste al recate del niño. Peleaste contra el tigre con tu espada, lo ahuyentaste y salvaste la vida del niño. Toda la gente que ves en esta gran compañía, Arjuna, son gente a quien les has hecho algún bien. Cada uno ha estado agradecido hacia ti y pensaron en ti con amor".

Entonces el dios Indra dijo: "¿Has visto alguna vez muchos pequeños arroyos reunirse para hacerse un gran río? Así, tienen las gracias y el amor de cada una de esta gente, que juntos, se reúnen para hacerse un gran poder mágico. Este poder ahora descansa en un mágico arco y en algunas flechas que yo te daré. Ningún enemigo podrá enfrentarse a ti, cuando tu uses esta arma, el arco llamado Gandiva".

"Pero recuerda una cosa: el arco llamado Gandiva, nunca deberá ser usado contra enemigos más débiles que tú. Nunca deberá ser usada para

una causa equivocada o injusta. Debe ser usado solamente cuando todas las demás armas hayan fallado”.

Indra le dio a Arjuna un poderoso y brillante arco. Al siguiente instante, el dios y toda la gente habían desaparecido y Arjuna, parado solo al lado de la montaña con el arma mágica, el arco Gandiva, en sus manos, sabía que el tiempo de usarla contra el poder de su malvado primo Durodhana, estaba cerca.

La gran batalla

Cuando los trece años pasaron, los cinco hermanos y la Reina Draupadi abandonaron el bosque. Ellos no habían olvidado todas las cosas que Durodhana les había hecho: el incendio de la casa en Benares o que les dieron solo la mitad de su reinado, cuando por derecho, todo les pertenecía a ellos. Además, Durodhana les había robado eso mismo en un juego de dados, y ellos habían sido forzados a vivir trece años en el bosque. Pero la hora en que ellos querían tener lo que les era propio por derecho, había llegado. Por eso, enviaron un mensaje pidiéndole a Durodhana que les devolviera la mitad del reinado.

Pero Durodhana, en aquellos trece años, se había vuelto grande y poderoso. El tenía no sólo grandes generales y miles de bravos guerreros, también otros reyes se hicieron sus amigos y aliados y habían prometido pelear a su lado, siempre que él fuera atacado. Aún Drona, el maestro de los príncipes, había jurado ayudarlo, y así Durodhana, orgulloso de su gran poder dio la respuesta: “Si los hijos de Pandu son realmente guerreros, ellos vendrían y pelearían por lo que quieren y no pedirían por ello como pordioseros de baja estirpe”.

Entonces, los hermanos supieron que nunca obtendrían de vuelta sus tierras (la tierra que una vez había pertenecido a su padre Pandu) sin una batalla. Pero los cinco hermanos también tenían amigos. Estaba el padre de Draupadi, un grande y poderoso Rey, y había también otro rey, Krishna, que quería ayudar. La gente contaba extrañas historias del rey Krishna, de que él no era un ser humano, sino uno de los dioses que había nacido como un hombre para ayudar a los seres humanos en su lucha contra el mal.

La mitad de la India, estaba dividida entre aquellos que estaban al lado de Durodhana y aquellos que estaban al lado de los hijos de Pandu. De todo el país, hombres jóvenes colgaban sus arcos sobre sus hombros, ceñían sus espadas alrededor de su cintura y dejaban sus hogares para pelear por Durodhana o Yudishtira.

Los comerciantes enterraban sus riquezas bajo la tierra por miedo a que los soldados pudieran robarles, y los campesinos rápidamente guardaban sus cosechas antes que la armada pisoteara sus campos. La terrible palabra 'guerra' sonó desde las cubiertas nieves del Himalaya hacia las ciudades en las orillas del mar de India. Y ambas poderosas armadas, la armada de Durodhana y sus amigos, y la armada de Yudishtira y sus amigos, se encontraron en una gran llanura, llamada Kurukshatra.

La noche anterior a la batalla, cuando miles de bravos guerreros dormían su última noche en la tierra (porque ellos perderían sus vidas en la batalla por venir), Krishna de repente se paró ante Durodhana y dijo: "Puede aún haber paz y muchas vidas salvadas, si tú le das a Yudishtira lo que le pertenece por derecho". Pero Durodhana no le escuchó y Krishna lo dejó.

Entonces, en el temprano amanecer, cuando todos estaban aun dormidos, Krishna fue hasta Arjuna y le dijo: "Tu primo Durodhana quiere batallas y derramamiento de sangre, en vez de paz y de acuerdos. Pero yo te ayudaré. Yo conduciré tu carroza a la batalla, así tu tendrás dos brazos libres para matar a tus enemigos". Ahora el corazón de Arjuna estaba triste ante el pensamiento de tener que pelear contra su propio primo, y que tantos bravos hombres perderían sus vidas. Pero Krishna dijo: "No estés demasiado triste sobre aquellos hombres que morirán. Porque el alma nunca muere, se eleva de los cuerpos cuando estos cuerpos mueren. Como si hombres se quitaran un vestido viejo por uno nuevo, así el alma pone a un lado el cuerpo viejo y gana otro".

Así Arjuna fue capaz de ir a la batalla con un buen corazón. Cuando el sol se elevó más alto, sonaron las trompetas y los muchos miles de guerreros tomaron sus armas. Los príncipes montaron sus carrozas y con gritos salvajes las dos grandes armadas se abalanzaron unos contra otros. Terrible fue la matanza, la sangre corría en un rojo río en el terreno pedregoso sobre la llanura de Kurukshatra y cuerpos muertos cubrían la tierra como hojas de otoño.

Drona, quien una vez fue el maestro de los príncipes, estaba ahora peleando contra los hermanos. Sus flechas nunca fallaban su blanco y mataba guerrero tras guerrero. Fue una de las flechas de Drona que dio en el corazón del padre de Draupadi y cayó muerto de su carruaje.

Pero Drona también tenía un hijo que estaba peleando contra los hermanos. Y este hijo venía contra el fuerte Bishma, que estaba usando su arma favorita, el mazo. Bajo el terrible sonido del mazo de Bishma, el hijo de Drona cayó muerto. Un gran grito se levantó: "El hijo de Drona ha caído". Cuando Drona escuchó el grito, se destrozó su corazón, dejó su arco y bajó de su carruaje. En ese momento, una espada lo golpeó y lo mató. Y el hombre que había golpeado y matado a Drona fue el hermano de Draupadi, que así vengó a su padre.

Fueron 18 días de enfurecida batalla. A veces parecía que el ejército de Yudishtira ganaría, y en otro, el ejército de Duroahana estaba más cerca de la victoria. Pero en el último día, los guerreros de Durodhana ganaban más y más terreno y los soldados de Yudishtira, agotados y cansados de la pelea comenzaron a dar la espalda al enemigo y huyeron.

Entonces Krishna, que estaba dirigiendo el carruaje de Arjuna, le dijo: "Ahora ha llegado el momento de usar el arco Gandiva". Él levantó el arco y las flechas que provenían de él eran como fieros relámpagos. Dónde golpeaban, no uno, sino cientos de enemigos caían, y ante el terror del arco Gandiva, los soldados de Durodhana escapaban temblando de miedo. Durodhana mismo trató de escapar cuando vio a sus soldados huyendo. Se escondió en un río, esperando que los hermanos no lo encontraran. Pero Natiala y Sahadeva, los rápidos jinetes habían seguido su huída y les dijeron a los otros hermanos dónde estaba Durodhana escondido.

Pronto, los cinco hermanos llegaron al río y el fuerte Bishma le retó a que saliera y peleara con él sólo. Chorreando agua, Durodhana emergió del agua, fiero y lleno de odio. Él estaba armado con un mazo, al igual que Bishma, y los dos guerreros daban cada uno terribles golpes. Al final, un poderoso golpe de Bishma alcanzó a Durodhana y el malvado rey cuya avaricia y envidia había traído tanta miseria y sufrimiento, estaba muerto.

El viejo rey ciego, el padre de Durodhana, estaba profundamente sentido por todo lo que había pasado. Él le dio la corona de todo el reinado a Yudishtira, a quién realmente le pertenecía. Entonces, el rey ciego partió hacia el bosque solo y allí murió.

Los hijos de Pandu, al fin, gobernaron su reino.

La búsqueda del Portón del Cielo

Después de la terrible batalla en las llanuras de Kurushetra, Yudishtira se hizo rey y gobernó. Él y sus hermanos gobernaron su país con gran sabiduría y justicia durante treinta y cinco años. Pero para entonces, los cinco hermanos y la Reina Draupadi ya no eran tan jóvenes. Es un trabajo duro ser rey de un gran país y Yudishtira pensó que era tiempo de que un hombre joven tomara su lugar. Por lo cual nombró como rey a uno de los hijos de Draupadi y Arjuna.

Ahora que los hermanos y Draupadi habían entregado su poder y responsabilidad, podían tener una vida placentera y cómoda sin ningún trabajo más. Pero ellos deseaban algo más, algo que solo podía ser encontrado si dejaban tras de sí todo su tesoro, sirvientes y comodidades

y se iban hacia las montañas del Himalaya. Porque se decía que en algún lugar en las montañas había un sitio donde se encontraba una puerta que era la entrada al cielo. Pero también se decía que solo aquellos que nunca habían sido mentirosos, presumidos, miedosos o poco amables, podían encontrar el portón y entrar al cielo a través de él.

Así, los cinco hermanos y la reina Draupadi abandonaron sus espléndidos palacios, jardines y sus muchos sirvientes y partieron a buscar el portón del cielo. Viajaron sin equipaje ni posesiones, pero Yudishtira llevó su perro con él. Había sido su compañero por muchos años y no quería dejarlo en el palacio.

Grandes fueron las privaciones que ellos sufrieron en el frío y estériles rocas de los Himalayas. El tiempo pasaba mientras ellos buscaban y deambulaban una y otra vez, pero no podían encontrar el lugar secreto de la puerta del cielo. Las dificultades fueron demasiado para la Reina Draupadi. Ella no pudo seguir adelante, y un día se acostó en el suelo y falleció.

La muerte de Draupadi puso muy triste a los hermanos, pero a pesar de eso continuaron con su travesía. El más triste de todos era Arjuna y su tristeza lo debilitó. Entonces llegó un día en el que sus piernas no podían llevarlo más y cuando se sentó, su bravo corazón dejó de palpar. Entonces, Natiala y Sahadeva, los mellizos, que siempre habían hecho cosas juntos y que nunca fueron separados, se volvieron demasiado débiles para continuar y también murieron.

Ahora solo el fuerte Bishma, Yudishtira y el pequeño perro partieron. Pero tampoco Bishma estaba suficientemente fuerte para las terribles privaciones a lo largo de las rocas heladas del Himalaya y una mañana Yudishtira encontró a su último hermano muerto. Yudishtira se preguntaba cómo él, que no era el más fuerte, sino el más débil de sus hermanos, podía continuar cuando todos los demás habían muerto antes.

Pero al día siguiente de que Yudishtira y su perro siguieran viajando, un portón que parecía estar hecho de la luz del sol, apareció ante ellos. En la puerta estaba parado el dios Indra, que llamó: "Bienvenido, Yudishtira, tu eres el único de los hermanos que no tiene faltas. Por ello, solo a ti te ha sido permitido que encontraras el portón. Ven y entra a la ciudad celestial de los dioses". Pero Yudishtira respondió: "Yo no entraré por esa puerta sin mis hermanos y Draupadi. Toda la gloria del cielo no significa nada para mi sin ellos".

Entonces, Indra le sonrió y dijo: "Ven Yudishtira, y encuéntrate con tus hermanos y Draupadi en la ciudad celestial, porque ellos llegaron antes que tu".

Pero cuando Yudishtira se aproximó a la puerta con su pequeño perro siguiéndolo, Indra dijo: "¡Seguramente no pensarás que puedes traer ese perro contigo! No está permitido que el perro entre". Yudishtira se volvió y contestó: "Este perro ha sido fiel a mí por muchos años y yo seré fiel con él. No lo abandonaré y si él no puede venir conmigo, no entraré a la ciudad santa de los dioses".

Cuando él hubo dicho estas palabras, el perro cambió ante sus ojos y se transformó en un dios brillante de luz. Y el dios dijo: "Yo soy el Dios de la Justicia y la imparcialidad. Aun cuando yo aparecí como un perro ante ti, has permanecido fiel a mí. Por esto tu tendrás mayor honor en la ciudad celestial ante cualquier otro hombre".

Pero los dioses aún tenían una prueba más guardada para Yudishtira. Cuando entró a la ciudad celestial, donde los dioses moraban en su gloria, no pudo ver a sus hermanos o a Draupadi. El gritó: "¿Dónde están ellos?". De repente, él no estaba más en la ciudad de luz, sino en un lugar de oscuridad, donde muchas voces humanas gritaban de pena. Entre las voces, Yudishtira reconoció las voces de sus hermanos y Draupadi. Y él llamó: "Si ustedes, los dioses, han hecho tal cosa y condenado a mis hermanos a quedarse en la oscuridad y el dolor, entonces yo no deseo estar en la ciudad celestial. Yo me quedaré con mis hermanos". Cuando dijo esto, la oscuridad se había ido. Estaba ahora en la ciudad de luz y sus hermanos y Draupadi estaban con él. Y los grandes dioses, Brahma, Vishnu y Shiva elogiaron a Yudishtira como la más fiel y noble de todas las almas humanas en la santa ciudad de los dioses.

El ermitaño y el elefante

Hemos llegado al fin de la historia de los cinco hijos de Pandu. Ustedes recuerdan que esta historia es realmente un largo poema en el idioma indio. Pero sólo escucharon la parte más importante de ella, porque el poema en sí mismo es muy pero muy largo.

Ahora, el lenguaje indio, en cuyo poema esta historia es contada, es un idioma muy interesante. Ustedes vean, tal como los hijos son más jóvenes que sus padres, así el inglés, alemán, francés y ruso son realmente idiomas jóvenes. Son los "hijos" de los idiomas antiguos. Y el idioma en que fue contada la historia de los cinco hijos de Pandu era un idioma muy viejo. Es tan viejo que no sería la madre, sino la abuela del idioma inglés y también del ruso, del alemán y el francés.

Así como los hijos se parecen a sus padres y a veces hay un parecido a los abuelos, así hay un parecido entre algunas palabras (no todas, por supuesto) en nuestro idioma [*el inglés, ya que el narrador original de esta larga historia es de origen inglés*] y el idioma antiguo de la India. Por

ejemplo, la palabra India duhitar significa daughter (hija); suna significa son (hijo); pitar es father (padre), y matar es mother (madre). Brutar significa brother (hermano) y swasar es hermana (sister).

Y como los hijos vienen de los padres, así la palabra *mother* (madre) viene de la vieja palabra matar. Ambos, la palabra alemana mutter y la palabra francesa mère también vienen de matar. Ahora ese lenguaje antiguo de la India es llamado Sánscrito y todos los nombres que ustedes escucharon en la historia de los hijos de Pandu (como Indra, Yudishtira, Arjuna) son todos nombres en Sánscrito, el abuelo de muchos idiomas que aún se hablan hoy día.

Ahora bien, recuerdan de tantas historias que han escuchado cuán a menudo los hombres dejaban sus hogares y familias y se iban a vivir como ermitas en el bosque. Ellos tienen que vivir bajo grandes privaciones y aunque no hacen ningún trabajo, dan todo su tiempo a la plegaria. De cualquier manera, para estos ermitaños, rezar era realmente un arduo trabajo. Por horas y horas cada día, un ermitaño debía concentrarse en las palabras de la oración, así que todo el mundo alrededor de él, era olvidado. No sentiría calor o frío o lluvia. Tampoco sentiría hambre o sed. Todo el tiempo que rezaba, su mente estaba en la oración y en nada más.

Era esta completa concentración en una tarea, en la que nada más penetraba en la mente, la que daba a los ermitaños extraños poderes. No eran sólo las oraciones, sino la profunda concentración en las palabras del rezo que le daba este extraño poder que ya escucharon en algunas de estas historias. Y aún hoy hay ermitaños en la India que todavía tienen estos poderes.

Ahora, yo quiero contarles una historia sobre un ermitaño moderno de hoy en día, una historia sobre algo que un hombre que había vivido en la India por muchos años vio con sus propios ojos. Este hombre estaba hospedado en una aldea cercana a los bosques. Un día, un ermitaño salió desde el bosque y se colocó en cuclillas sobre la ruta que cruzaba la aldea. Era extraño verlo sentado en la tierra. Tenía una barba larga y negra, pelo largo hasta los hombros y estaba vestido solamente con un pedazo de ropa rugosa alrededor de sus caderas.

La mayor parte del tiempo sus ojos estaban cerrados y no tenía en cuenta lo que estaba ocurriendo alrededor.

Los aldeanos, los campesinos indios, lo trataban con gran reverencia. Caminaban con cuidado alrededor del hombre santo, y cada tanto, le ponían un cuenco con leche, o con un poco de arroz, a su lado. Así, este ermitaño se quedó en cuclillas en la ruta, sin hablar con nadie por muchos días.

Los animales salvajes que vivían en los bosques –tigres, elefantes, serpientes y monos- normalmente se quedaban alejados de las aldeas donde vivía la gente, porque no les gustaba el olor de los seres humanos. Pero hay excepciones. Ustedes saben que los elefantes viven en manadas, como las vacas. Y los elefantes que pertenecen a la misma manada, se ayudan unos a otros cuando hay algún peligro. Pero a veces ocurre que hay un elefante que tiene mala conducta. Así sucedió con uno en ese tiempo, un elefante buscador de pleitos comenzó pateando y dañando a los otros elefantes con sus colmillos, empujándolos cuando iban a beber en el río. Pero los otros elefantes decidieron que ya habían tenido bastante de él y toda la manada se volvió en su contra. Ellos atacaron al travieso elefante y lo hubiesen tirado y pisoteado a muerte, si él no hubiera huido. Pero ya nunca podría volver a la manada. Un elefante que ha sido expulsado de su propia manada, es llamado un pícaro elefante. Y cuando un pícaro elefante sabe que no puede volver, se vuelve loco de furia. Corre por el bosque, bramando salvajemente y pisoteando cualquier cosa que se pone en su camino. Aún los tigres huyen ante tal loco elefante. Ahora bien, una mañana la gente de esa aldea estaba recién dejando sus cabañas para irse al campo a trabajar. Los niños salían a la ruta a jugar y el terrible y agudo bramido de un elefante enojado pudo ser oído.

Entonces un enorme y descontrolado elefante, con sus pequeños ojos rojos de furia, salió de la espesura del bosque y encaró hacia el camino. Las personas corrieron como locas y se dispersaron en todas las direcciones para salirse del camino del elefante. Las madres arrebataban a sus hijos y los ponían a salvo, pero un pequeño niño estaba quieto, detenido en el camino cuando el enorme elefante venía avanzando.

En la excitación, nadie había prestado atención al ermitaño. Pero en ese momento él se levantó, caminó calmadamente hacia el medio del camino y se quedó allí quieto justo frente al niño. El elefante seguía embistiendo, pero de repente se paró a tres pasos del ermitaño. El hombre santo no se movió en absoluto, sólo miró al elefante.

Por unos momentos, todos los campesinos, contuvieron su respiración, mientras el elefante y el hombre santo se miraban uno a otro. Entonces el elefante se alejó. Todo lo salvaje se le había ido y caminó tranquila y mansamente de vuelta al bosque. El ermitaño volvió a sentarse en el camino otra vez, como si nada hubiese pasado.

Rama y Hanuman

El asesinato de los Demonios

En la siguiente historia, ustedes van a escuchar muchísimo sobre espíritus malignos, que pueden cambiar de figura y se deleitan sencillamente en

dañar a la gente. Los historiadores indios llaman a estos malos espíritus rakshasas, pero los llamaremos demonios, que es el nombre que es usado en la mayoría de los cuentos de otros países.

Hubo una vez, hace mucho, un tiempo en el que estos demonios tenían terribles poderes en la India. Los brahmanes en sus oraciones, los campesinos en su trabajo y los guerreros en sus deportes nunca estaban a salvo de sus ataques. Así la gente de la India pedía a los dioses que dieran fin a estos diabólicos poderes.

Todos los dioses fueron a Brahma, el altísimo, y dijeron: "¿Por qué es que dejas a los demonios que tengan su propio camino? Los dioses somos buenos, ¿no estamos aquí para proteger la tierra?". Pero Brahma contestó: "Una vez, hace mucho tiempo, Ravana, el rey de los demonios, se ganó un favor mío. El favor era que ningún dios u otro espíritu nunca lo derrotarían o matarían. Así que ninguno de vosotros debéis pelear contra él".

Los dioses estaban terriblemente consternados sobre esto y gritaron: "Pero si ningún dios o espíritu puede pelear contra Ravana, ¿quién puede parar toda la maldad que está yendo por el mundo?" y Brahma contestó: "El malvado Ravana pidió solamente que ni dioses o espíritus le dañaran pero, en su orgullo no me mencionó seres humanos. Ravana cree que los seres humanos son débiles y son criaturas miserables. Ahora es que de entre ellos un héroe nacerá, quien podrá, después de una gran pelea, ponerle fin a Ravana. Y el momento en el que nacerá el héroe humano está cerca".

Poco después, el héroe, cuya llegada Brahma había prometido, nació como el hijo de un grande y poderoso rajah (o rey). Fue llamado Rama y tenía cuatro hermanos mayores. Pero los hermanos del príncipe Rama no pudieron competir con él, peleando con espadas o arco y flecha, en cabalgar sobre caballos o elefantes o en el conocimiento de los poemas santos, los cuales todos debían aprender.

Cuando Rama tenía sólo 16 años, un hombre santo, un Brahman, vino hacia su padre y le dijo: "¡Oh! Rey, por muchos años he vivido en el bosque tratando de gratificar a los dioses con constantes plegarias y sacrificios. Pero no puedo seguir mi trabajo por los demonios, mandados por Ravana, su rey. Distraen mis plegarias y saquean mis sacrificios tirando suciedad en el fuego. He oído que la gente elogia a tu hijo, Rama, como uno con fuerza y coraje. Déjalo que venga conmigo y que eche a los demonios".

Aunque el rey no estaba contento de mandar a tan joven chico a pelear contra los demonios, no se rehusó al Brahman. Así Rama y uno de sus hermanos, Lakshman, que lo tenía en buen aprecio, fueron con el Brahman hacia la espesura del bosque. Apenas habían llegado, cuando los

demonios aparecieron. Algunos tenían cabezas de tigre pero alas de pájaro, mientras otros tenían caras como hombres pero los cuerpos de serpientes. Y aún había otros que tenían diez brazos y cuernos en sus cabezas. Desde arriba en el aire y desde abajo en la tierra, aquella horrible muchedumbre venía croando, aullando y dando alaridos tan espantosos, que hasta los hombres más bravos habían sentido miedo. Pero no así Rama, y su fiel hermano Lakshman. Con espada en mano, fue a encontrarse con los monstruos. El golpeaba a derecha e izquierda y donde golpeaba, un demonio caía. En lugar de tener miedo el príncipe Rama, eran los monstruos los que sentían miedo. Pronto se dieron vuelta y huyeron y se volvieron apurados junto a su rey para decirle lo que había pasado.

Cuando Rama puso a los demonios en fuga, le preguntó al Brahman si había alguna cosa más que pudiera hacer por él. "No" dijo el hombre santo, "Pero te estoy muy agradecido y creo que sé de otra tarea que es mucho más placentera que pelear contra demonios y monstruos. Me gustaría que vinieras conmigo a ver al rey Janaka. Él tiene un arco que nadie antes ha sido capaz de doblarlo y él dará su hija al hombre que pueda doblarlo".

Así Rama y su hermano Lakshman fueron con el Brahman al país de Janaka. Y cuando el príncipe vio a Sita, la hija del rey, se llenó de alegría porque nunca había visto una dama de tal belleza. Con entusiasmo, Rama tomó el arco grande y pesado y tiró de la cuerda. Comenzaba a combarse, más y más, hasta que hubo un ruido como de un trueno y el arco con un chasquido se rompió.

El rey de Janaka, el padre de la hermosa Sita, estaba muy agradecido porque él no hubiese deseado un mejor yerno que Rama, el príncipe e hijo del gran Rajah mismo. Y así, una gran boda fue celebrada. Entonces Rama y su novia viajaron de vuelta hacia el reino de su padre, que estaba gozoso de que su hijo había derrotado a los demonios y conquistado tan noble y hermosa novia. Pero su felicidad no iría a durar mucho tiempo.

La madre de Rama había muerto cuando él era muy pequeño y su padre se había casado con otra mujer. Esta reina, la madrastra de Rama, tenía un hijo llamado Bharata, y deseaba que fuera rey un día, en lugar de Rama.

Cuando la madrastra oyó que el viejo rey iba a anunciar a todo el país que Rama, el mejor de sus hijos, sería rey después de él, ella casi estalló de envidia. Fue hacia el rey y le dijo: "Debo recordarte a ti algo que me habías prometido hace algunos años. ¿Recuerdas la gran batalla en que peleaste contra los enemigos que habían invadido nuestro territorio? Fuiste golpeado por una flecha y tus soldados creyeron que estabas

muerto. Cuando yo oí las noticias, me apresuré al campo de batalla y te encontré. Yo te saqué la flecha y vendé tu herida, y así yo salvé tu vida. Y en ese entonces tú dijiste que me darías dos deseos. Todos estos años, yo no te he pedido favores especiales, pero ahora te los pido”.

El rey pensó por un momento y entonces contestó: “Es verdad. Yo prometí y nunca romperé una promesa que te haya hecho”. La madrastra sonrió y dijo: “Escucha, estos son mis dos deseos. Yo quiero que mi hijo, Bharata, sea anunciado como el futuro rey. Y quiero que Rama sea enviado a vivir al bosque por catorce años”.

Eso fue un duro golpe para el rey, quien amaba a Rama. Sin embargo, no pudo romper la promesa que había hecho. Cuando la madrastra se retiró, el rey llamó a Rama y le contó lo que había ocurrido. Pero Rama no estaba en absoluto desilusionado o enojado, y dijo: “Un rey debe ser fiel a su promesa y me iré lo más pronto posible al bosque, antes que darle más problemas a nadie en mi familia. No estés triste, padre, estoy más bien contento de vivir catorce años en el bosque”.

Sin embargo, el hermanastro Bharata, para quien la madre había hecho todo esto, también amaba a Rama. Cuando él escuchó lo que había ocurrido, se apresuró a decirle a Rama que él no había sabido sobre el plan de su madre, ni tampoco deseaba tomar el lugar de Rama. Pero el príncipe dijo: “No estoy contrariado contigo ni con nadie. La promesa de mi padre debe ser mantenida. Yo iré hacia el bosque”. Aunque Rama tenía planeado pasar esos catorce años solo, Sita no se apartaría de él. Así, ella también abandonó el palacio y fue a compartir la vida dura en la jungla. Pero si ella hubiese sabido lo que estaba reservado para ella, más bien hubiera preferido dejar ir solo a Rama.

Hanuman viene al rescate

Rama, Sita y Lakshman, el hermano fiel, fueron bien adentro del bosque, donde no tenían otra compañía que los animales de la jungla.

La mayoría de los animales, se mantenían alejados de los seres humanos, pero no los monos. A los monos les gusta imitar a la gente y los monos del bosque donde Rama, Sita y Lakshman vivían, bajaban de los árboles y saltaban. Con el tiempo Rama y Sita se hicieron grandes amigos de ellos, y hasta entendían su idioma. Y esta amistad sería una gran bendición para Rama.

¿Recuerdan que el rey de los demonios, Ravana, que no podía ser matado por dioses o espíritus, había jurado la venganza de los demonios que Rama mató? Ahora que Rama estaba en el bosque, el rey demonio pensó que la hora exacta había llegado. Uno de sus espíritus tomó la forma de

un venado con un pelaje del color del oro. Por supuesto, había muchos ciervos en el bosque, pero cuando el ciervo dorado caminaba entre las espesas plantas y árboles, era como si una luna dorada brillara entre las hojas.

Cuando Rama vio al ciervo pensó "¡Qué maravilloso regalo sería para Sita, un ciervo de piel dorada! Ella hace mucho que no tiene las ropas ricas de una princesa, tiene que vestirse con pieles de animales; pero la piel de este ciervo es más hermosa que la más fina seda". Se apuró a volver a la cabaña, que ellos mismos habían construido, para tomar su arco y flecha. Antes de irse dijo a su hermano Lakshman: "Yo voy a ir a cazar a un hermoso ciervo de oro. Tú quédate aquí y cuida a Sita. Cualquiera cosa que pase, no debes dejarla hasta que yo vuelva".

Así Rama fue detrás del dorado ciervo. Pero siempre que se acercaba suficientemente cerca para disparar sus flechas, el animal hacía de repente un salto y se dispersaba. Poco a poco, Rama fue más y más lejos, alejándose de su cabaña hasta que estuvo a muchas leguas de distancia, en lo profundo del bosque.

Entonces, el demonio disfrazado de ciervo cometió el error de esperar demasiado tiempo antes de hacer otro salto. Rápido como un rayo vino la flecha y lo golpeó. Ante los ojos de Rama, el ciervo dorado se transformó en un monstruo con la cabeza de cocodrilo y el cuerpo de una gran serpiente. Estaba echado muriendo en el piso, pero, de repente, con el último aliento, el demonio gritó imitando a la perfección la voz de Rama: "Ayuda, Lakshman, socorro", tan alto que pudo ser oído en la lejanía hasta la cabaña. Entonces, el demonio murió.

Cuando Lakshman escuchó aquel terrible grito en la voz de su hermano, olvidó su promesa, arrebató su arco y flecha y corrió afuera hacia el bosque. Pero tan pronto como había ido a buscar a su hermano, un ermitaño llegó a la cabaña. Sita, que sabía que hombres santos debían ser tratados con respeto, lo invitó a entrar. Pero el ermitaño no era otro que Ravana, el rey de los demonios, que había tomado astutamente la forma de un humano. Cuando Sita puso un cuenco de leche delante del ermitaño, él la miró a ella con una extraña sonrisa y dijo: "¿Hermosa mujer, te gustaría venir conmigo?". "¿Qué quieres decir?" preguntó Sita asombrada. "Nunca dejaré a mi esposo, el noble Rama". "Oh, sí, tu querrás" dijo el ermitaño, y cambió de aspecto frente a sus ojos. Para su horror, ella vio a un monstruo de cien cabezas que crecían desde su nuca y veinte brazos que se extendían para agarrarla. Sita fue arrastrada fuera de la cabaña y hacia un carruaje dirigido por burros alados, que estaban esperando afuera. Tan pronto como estuvieron ambos en la carroza, los burros extendieron sus alas y la carroza se elevó alta sobre la jungla. Sita, en su desesperación, tomó un velo que llevaba puesto y lo tiró fuera del carruaje. En la jungla abajo, cinco monos en el pico de una montaña

vieron la carroza de Ravana arriba en el cielo y recogieron el velo que flotaba debajo de él.

Mientras tanto, Rama estaba regresando después de matar al demonio. Cuando vio a Lakshman viniendo a través de la jungla, se preguntó por qué su hermano había dejado sola a Sita en la cabaña. El corazón de Rama se llenó de miedo y los dos hermanos se apuraron a volver. Pero cuando llegaron, la cabaña estaba vacía.

Ambos, Rama y su hermano, estaban desesperados. Abandonaron la cabaña y empezaron a buscar por todos lados en el bosque algún rastro de Sita. Al final, llegaron a las montañas y encontraron a los cinco monos que habían agarrado el velo de Sita. Los monos les contaron que era Ravana, el rey demonio, quién se la había llevado. Pero, ¿a dónde? ¿Y cómo podían Rama y su hermano pelear solos contra el rey demonio que tenía miles de horribles monstruos y malos espíritus como sirvientes y guerreros? Parecía como si no hubiese más esperanzas para Rama de volver a ver a la hermosa Sita. Pero entonces, los cinco monos dijeron: "Vengan con nosotros a ver al rey de todos los monos. Si él está dispuesto a ayudar, entonces, miles y miles de monos de toda la jungla de India, estarán de vuestro lado". Así, Rama y su hermano siguieron a los monos hacía una gran caverna. Dentro de ella estaba un mono muy gordo con pelo blanco y una mirada inteligente en sus ojos. Este era el rey de todos los monos y cuando él escuchó la historia, dijo: "Yo y toda mi gente ayudaremos, y ustedes tendrán un ejército de monos que pelearán de vuestro lado. Yo estoy demasiado viejo para tomar parte en la guerra contra los demonios, pero les daré al más fuerte, rápido y más astuto de mis monos para dirigir su ejército y hacer cualquier cosa que ustedes quieran que él haga. Su nombre es Hanuman".

A la orden de su rey, cientos de miles de monos fueron saliendo de todos los bosques de la India. Su dirigente, Hanuman, no solamente era fuerte e inteligente, sino que también tenía poderes mágicos. Y Hanuman les dijo a los monos: "Vayan por todas las montañas y bosques de la India y busquen a Sita, la esposa de Rama".

El mismo Hanuman también salió en busca de ella. Cuando llegó a la orilla del mar, escuchó a una gente hablando sobre una isla lejana, a través del agua, donde ni pescadores ni marineros atracarían porque estaba habitada por malos monstruos y él pensó: "Seguramente, debe tratarse de la fortaleza de Ravana". No había ningún barco que lo llevara hacia allí, entonces Hanuman pidió ayuda a los dioses, y haciendo un poderoso salto, aterrizó en la isla.

La isla estaba rodeada completamente por altas paredes, pero él saltó sobre ellas fácilmente y se encontró en un hermoso jardín con flores y árboles frutales. Hanuman rápidamente saltó hacia un árbol frutal y esperó. Al principio, solo vio a demonios con cuernos o largas orejas en

sus muchas cabezas pero no se percataron de su presencia. Entonces, divisó a un ser humano: era una mujer hermosa con una triste expresión en su cara.

Hanuman comprendió que debía ser Sita. Cuando ella caminó bajo el árbol, él le susurró: "Sita, yo soy un mensajero de tu esposo Rama. Levanta el ánimo, porque pronto estarás libre". Sita miró hacia él y sonrió por las buenas noticias. Pero los demonios la vieron y escucharon al mono y antes de que Hanuman pudiera hacer uno de sus grandes saltos, fue apresado, bajado y arrastrado ante Hanuman.

El ejército de monos va a la batalla.

Los demonios habían apresado a Hanuman y gritando de alegría arrastraron a su prisionero dentro del gran palacio donde el espantoso Ravana tenía su corte. Sita también fu empujada ante el trono de Ravana. Cuando el rey demonio vio al mono, sus diez caras se elevaron en una feroz sonrisa. Y una cabeza que se parecía a un buitre dijo: "No tengo dudas de que este mono es un espía enviado por Rama. Pero inos encargaremos de este espía! Traigan una antorcha encendida. Le prenderemos fuego a la cola del mono". Cuando Sita escuchó lo que Ravana tenía pensado hacerle al pobre mono, que había venido por su seguridad, su corazón se llenó de dolor y pena. Silenciosamente rezó al fuego y dijo: "Como soy fiel a mi esposo Rama, así tú, fuego, se frío para la cola de Hanuman y no le hagas daño".

Mientras, un sirviente demonio le traía una antorcha encendida a Ravana. Él tomó la antorcha y todos los demonios se reían con deleite cuando la puso en la cola del mono. La mata de la punta de la cola de Hanuman inmediatamente se prendió fuego. Pero la plegaria de Sita había sido oída. Hanuman no sintió dolor y aunque su cola estaba en llamas, ni un simple pelo fue chamuscado.

Sin embargo, las llamas y chispas asustaron a los dos demonios que sostenían a Hanuman de los brazos, y lo soltaron. Ya suelto de las garras de los demonios, el mono dio un gran salto a través de una ventana abierta y entonces, pudo escapar hacia afuera. Su próximo salto fue hacia el techo del palacio, donde tocó las vigas de madera con su cola encendida. En un segundo, el techo y el palacio entero estaban en llamas. Gritando y chillando Ravana y sus demonios salieron del palacio en llamas, pero el fiel mono no huyó. Se quedó en el techo hasta que pudo ver a Sita que también escapaba de las llamas. Entonces Hanuman hizo otro de sus grandes saltos, justo cuando el techo se desmoronaba debajo de él. Su gran salto lo llevó hasta el mar, donde el agua apagó el fuego de su cola. Ni un pelo de él había sido dañado. El mono trepó a una roca en la playa e hizo otro gran salto, ahora a través del mar hacia la India. Entonces, se

apresuró hacia Rama y le dijo que había encontrado a Sita como prisionera en la isla de los demonios. Rama elogió Hanuman por haberle servido tan fielmente. Y ahora que sabía dónde estaba Sita, el vasto ejército de monos se aprestó para la gran batalla contra Ravana y sus demonios. ¡Era muy impresionante ver a Rama, Lakshman y Hanuman guiando a un ejército de cientos de miles de monos! Pero los soldados del ejército no marchaban en línea, ellos brincaban y saltaban y se trepaban a los árboles y se colgaban de las ramas por sus colas. A pesar de tanto saltar y saltar, se movían rápidamente hacia el mar.

Ahora, Rama no tenía barcos para llevar a su gran ejército y solamente Hanuman podía saltar tan lejos como hasta la isla de los demonios. Así, Rama convocó al dios del océano a que viniera para ayudarlos. En respuesta a su plegaria, las aguas comenzaron a agitarse, como si todo el océano estuviese hirviendo. Al final, fuera de la espuma, una cabeza verde enorme apareció con el cabello y barbas formados de hierbas del mar.

El dios del océano dijo: "Cada elemento tiene sus propias leyes y la ley del agua del océano es que no puede quedarse quieto, y que hay una falta de broza en la profundidad. Yo no puedo parar a las aguas para ti y no puedo hacer que se seque el mar, pero si puedo hacer otra cosa: yo voy a ordenar a las olas que eleven cualquier cosa, piedras, rocas, tierra, pasto o arena, como si fuera madera y no se hundirán. Diles a tus monos que construyan un camino de piedras a través del agua y las aguas lo sostendrán".

Habiendo dicho esto, el dios del océano se sumergió otra vez en las profundidades de donde había venido y a las que ningún hombre había visto jamás.

A la orden de Rama, los monos comenzaron a trabajar. Ya no había más saltos ni brincos, porque ahora había un trabajo real para hacer, y tenía que hacerse rápidamente antes que Ravana y sus demonios pudieran venir e interferir. Así, cientos de miles de monos transportaron rocas y piedras y arena y tierra. Y en cuanto las tiraban al agua, no se hundían, sino que se quedaban en la superficie para formar un puente angosto.

En la mañana del mismo día, Ravana, el rey demonio, vio una gran hueste de monos fluyendo sobre el puente hacia su isla- fortaleza. Había tantos que ni siquiera pudo contarlos, y el ruido que hacían era como el sonido de cientos de cascadas. Pero en el momento el rey de los demonios no pensó que llegarían a enfrentarse en una pelea. Él tenía un feroz ejército de demonios y monstruos y los convocó para que detuvieran la invasión de monos y los echaran a todos. Los bravos monos avanzaban escalando los muros y peleando contra los demonios con piedras, rocas y pesados palos. Pero los demonios arremetían con garras y afilados dientes y muchos de ellos tenían muchas armas para pelear.

El aire estaba repleto de un ruido terrible y la tierra se cubría con los cuerpos de los demonios y los monos. El mar alrededor de la isla se tornó rojo con la sangre desparramada en la feroz pelea. Durante el día los monos sacaban ventaja y mataban a muchos de los monstruos. Pero en las horas de la noche, cuando los demonios son más fuertes, ellos no solamente mataban a miles de monos sino que caían sobre los muertos y los devoraban. Pero a la mañana siguiente, Rama, Lakshman y Hanuman se unieron a la batalla y, donde ellos peleaban, los demonios eran desparramados como hojas en una tormenta. Ravana, el rey demonio, empezó a temer que perdería y pensó: "Las cosas se están poniendo difíciles para mí. Debo pedirle ayuda a mi hermano".

El hermano de Ravana, que tenía el extraño nombre de Khumba (que significa 'olla') era el más grande gigante entre los demonios. Pero era también el más perezoso. Khumba dormía durante diez meses, y cuando despertaba, comía y comía y se saciaba hasta que no pudiera más. Entonces se volvía a echar y dormir otra vez. Ahora bien, si fuera despertado y levantado, sería el más grande y terrible luchador. Khumba había estado dormido durante nueve meses en una inmensa y profunda caverna. Dormía roncando en su sótano y ni aún todo el ruido de la batalla podía levantarlo. Pero Ravana decidió que lo despertaría.

La mágica flecha de Rama

Ravana y una horda de sus demonios se dirigieron hacia la caverna donde Khumba dormía. Él estaba echado como una montaña, y la respiración que provenía de su boca abierta era como un vendaval. Los demonios pronto hicieron pilas de comida, tan altas como casas, y grandes jarras de sangre para que el bebiera. Entonces, ellos comenzaron a soplar trompetas, golpear tambores, gritar y vociferar. Ellos hicieron tal ruido que los pájaros que volaban sobre la caverna caían muertos del miedo. Pero Khumba seguía durmiendo.

Entonces, los demonios tomaron palos de madera y golpearon al gigante dormido. Otros juntaban agua hervida y la desparramaban sobre él o gritaban en sus oídos. Pero Khumba seguía durmiendo. Al final, Ravana trajo elefantes y los colocó sobre el gigante, entonces este comenzó a pestañear sus ojos. El gigante dormido bostezó y todos los elefantes huyeron de miedo por la tormenta que salía de su boca. Cuando Khumba, el más haragán de los demonios, se sentó, vio la pila de comida y los baldes llenos de sangre esperando por él. Se puso a comer y beber hasta que nada quedó. Cuando él había terminado, bajó otra vez su cabeza, listo para tomar otros diez meses de descanso. Pero Ravana y los otros demonios le gritaron, le contaron lo que había pasado y le pidieron su ayuda. Entonces Khumba dijo: "Bien! Voy a tener un festín de comida de

mono y me voy a comer a Rama y Lakshman también". Se levantó y era como una montaña andando. Cuando Khumba caminó hacia la furiosa batalla, aún los bravos monos fueron aterrorizados. Con sus grandes garras él enterraba a veinte o treinta monos a la vez, se los colocaba en su boca y los tragaba. Rama vio al gigante monstruo y le disparó una flecha con su arco, que cortó el brazo derecho de Khumba. La siguiente flecha le arrancó el brazo izquierdo y la tercera le cortó la cabeza. Entonces su cuerpo cayó con gran estrépito en el mar.

Cuando Ravana vio a su hermano gigante asesinado, él montó en su propia carroza de batalla y la condujo para pelear contra Rama y vengar a su hermano; tomó una flecha mágica y apuntó a Rama. Cada una de las flechas de Ravana se transformaba cuando volaban a través del aire. Una flecha se convirtió en cabeza de tigre listo para morder, otra se volvió una cabeza de serpiente con colmillos venenosos, mientras que una tercera se transformó en una llama roja y ardiente, lista para quemar a Rama. Pero Rama también tenía flechas mágicas, ellas se volvían rayos dorados de sol y estrellas brillantes. Se encontraron con las flechas de Ravana a mitad de camino y las flechas del demonio caían sin poder a la tierra. Entonces, Rama disparó flechas como rayos y ellas cortaron una tras otra las cabezas del rey demonio. Pero tan rápido como eran cortadas, otras crecían en su lugar.

Finalmente, Rama sacó una flecha de su aljaba y le habló a la flecha pronunciando una sola palabra mágica que él solamente conocía. Puso la flecha en el arco y la dejó volar. Golpeó al rey Ravana, el demonio, en el corazón. Entonces, cayó al suelo y murió.

Ni dioses ni espíritus podían matar a Ravana. Pero Rama, que era un hombre, lo mató con el poder de una palabra secreta. Luego de que Ravana cayera, los demonios huyeron desesperados. Abandonaron la isla y nunca jamás tuvieron el poder que habían poseído cuando Ravana era rey.

Sita salió de su encierro donde había sido retenida y ambos, ella y Rama, fueron felices otra vez. Estaban profundamente agradecidos por la maravillosa ayuda que habían recibido de los monos. Entonces Rama le dijo a Hanuman: "De ahora en adelante, donde quiera que estén, quienes recuerden la gran batalla contra Ravana, nunca lastimarán o dañarán a ningún mono". Hoy en día, la gente de la India considera a los monos sagrados y no les harían daño por ningún motivo.

Para ese entonces, los catorce años que Rama tenía que permanecer alejado de su reino, ya habían pasado. Así, él, Sita y el fiel Lakshman volvieron al palacio. Para esa época, el padre de Rama ya había fallecido y su hermanastro se había hecho rey. Pero tan pronto como ellos llegaron,

el hermanastro fue a su encuentro con alegría y le dio la corona y el trono a Rama.

Rama y Sita gobernaron por muchos años. En todo ese tiempo que vivieron, ninguno en su reino cometió jamás delito alguno. No hubo ladrones, asesinos, mentirosos o estafadores en el reinado de Rama.

Cuando Rama y Sita murieron fueron recibidos como los compañeros de los dioses del cielo. Y aún hoy en día, la gente de la India le reza a Rama y a Sita.

Buddha, el iluminado

La gentil princesa Sidhartha

En la historia de Rama, escucharon sobre un gran héroe que conquistó a los malos espíritus en batalla. Pero ahora quiero contarles una historia de un noble hombre que nunca mató o dañó a ningún otro ser humano en su vida. Y este hombre fue, igualmente, un gran héroe como Rama.

En aquel tiempo de la antigua India, los guerreros eran bravos y fuertes en las batallas. Y aún, aunque los reyes gobernaban a su gente con sabiduría y con justicia, había algo faltante. Esto era compasión y misericordia. Por ejemplo, cuando un guerrero veía a un enemigo tirado, herido en el campo de batalla, lo mataría antes que perdonar su vida. Y si un hombre tenía hambre, un extraño no lo ayudaría o no le daría comida. La gente era brava o cobarde, eran fieles o infieles, eran justos o injustos. Pero no eran amables o nobles. Ellos no tenían lástima cuando veían a otros sufrir.

En la ciudad celestial donde los dioses moraban, un alma se acercó a Brahma, Vishnu y Shiva y dijo: "Yo quiero enseñar a la gente que vive en la tierra la lástima y la compasión, porque ellos son crueles y sin corazón y aún no se han dado cuenta". Y Brahma le contestó: "Solamente un alma muy especial puede ser el maestro de la amabilidad y la lástima. Solo cuando hayas vivido no una sino varias veces, solo cuando tu hayas sufrido cada pena y cada sentir que pueda sufrir la gente, solo entonces te convertirás en tal maestro. El nombre de tal maestro es Buddha. Le tomará muchas vidas en la tierra con privaciones y penas y sufrimientos para hacerse Buddha, un maestro de la compasión y misericordia. ¿Quieres tomar esto sobre ti mismo?". Y el alma contestó: "Si, yo quiero". En la época en que el alma deseaba convertirse en un Buddha, nació en la tierra y se hizo rey y aunque su tierra fue tomada por un enemigo, el rey no tuvo odio por su invasor, ni siquiera quiso la venganza. Murió en gran pobreza, pero pronto después, volvió a nacer como un campesino. Se casó y tuvo muchos hijos y los amó con todo su corazón. Pero hubo una guerra

y soldados extranjeros capturaron a sus hijos y los vendieron como esclavos. El campesino jamás los volvió a ver, aun así no se permitió a si mismo odiar a los soldados que se habían llevado a sus hijos y así él murió.

Una vez más el alma volvió a la tierra, esta vez como el hijo de unos padres pobres. Cuando era aún muy joven, sus padres murieron en una epidemia. Pero nadie quería tomar al pequeño huérfano bajo su cuidado o darle comida. El niño vivía de los granos que la gente había dejado en el campo, pero nunca se permitió sentir odio por aquellos que lo echaban cuando pedía comida.

Así, el alma que deseaba ser un Buddha, vivió vida tras vida en la tierra, nació una y otra vez y en cada vida tenía que sufrir. Pero nunca cayó en el odio o deseó venganza de aquellos que le habían causado sufrimiento. Al fin, llegó el momento cuando el alma dejó la tierra y se apareció frente a Brahma. El dios habló y le dijo: "Ahora, has aprendido todo lo que debías aprender para ser un Buddha, un maestro de misericordia y compasión. En tu próxima vida en la tierra serás un Buddha y cuando retournes al cielo, tú serás más alto que los dioses. Aún nosotros, los dioses, nos postramos ante Buddha".

En aquella época, vivía un rey en la India cuyo nombre era Suddhodana. Su mujer, la reina, se llamaba Maya, y una noche tuvo un sueño. En el sueño, se vio rodeada por una gran multitud de gente que se inclinaba ante ella. Cuando le contó el sueño al rey Suddhodana, él llamó a los hombres más sabios del reino para que le dijeran qué significaba. Los hombres formaron concejos y cuando hablaron entre ellos, el más anciano de ellos dijo: "Regocíjate, Reina Maya, tu tendrás un hijo que será grande entre los hombres". El hombre sabio continuó: "Pero tu hijo podrá elegir entre dos clases de grandeza. Si él se queda aquí en la corte del Rey Suddhodana, será un poderoso gobernante. Sus conquistas alcanzarán los puntos más alejados de la tierra y muchas naciones lo llamarán su Señor y Dueño. Pero él también podrá hacer otra cosa: renunciar al trono. Podrá renunciar a la gloria, fama y riquezas y convertirse en un humilde mendigo. Si él hace esto, será un gran maestro. Él se hará un Buddha (Buda) que significa "uno cuya mente está llena de luz de la más alta sabiduría" o "el iluminado".

Cuando el rey escuchó esto, estaba muy complacido de que su futuro hijo sería, en cualquier caso, un hombre grande y famoso. Pero Suddhodana también decidió que haría todo lo posible para asegurarse que fuera un poderoso gobernante en lugar de un humilde mendigo. Aunque la reina Maya no lo sabía, en aquel niño que dio a luz estaba el alma que había pasado a través de tanto sufrimiento en sus vidas anteriores, para convertirse en un Buddha. El niño fue llamado Sidhartha y le fue enseñado

todo lo que el hijo de un rey tenía que aprender, acerca de cómo conducir un carruaje, usar el arco y la flecha y otras habilidades.

Ahora bien, Sidhartha no se comportaba como lo hacían otros príncipes. A veces, en una carrera de carruajes, si sus caballos estaban más adelantados que los de los concursantes el príncipe se detenía de repente y les dejaba a los otros ganar la carrera. Y aunque las flechas de Siddhartha nunca fallaban cuando el blanco era un pedazo de madera, el príncipe se rehusaba a ir de cacería y probar su habilidad en animales vivos. Los otros jóvenes hombres de noble cuna en la corte, a menudo se reían del futuro rey que no cazaría a los animales del bosque. Pero Siddhartha no prestaba atención a las burlas.

Uno de los hombres jóvenes de la corte de Suddhodana era el primo del príncipe Siddhartha, Devadatta. Él estaba muy orgulloso de su habilidad con el arco y la flecha y estaba siempre listo para practicar en cada animal que venía. Un día, Devadatta estaba en el palacio y sobre el jardín pasó volando una bandada de cisnes salvajes. Pensando que los pájaros contra el cielo azul hacían un maravilloso blanco, rápidamente sacó su arco y flecha. Dirigió el astil hacia los pájaros que volaban y la flecha alcanzó el ala de un cisne. El pájaro voló cada vez más y más lento, hasta que revoloteó hacia abajo en otra parte del jardín y cayó cerca del príncipe Siddhartha.

La sangre manaba del ala del cisne cuando el príncipe lo recogió. Al principio, el cisne se asustó y parecía enojado, pero una sola caricia de la mano de Siddhartha bastó para calmar al pájaro. Él le sacó la punta de la flecha y puso una medicina en la herida. Entonces un sirviente se acercó y le dijo: "Mi señor Príncipe Devadatta disparó a un cisne y vio que cayó en algún lugar de esta parte del jardín. ¿Lo has visto tú, príncipe Siddhartha?". Siddhartha respondió: "Sí, éste es el cisne, pero yo voy a salvar su vida y Devadatta no puede tenerlo". Cuando el sirviente envió este mensaje, Devadatta enfureció. Fue hacia Siddhartha y le exigió que le devolviera su cisne, pero Siddhartha se rehusó. Al final, ambos príncipes, estuvieron de acuerdo en que sus discusiones debían ser solucionadas por los hombres sabios de la corte. Cuando los hombres sabios escucharon toda la historia, ellos dijeron: "Seguramente, aquel que salva la vida de un ser viviente tiene mayor derecho a reclamarlo, que otro que solamente desea matarlo".

Así, Siddhartha cuidó al cisne hasta que estuvo suficientemente bien para volar. Pero desde ese entonces, Devadatta lo odió.

Viajes más allá de las paredes del palacio

El rey Suddhodana, padre del noble y bondadoso príncipe Siddhartha, no quería que su hijo fuese otra cosa más que un guerrero que conquistase muchas naciones. Él, ciertamente, no quería que su hijo viviese como un mendigo sin techo. Por eso, les preguntó a los hombres sabios de la corte: "¿Qué puedo hacer para que mi hijo sea un gran rey en vez de un maestro que vivirá en la pobreza?". Los hombres sabios le dijeron: "El príncipe todavía es joven; hasta ahora él ha vivido en un hermoso palacio con jardines espléndidos. Él no ha visto la pobreza, no ha visto ninguna gente anciana o enferma, y no ha visto la muerte de ninguna persona o ningún cuerpo muerto. Y si tú quieres quedarte con él, debe continuar de esta forma: no debe ver gente anciana, sufrimientos, enfermedades o muerte. Si él ve alguna de estas cosas, seguramente te abandonará".

El rey Suddhodana hizo todo de su parte para evitar que su hijo viera algo triste o alguien que estuviese sufriendo. Solamente personas bellas, jóvenes y sanas, fueron permitidas en la corte. Alrededor del palacio el rey construyó tres altas paredes, así el príncipe no podría vislumbrar la muerte o la enfermedad de la gente de afuera. Dentro de las paredes, en el palacio y en el jardín, había muchos entretenimientos y placeres para el príncipe; juegos, música y deportes. Pero nadie tenía permitido hablar de enfermedades, muerte o penurias en su presencia.

Siddhartha parecía estar muy contento con su placentera vida. Cuando se hizo mayor, se casó con una hermosa princesa. Estaba tan contento que su padre pensó que no debía preocuparse más por su hijo. Pero un día el príncipe anunció que quería andar en su carruaje más allá de las paredes del palacio y a través de la ciudad.

Cuando el rey oyó esto, inmediatamente mandó a sus heraldos a la ciudad para decir que cuando el príncipe Siddhartha pasara por las calles nadie que fuera viejo o enfermo debía estar a la vista. El rey también ordenó que no se llevara a cabo ningún funeral y que la gente se pusiese sus mejores ropas y decorara cada casa con flores.

El día llegó y el carruaje del príncipe Siddhartha pasó por la ciudad. Al lado del príncipe estaba Channa, su carrero, que manejaba a los caballos. Por cualquier lado que fuera, gran cantidad de gente joven y sana estaba parada en las calles; pero cuando el carro dobló en una esquina, un hombre viejo, de repente, se tambaleó justo enfrente de él. Nadie supo cómo este hombre apareció allí, y la gente luego diría que fue uno de los dioses que había tomado forma humana. Pero quien quiera que fuese, era un hombre viejo doblado por la edad con cabello blanco, piel arrugada y ojos nublados.

Entonces Siddhartha preguntó: "¿Qué le ocurrió a este hombre que es tan diferente a los otros?". El carrero sólo pudo contestar con la verdad: "Ese es un hombre viejo. Todos los seres humanos llegan así, después de haber

vivido muchos años". Cuando el príncipe escuchó esto, le ordenó llevarlo de nuevo al palacio. El príncipe ya no pudo más disfrutar de los jardines, los entretenimientos y los placeres. Por muchos días estuvo en profundos pensamientos. Pero después de un tiempo, se olvidó del hombre viejo y vivió como antes.

Algún tiempo más tarde, Siddhartha fue por otro viaje en su carroza con Channa a su lado. La multitud en las calles nuevamente era de personas jóvenes y saludables porque otra vez los heraldos del rey habían decretado que ningún anciano o persona enferma debía salir en estos días. Cuando pasaba por la ciudad, el príncipe Siddhartha sólo vio hombres y mujeres jóvenes y fuertes parecidas a él. Pero una vez más, algo inesperado ocurrió; justo cuando el carruaje pasaba, un hombre apareció en el camino. Su cara estaba pálida, su piel estaba cubierta de una erupción, sus manos temblaban y sólo podía caminar sosteniéndose de un palo. Nadie sabía quién era, nadie sabía de dónde había venido y nadie supo dónde se fue luego.

Cuando el príncipe Siddhartha vio la lamentable figura, le preguntó al carrero: "¿Qué ocurre con este hombre?". Y él contestó: "Debe sufrir de alguna enfermedad". Y Siddhartha dijo: "¿Enfermo? ¿Enfermedad? ¿Qué significa eso? Yo nunca he oído sobre ello". Así, el carrero le explicó que cualquier persona puede, en cualquier momento, caer enfermo. Le explicó también que nadie está a salvo de una enfermedad. Cuando el príncipe escuchó esto le dijo al carrero que lo llevara al palacio. Él estaba triste, y ya no pudo más disfrutar de los jardines y placeres. En vez de esto, pensaba en cómo la gente sufría toda clase de enfermedades. Pero después de un tiempo, él sacó todo esto de su mente. Se olvidó del hombre enfermo, así como había olvidado al hombre viejo que vio en su primer paseo.

Un encuentro con la muerte

No era usual que el príncipe Siddhartha deseara dejar el hermoso palacio y la compañía placentera que tenía en la corte real. Había tanto para mantenerse entretenido y ocupado que eran pocas las razones por las que querría salir a la ciudad. Pero aún la vida más placentera puede ser aburrida, si no hay un cambio. Así, una vez más él hizo saber que quería salir a tomar un paseo. Tan pronto como su padre oyó sobre eso, heraldos salieron y previnieron a la gente que ningún anciano o enfermo anduviera en las calles ese día, ya que, de caso contrario, serían severamente castigados.

Pero cuando el príncipe y su carrero paseaban por la ciudad, una extraña procesión apareció. Una fila de hombres y mujeres caminaban en el medio de la calle tan lentamente que el carruaje de Siddhartha tuvo que parar.

Los hombres al frente de la procesión llevaban sobre sus hombros una camilla sobre la que estaba acostada una figura humana toda cubierta. Detrás lo seguían hombres y mujeres que lloraban y sollozaban y nadie sabía quiénes eran o de dónde habían venido. El príncipe observó este extraño espectáculo y le preguntó a su carrero: "Dime, ¿qué es esto? ¿Por qué está llorando esta gente? ¿Por qué debemos pararnos por ellos?". El carretero contestó: "Mi señor, lo que ves es un funeral". "Un funeral", dijo Siddhartha "¿Qué quiere decir?", y el carrero contestó: "Esa figura sobre la camilla es el cuerpo de un hombre que ha muerto. La familia del hombre muerto está llevando su cuerpo a un lugar donde será enterrado". Y el príncipe dijo: "Un hombre que ha muerto. ¿De qué estás hablando? ¿Qué le ha ocurrido a ese hombre?". Así, el conductor del carro le explicó que ningún ser humano puede vivir por siempre. Cada uno tiene que morir en algún momento, de anciano o de enfermedad, en accidentes o en la guerra. Todos en el mundo deben morir algún día.

El príncipe Siddhartha no había oído nunca hablar sobre la muerte. Ahora, él se dio cuenta de que no solamente toda la gente de la ciudad moriría alguna vez, sino que también sus amigos, padres, hermanos, hermanas y él mismo. Siddhartha se puso tan triste que dio la orden de volver al palacio. Y cuando Channa dio vuelta la carroza a través de las calles, el príncipe recordó al hombre viejo y al hombre enfermo que había visto. Pero ya no pudo olvidar al hombre muerto. Desde ese día en adelante, el príncipe Siddhartha se dio cuenta de que nunca sería feliz de nuevo.

Cuando llegó al palacio, un sirviente vino a decirle que su esposa había dado a luz a un niño. Siddhartha fue a verla y al bebé. Todo lo que él pudo decir fue: "Esto lo hace aún más difícil". Pero su esposa no entendió lo que quiso decir. Esa noche una gran fiesta fue dada en el palacio para celebrar el nacimiento. Había música y gran baile, pero el príncipe observaba el festejo muy quieto. A la noche, muy tarde, la fiesta llegó a su fin. Toda la gente se fue a la cama y pronto todo el palacio quedó en silencio.

Cuando todos estaban dormidos, el príncipe Siddhartha abandonó su cuarto. Suavemente entró a la pieza donde su esposa y su hijo estaban casi dormidos. Una tenue lámpara emitía algo de luz en la pieza y aunque deseaba tocar a su hijo, no quiso despertar ni al bebé ni a la madre. Después de mirarlos un largo rato, se dio vuelta y se fue. Entonces llamó a su fiel carrero y le dijo que ensillara el mejor caballo. El conductor estaba sorprendido que quisiera ir a cabalgar en el medio de la noche. Pero el príncipe Siddhartha dijo: "Yo voy a mi última cabalgata. Esta noche voy a abandonar mi hogar y a mi familia".

Cuando el caballo estuvo listo, Siddhartha cabalgó cuidadosa y silenciosamente, para que el ruido de los cascos no molestara a nadie. Y por el poder de los dioses, los soldados de la guardia del palacio estaban casi dormidos en la entrada y no despertaron cuando él pasó. El fiel

carrero, Channa, acompañaba al príncipe y cabalgaron fuera del palacio y fuera de la ciudad.

Se habían ido a una cierta distancia, antes de que el príncipe se parara, desmontara y cambiara sus ropas reales por la ropa áspera que llevaban los ermitaños. Él le dio las ropas y el caballo al carretero y le dijo que los llevara de vuelta al palacio y le dijera a su familia que él se había ido por su bien. Así comenzó una nueva vida para Siddhartha.

Siddhartha, el mendigo sin techo

El príncipe Siddhartha había dejado su hogar real y todos los placeres y lujos que su padre dispuso tan cuidadosamente para él. Pero no había abandonado su familia y su pequeño hijo por razones egoístas. Eso hubiera sido equivocado. Siddhartha tenía el corazón lleno de penas y compasión por toda la gente del mundo que sufría, sentía que debía encontrar algún camino que trajera algún alivio y ayuda a todas aquellas personas. Pero para hacer esto, tenía que dejar su propia felicidad, tenía que dejar a su familia y su vida de placeres en el palacio. Y esto es lo que encontrarán una y otra vez en la historia de los grandes hombres y mujeres que han ayudado a miles de personas, que a menudo tienen que dejar o sacrificar su propia felicidad. Así, el príncipe Siddhartha ya no era más un príncipe, sino un humilde mendigo. Acostumbrado a elegir la comida, ahora tenía que pedir para comer. Cuando se sentó por primera vez al lado de la ruta para comer lo que la gente había puesto en su cuenco, pedazos de viejos vegetales y pan o arroz que había sido cocinado en días anteriores, apenas podía tragarlo. Entonces, se dijo a sí mismo: "Ésta será mi comida en el futuro. Debo acostumbrarme a ello". Y, así, se forzó a sí mismo a comer de cualquier manera, le gustara o no.

Pero Siddhartha no perdió el tiempo recolectando comida o comiéndosela. La mayor parte del tiempo, se la pasaba pensando sobre la pregunta "¿Qué puedo hacer para ayudar a tanta gente infeliz en el mundo?". Durante un tiempo, no pudo encontrar la respuesta. Entonces, otro hombre santo que se encontró con él, le dijo que si él pasaba sin comida la mayor cantidad de tiempo que pudiera, los dioses le enviarían la respuesta a su pregunta. Así, Siddhartha ayunó por días y se puso tan delgado y demacrado que nadie lo hubiese reconocido. Un día, se desmayó totalmente exhausto. Cuando volvió en sí, se dijo: "Ahora sé que ayunar no es la forma correcta para encontrar la respuesta a mi pregunta". Y volvió a comer lo que la gente le daba.

Pero, aunque aún no conocía la respuesta, el momento en que de convertirse en Buddha estaba cerca y todo el sufrimiento que había vivido en otras vidas y experimentado, daría sus frutos. Un día, en la estación calurosa, cuando el sol quemaba, Siddhartha llegó a los alrededores de un

pequeño pueblo. Vio una gran higuera y se sentó a su sombra. Y como tantas otras veces, su mente retomó la gran pregunta "¿Qué puedo hacer yo para ayudar a toda la gente que sufre?".

Pero los malos espíritus y demonios también sabían que estaba cerca el momento en el que Siddhartha recibiría la respuesta y se convertiría en un Buddha. Así fue que Mara, el rey de los demonios, llamó a miles y miles de monstruos y espíritus. Todo el cielo se oscureció por una nube que no era más que la unión de todos los demonios; demonios con lenguas de fuego, demonios con diez brazos, otros con garras y colmillos, otros como serpientes y dragones. Aquel vasto ejército de demonios se abalanzó sobre el solitario mendigo que estaba debajo de la higuera.

Siddhartha, sin embargo, estaba inmerso en profundos pensamientos que eran tan poderosos que se formó un arcoíris sobre él. Un arcoíris a través del cual ningún mal podía penetrar. Los demonios tiraron piedras, lanzas y flechas a Siddhartha pero todas quedaban sin poder cuando llegaban al arcoíris. Desesperados, los demonios se arrojaban ellos mismos contra el arcoíris para atravesarlo. Lo clavaban y se golpeaban contra él, pero era tan duro como el diamante. Y en todo ese tiempo, Siddhartha no se dio cuenta de que estaba rodeado por ese enjambre de monstruos. Él se mantenía tranquilo y calmó en sus pensamientos.

Cuando Mara, el rey de los demonios, vio que su ejército espantoso no podía dañar a Siddhartha, pensó en otro truco. Despidió a todos los demonios y se transformó en la figura de un ser humano. Corrió hacia el árbol y lo llamó: "Príncipe Siddhartha, tengo un mensaje de tu esposa. Tu pequeño hijo está enfermo y sólo vivirá unos pocos días. Ven rápido, quizás cuando el niño te vea, se recomponga". Pero Siddhartha contestó: "Todo hombre deberá morir tarde o temprano. Yo debo encontrar consuelo para todo sufrimiento, no solamente para mí o para la pena de mi esposa, si es que nuestro hijo debe morir".

Entonces Mara dijo: "Terribles enemigos han invadido el país de tu padre. Él necesita el brazo fuerte de su hijo o perderá sus tierras y su mujer". Pero Siddhartha contestó: "Otros reyes han perdido sus tierras y su vida anteriormente. Yo debo encontrar consuelo para todas las penas, no solamente para la de mi padre". Mara supo entonces que estaba derrotado. Así, se marchó sin poderes.

La Iluminación bajo la higuera

Una vez que el malvado demonio Mara se hubo retirado, Siddhartha entró en una profunda concentración, de manera que ya no era consciente de nada de lo que sucedía a su alrededor. Ni se permitió sentimientos de hambre, sed o cansancio que molestaran su pensamiento. ¿Cuáles eran

tales pensamientos? Era realmente una pregunta, y la pregunta era "¿Cómo podía la gente liberarse de la maldad?". Un día y su noche pasaron mientras Siddhartha estaba sentado preguntándose con todo su corazón y mente: "¿Cómo puede el alma librarse a sí misma de la maldad?" Al final de la primera noche, era como si su mente hubiera abandonado su cuerpo, y él vio uno de los grandes secretos del mundo. Vio que las almas de los seres humanos no morían cuando moría el cuerpo. Ellos vivían por un tiempo en un mundo superior y luego volvían a la tierra y volvían a nacer.

Pero por cualquier mala acción, por cualquier daño que causaran, por cada mentira que contaban en una vida, en la vida siguiente debían pagar con infelicidad, pesar, enfermedad o pena. Entonces Siddhartha supo que el primer paso para estar libre del mal era saber esto: un día se debe pagar por cualquier maldad cometida, si no es en esta vida, entonces será en la próxima.

Siddhartha no estaba conforme con la respuesta y su mente aún estaba llena de esta pregunta: "¿Cómo podía el alma ser libre del mal?".

Él permaneció en profundos pensamientos sin comida, bebida o sueño, y así pasó el segundo día y la segunda noche. Entonces, liberado de su cuerpo, su mente vio el alma de los hombres ir de una vida en la tierra a la otra y, de una forma o de otra, pagando por la maldad que habían hecho. Pero esta vez, Siddhartha pudo ver dentro de las almas. Ahora pudo ver lo que hace que la gente haga cosas malas, tales como dañar al otro por maldad, palabras o mentiras. Él vio que detrás de todo mal estaba el egoísmo. Entonces, Siddhartha supo que para poder ser libre del mal, el alma debe entender que toda maldad proviene del egoísmo.

Pero Siddhartha aún no estaba satisfecho con la última respuesta. Así que se quedó en profundos pensamientos sin comida, bebida ni sueño por un tercer día y una tercera noche. Durante la noche, su mente librada del cuerpo, se elevó a grandes alturas y vio que todas las almas humanas habían, hace mucho tiempo, venido de una gran alma, el alma de todo el género humano y así como pequeñas gotas pueden venir de un gran lago o muchas pequeñas chispas pueden nacer de un gran fuego, así Siddhartha vio que ésta gran alma del género humano, de donde todos venimos, estaba llena de amor. Estaba tan llena de compasión por todo ser en el mundo que no había espacio para ningún egoísmo.

Cuando Siddhartha vio la gloria del amor y la bondad que está en el alma de toda la humanidad, fue como si su mente estuviese flotando en la luz. Finalmente, supo la respuesta a su pregunta: el alma se libera del mal a través del amor, de la bondad, la compasión y la pena, preocupándose más y más por los demás. Porque saber esto era como tener una hermosa luz interior. Esta experiencia de la tercera noche es llamada "iluminación".

Y Siddhartha, que había sido el primero que había tenido esta experiencia, fue desde ese momento llamado "El Iluminado" o, en el idioma Indio, "Buddha".

Desde aquel día en adelante, Siddhartha fue conocido en la India y alrededor de todo el mundo, como Buddha, el gran maestro del amor y la compasión que pudo mostrarles a otros cómo ser libre del mal. Pero Siddhartha estaba solamente preparando el camino para el gran alma de los seres humanos, a la que él había visto cuando estaba sentado debajo de la higuera, y que nacería en la tierra quinientos años más tarde como Jesús Cristo. El resto de la humanidad tenía que esperar a que Jesús viniera a la tierra, pero Siddhartha, el Buda, lo vio mucho tiempo atrás; en la tercera noche, la noche de la Iluminación, que, se dice, fue una noche de luna llena en Mayo.

Krishna, un Dios

La cruel acción del Rey Kamsa

Ustedes recuerdan la historia de los cinco hijos de Pandu, donde un gran y noble rey ayudó a Arjuna en la batalla contra Durodhana. Este rey, que era el conductor del carruaje de Arjuna, era llamado Krishna y la que ustedes empezarán a escuchar hoy es la historia de su vida.

Ahora bien, la historia de Krishna comenzó tiempo atrás, cuando él nació. Comienza con otro rey, llamado Kamsa, que era muy poderoso. Kamsa tenía grandes ejércitos y maravillosos tesoros, pero todo esto lo hacía muy orgulloso y engreído. También era cruel y despiadado, y la gente a la que él gobernaba le tenía mucho miedo. Si, por ejemplo, el rey estaba de mal humor, era capaz de quemar la cabaña de un campesino porque el olor de la cabaña le había molestado cuando pasaba por allí.

Pero, así como Kamsa era orgulloso y cruel, su hija Ashra era humilde, gentil y amable. Ella se iba a casar con un príncipe y una gran boda fue planificada. Pero ocurrió que cuando el rey Kamsa estaba camino al casamiento, vio a un ermitaño sentado al lado de la ruta. Y el ermitaño dijo: "Grande eres tú, Rey Kamsa, pero el octavo hijo que nacerá de tu hija, será más grande que tú y te destruirá".

Cuando Kamsa escuchó esto, se apresuró a llegar al gran salón donde todo estaba listo para la boda. Él les gritó a su hija y al novio, diciéndoles que no habría boda, porque supo que uno de sus futuros hijos lo mataría. La hija y el príncipe le suplicaron y le prometieron que le llevarían cada hijo tan pronto naciera, así podría decidir si el niño viviría o sería asesinado. Y, ante esto, el Rey aceptó.

Cuando el primer hijo nació, como era una niña, Kamsa no pensó que sería peligroso para él y le permitió vivir.

El próximo hijo fue un niño, que no parecía un niño fuerte, así que también se le permitió vivir. Siete niños nacieron de Ashra y a cada uno le fue permitido vivir.

Pero Kamsa no había olvidado la profecía. Un día, sus espías llegaron y le dijeron que su hija estaba esperando otro bebé, el octavo. Decidido a que la princesa y su esposo no le jugaran una mala pasada o un truco, Kamsa ordenó a sus soldados que pusieran a los dos como prisioneros y que día y noche, hicieran guardia afuera.

La princesa y su esposo estaban terriblemente tristes. Vieron que no sería posible que su hijo pudiese vivir más que unas pocas horas después de que hubiera venido al mundo. Así, los dos les rezaron a los dioses, porque solamente los dioses podían ayudarlos para ese entonces. Ocurrió que una noche, el príncipe, padre del niño, vio en un sueño al Dios del Trueno, Indra, ante él.

El dios le habló y le dijo: "El niño que nacerá de tu mujer no será un hombre normal. Uno de los dioses, Vishnu mismo, nacerá como un ser humano en este niño. Por eso, no temas. Cuando el niño nazca, sal de tu prisión y ve abajo hacia el río, donde viven una pobre mujer y su esposo. Ella tendrá un bebé en el mismo tiempo. Tú debes dejar a tu hijo con la gente pobre y volver a tu prisión con el de ellos". Cuando el príncipe despertó, se preguntó cómo podría llevar a cabo todo lo que el dios Indra le había dicho. Ahora ambos, él y su esposa, se alegraron porque sabían que los dioses estaban ayudándolos. La noche siguiente hubo una gran tormenta y mientras el viento aullaba afuera, la princesa dio a luz a un niño varón. El viento era tan fuerte que los soldados no pudieron oír al pequeño llorando. Pero aún más extraño aun fue que los soldados de guardia cayeron tan cansados que no podían mantenerse despiertos y uno por uno se fueron durmiendo. Entonces, ante los ojos atónitos del príncipe y su esposa, la puerta de su prisión se abrió. Ambos podían haber huido, pero sabían que los soldados del Rey Kamsa fácilmente los agarrarían con el niño al día siguiente y obedecieron las órdenes que Indra les había dado en el sueño.

La princesa quedó en su prisión mientras que el príncipe llevó al niño hacia la choza de la familia pobre, en el río. El hombre y su mujer estaban ambos dormidos, pero al lado de la mujer estaba su hijo recién nacido. El príncipe puso a su hijo en ese lugar, tomó al niño de la mujer y se apresuró a volver a la prisión. Tan pronto como estuvo de vuelta, las puertas se cerraron detrás de él.

Una invitación al palacio

Aunque el pequeño Krishna había escapado de la espada del rey Kamsa, otras amenazas estaban por venir. Como los meses pasaban, muchos demonios y malos espíritus comenzaron a ver que había un niño con varios poderes sobrehumanos. Así, ellos decidieron destruirlo mientras aún fuera joven.

Un día uno de los demonios, disfrazado de mujer campesina, llegó a la choza del hombre pobre y le dijo a la madre (que en realidad era su madre adoptiva): "Yo he oído del amoroso niño bebé que tienes. ¡Oh! ¡Qué niño tan dulce! ¿Por qué no lo cuidas mientras tú sigues con tu trabajo?". La pobre mujer estaba muy agradecida de tan buen ofrecimiento y dejó al visitante con el niño en la choza.

Tan pronto como la mujer demonio estuvo sola con el bebé, puso sus dedos alrededor de la garganta del niño para estrangularlo. Pero un fuego ardiente emanó del niño y la mató. Cuando la madre adoptiva volvió, vio a un monstruo semi quemado y muerto, con cabeza de cabra y cuerpo de pájaro, yaciendo al lado de la cuna del bebé.

Cuando Krishna se hizo mayor, comenzó a ir con otros chicos a observar manadas de vacas que pastaban en las colinas. Otra vez los demonios trataron de matarlo. Uno esperaba convertido en serpiente venenosa, oculta en el pasto. Cuando el chico se acercó lo suficiente, la serpiente se levantó dispuesta a atacar y morder. De repente Krishna saltó, pisó con su talón derecho sobre la cabeza de la serpiente y la aplastó.

En otra ocasión, un demonio se transformó en un ternero. El joven Krishna amaba a los terneros. Acostumbraba jugar con ellos y se trepaba sobre sus lomos. Un día vio a un ternero negro entre los otros y se trepó sobre él. Pero entonces, el ternero negro empezó a galopar hacia un acantilado, como para tirar a Krishna abajo, y matarlo. A último momento, Krishna saltó livianamente de la espalda del ternero y le dio una patada que lo mandó sobre el borde, donde se estrelló contra las rocas de abajo. Después de esto los demonios se dieron cuenta de que no tenían ningún poder para destruir al niño.

Cuando Krishna creció, se hizo un perfecto vaquero. En esa parte de la India, los vaqueros tocaban una flauta de bambú. Krishna aprendió a tocar la flauta y la gente venía desde lejos para escucharlo porque nunca antes habían oído tocar la flauta como él lo hacía. Los animales también amaban su música. No solamente las vacas se detenían y dejaban de rumiarse a su alrededor, sino que lobos, zorros, tigres y venados se paraban pacíficamente al lado suyo a escucharlo tranquilamente. Los monos paraban de charlotear y los pájaros bajaban de los árboles a escuchar a Krishna tocar la flauta. Por supuesto, la gente hablaba del

extraño vaquero, y con el tiempo, el cruel rey Kamsa llegó a escuchar sobre él. El rey cayó en un extraño temor y se preguntaba sobre este joven hombre: ¿Quizás, después de todo, el octavo hijo de su hija estaba vivo? Así que decidió ir en busca del ermitaño que le había hablado una vez al costado de la ruta. Cuando encontró al viejo le dijo: "Tú eres un hombre santo y no puedes decir mentiras. Así que responde: ¿está el octavo niño de mi hija aún vivo?". El ermitaño tuvo que contestar "Sí", pero este buen hombre sabía que era la voluntad de los dioses que Kamsa supiera. Entonces Kamsa preguntó: "¿Es él, el joven vaquero del que hablan?". Otra vez el ermitaño respondió afirmativamente. Esta vez, el rey Kamsa supo la verdad, y su malvado corazón estaba lleno de enojo y furia. Pero pensó durante un largo tiempo antes de decidir qué hacer. Entonces mandó un mensaje al pobre hombre y su mujer que eran los padres adoptivos de Krishna, invitándolos a ellos y a su hijo a asistir a un gran torneo que sería llevado a cabo en la corte real. El mensajero del rey Kamsa, sin embargo, era un hombre bueno y amable. Él había observado la cara del rey cuando le comentó sobre esta invitación y sospechaba que había planes malvados en marcha. Cuando alcanzó la cabaña de la familia, el mensajero le dijo a Krishna: "Yo debo obedecer la orden del Rey de invitarte a ti, pero te prevengo que no vayas". Krishna le sonrió y le dijo "No temas por mí, yo iré, pero solamente mis enemigos sufrirán". Y así los padres adoptivos y Krishna partieron al torneo en la corte real.

Krishna se hace Rey

Aunque prevenido, Krishna había aceptado la invitación del malvado rey Kamsa para asistir al torneo. Había una gran multitud esperando para observar el espectáculo, pero cuando Krishna llegó, todos lo observaron. Nadie había visto jamás a un hombre tan hermoso, alto y fuerte, y todos pudieron sentir que llevaba una clase de poder que no era común entre los seres humanos. Y murmuraban: "Él se parece a un Rey, aunque esté vestido con un atuendo de vaquero".

En la multitud había una mujer anciana, fea y jorobada que había conocido muy poca felicidad en su vida. Cuando esta anciana miró hacia Krishna con asombro y completamente maravillada, suspiró y pensó para sí: "Los dioses deben amar a éste hombre joven para hacerlo una persona tan magnífica de ver. Quizás ellos no me quieren y ¿por eso me habrán hecho tan fea?". En ese momento, Krishna estaba pasando cerca de ella. Como si pudiera escuchar sus pensamientos, el sonrió y dijo: "Pero tú no eres fea, y los dioses sí te aman". Entonces se dobló y besó a la mujer en la frente. Y en ese momento ella se transformó: su joroba desapareció, las arrugas de la edad desaparecieron y sus facciones se tornaron hermosas. Ella quedó transformada en una joven y bella mujer. Toda la gente que vio esto quedó atónita, pero Krishna siguió caminando hacia el gran campo donde el torneo estaba justo por comenzar.

Primero había lucha y el hombre más fuerte del reino estaba allí para competir por el premio: una copa de oro que el Rey Kamsa regalaría al ganador. Pero el hombre más fuerte no era competencia para Krishna. Uno tras otro Krishna los vencía. Él ganó la contienda y caminó hacia el Rey Kamsa para recibir el premio.

El rey, por supuesto, sabía bien quién era este joven hombre, y cuando lo tuvo cerca pudo ver en sus facciones hermosas el semblante de su hija. No había dudas de que era el octavo hijo que él había dado por muerto. Pero el Rey estaba seguro de que podía acabar con él. Sosteniendo la copa de oro en su mano, dijo: "Yo he llenado la copa con mi mejor vino para refrescarte después de la dura contienda. Ven, bebe, mi amigo". Pero el Rey Kamsa había puesto un terrible veneno dentro del vino. Una gota de ese líquido era suficiente para matar a un hombre. Krishna miró la copa que le ofrecían y dijo: "Tú bebe de ella primero, gran Rey". El Rey tembló, la copa cayó de sus manos y él corrió a su palacio. Krishna lo siguió porque supo que era su tarea matar a Kamsa. Cuando el Rey vio a Krishna venir hacia el palacio, mandó a sus guardias y soldados para que lo atacaran. Pero Krishna se defendió de ellos con su espada y los desparramaba como si el solo fuese un poderoso ejército. Entonces, el Rey Kamsa soltó a su manada de elefantes de guerra para que atacaran a Krishna. Sin embargo, Krishna sacó su flauta y la tocó. Las grandes bestias se pusieron de rodillas ante él y lo dejaron pasar. Y así, entró al palacio. Todos habían huido, excepto el Rey Kamsa que sabía que no podía escapar y que la profecía del ermitaño se haría realidad. Entonces, Krishna preguntó: "¿Qué he hecho yo, para que tú trates de envenenarme?". Kamsa dijo: "Tú eres el octavo hijo de mi hija y se me había dicho que me matarías. Así, yo traté de matarte a ti primero, cuando eras aún un bebé". Y Krishna dijo: "¿Cómo fue que fui salvado?", y Kamsa contestó: "Yo debo haber matado a otro niño en tu lugar, pensando que eras tú". Con una voz de trueno Krishna replicó: "Tú has matado a un niño indefenso y has ofendido a los dioses por la maldad que cometiste". En desesperación, Kamsa sacó su espada, pero Krishna ya estaba preparado. Lo atacó y Kamsa murió.

La gente del país se regocijó al saber que el rey malvado había muerto y ahora Krishna era rey. Los padres verdaderos vinieron a vivir con él y sus padres adoptivos fueron recompensados.

Por muchos años, Krishna gobernó su reino con sabiduría y poder. Peleó contra la maldad en cada lugar donde la encontraba; él ayudó a Arjuna en la batalla contra Durodhana. Y cuando Krishna murió, su alma se unió a los dioses y fue como uno de ellos.

La recompensa del campesino

En la India, vivía un rey al que le gustaba mucho andar a caballo. Todas las mañanas, él tomaba uno de sus fieros caballos traído de su establo y salía a cabalgar solo durante varias horas.

Ocurrió un día que el caballo que montaba era un semental de mal temperamento. Mientras pasaba por un campo, un pájaro, de repente, se elevó del suelo y el caballo se asustó tanto que salió corriendo. Galopó salvajemente y el rey no pudo hacer nada con sus espuelas, látigo o las riendas para pararlo. En cualquier momento el caballo salvaje podía tirarlo.

Un campesino que había estado trabajando en el campo vio al hombre sobre el caballo desbocado, dejó su trabajo y corrió a través del campo. Cuando el caballo se acercó a él, arrebató las riendas y con mucha fuerza, tiró del caballo y lo paró.

El rey estaba muy sacudido y alterado por la cabalgata. Se sintió tan agradecido al campesino que le dijo: "Mi buen hombre, tú has salvado la vida de tu rey y tendrás una recompensa real por ello. Ven mañana al palacio y recoge tu recompensa".

El campesino estaba muy complacido de escuchar esto, y con su mujer hicieron grandes planes sobre cómo usarían el dinero que les darían. Muy temprano, a la mañana siguiente, él se encontraba ante el portón del Palacio.

En el portón un soldado hacía guardia: "¿Qué deseas en el palacio real?" le preguntó. El campesino le explicó por qué había venido. "Bien", dijo el soldado, "Tu sabes que no puedes entrar al palacio a menos que yo te deje entrar, y si yo no lo hago, no podrás recibir tu recompensa. Y como yo soy un pobre soldado, puedo hacer algo si me das un dinero extra. Te dejaré entrar si me prometes, por lo menos, una parte de tu recompensa". "Muy bien", dijo el campesino. "No me importa dejarte que tengas unos pocos pedazos de oro". "Oh, no" dijo el soldado. "Yo quiero al menos una sexta parte de lo que obtengas". El pobre campesino no pudo negarse y le prometió un sexto de su recompensa.

El buen hombre atravesó el portón y dentro del palacio vio al general del rey en un espléndido uniforme. "¿Qué desea un campesino en el palacio?", preguntó el general. Otra vez el campesino explicó el asunto por el que había venido. "Bien", dijo el general. "Tú no puedes ver al rey a menos que hayas visto al secretario del rey, quien tiene que preguntarle al rey si está disponible para verte. Solamente yo puedo llevarte a ver al secretario. Pero no te llevaré a menos que consiga una parte de tu recompensa".

“Dios Santo”, dijo el campesino. “Parece que aquí todos quieren compartir mi recompensa. ¿Cuánto es lo que quiere?”. “Un tercio”, dijo el general, “Tómalo o déjalo. Si no me prometes un tercio yo no te llevaré ante el secretario, él no verá al rey y no tendrás ninguna recompensa”. El campesino no pudo hacer otra cosa que prometerle que le daría al general un tercio de su recompensa.

El general llevó al campesino ante el secretario del rey y le contó por qué estaba allí. Tan pronto como el general se retiró, el secretario dijo: “Mi buen hombre, te darás cuenta de que sin mí no puedes ver al rey en absoluto. Si yo no voy ante el rey y le pregunto si es su real deseo verte, tú simplemente no podrás verlo. Y para hacerte a ti este gran favor, yo quiero una mitad de tu recompensa”.

El campesino pensó por un momento. “Muy bien”, dijo con una mueca de sonrisa. “Yo te prometo que tendrás la mitad de mi recompensa, y espero que la disfrutes”.

El secretario fue hacia el gran salón donde el rey estaba con sus cortesanos y le contó que un campesino había llegado y esperaba una recompensa. “Háganlo entrar” gritó el rey. “Este hombre me ha salvado de romperme la nuca o de romperme una pierna y ninguna recompensa es suficiente para él”. Y así, por fin, el campesino estuvo frente al rey. “Bien, mi amigo”, dijo el rey. “Tú eres más que bienvenido aquí, y me da un gran placer recompensarte por tu amabilidad y bravura. Nombra cualquier recompensa que quieras y será tuya”.

“Muchas gracias por su amabilidad”, dijo el campesino “pero me gustaría que el centinela de la puerta, su general y su secretario estuvieran presentes cuando obtenga mi recompensa”.

“Ciertamente”, dijo el rey, un poco confundido. Ante su orden, el soldado, el general y el secretario fueron traídos.

“Ahora, nombra tu recompensa”, dijo el rey.

“Bien”, dijo el campesino. “Yo tengo un deseo especial”.

“No importa”, dijo el rey. “Yo prometí que será cualquier cosa; si está en mi poder hacerla, la tendrás”.

“Gracias, Su Majestad” dijo el campesino. “Lo que yo deseo son sesenta golpes con un bastón”.

“¿Está loco?”, preguntó el rey.

“Prometió, su majestad, de darme lo que sea que yo quiera”, dijo el campesino.

“Seguramente está en su poder darme sesenta golpes con un bastón”. El rey había prometido eso pero estaba muy desconcertado. Él llamó al hombre cuyo trabajo era castigar a esclavos holgazanes y entró un hombre negro y alto con un enorme bastón. “Muy bien”, dijo el rey. “Este hombre aquí recibirá sesenta jugosos golpes ahora mismo”.

“Esperen un momento”, dijo el campesino. “Yo he prometido compartir mi recompensa: el soldado recibe un sexto, el general recibe un tercio, y el secretario recibe la mitad”.

El rey dio una fuerte carcajada cuando escuchó esto, y el soldado, el general y el secretario recibieron la parte que les correspondía.

¿Cuánto recibieron? ¿Había quedado algo para el campesino?

Entonces, el rey envió al campesino a su casa con una bolsa de monedas de oro.

El tigre y el mono.

Vivió una vez un Brahman que había pasado varios años como ermitaño en el bosque. Aunque no tenía poderes sobre los animales, podía entender su lenguaje. Él podía hablar con los animales, y ellos hablaban con él.

Un día, el Brahman caminaba a través de la aldea. Era muy temprano en la mañana y los campesinos todavía dormían. Al lado de la ruta, había una gran jaula de hierro y dentro de ella había un tigre. El tigre dijo: “Me estoy muriendo de sed. Esta gente me agarró ayer y no me dieron nada de agua. Oh! Buen Brahman, déjame salir así yo puedo ir hacia el río y saciar mi sed. Te prometo que cuando haya bebido, volveré a la jaula y me podrán encerrar otra vez”.

El Brahman, que era de muy buen corazón, sacó el pestillo de la puerta de la jaula y la abrió. El tigre salió y ambos, el tigre y el Brahman caminaron dentro del bosque hacia el río donde el tigre sació su sed. Pero entonces, el animal dijo: “Y ahora, hombre tonto, voy a matarte y a comerte”.

“¿Qué hay de tu promesa?”, dijo el Brahman.

"Tonto eres por confiar en la promesa de un tigre", replicó el tigre. "Te mereces morir por ser tan estúpido de creer que yo cumpliría mi promesa".

"Permite al menos una cosa", dijo el Brahman. "Preguntemos a otro animal si es correcto que tu debas matarme".

"No me molesta", dijo el tigre. "Pregúntale a tantos animales como quieras. Todos te dirán que debo comerte".

El primer animal que encontraron fue una vaca. Cuando la vaca oyó la historia dijo: "A mí no me gustan los seres humanos. Me hacen trabajar para ellos tirando del arado y sacan la leche que debería ser para mi ternero. Y además, si el tigre no se come al Brahman, va a comerme a mí. Sigue adelante, tigre, cómete al Brahman".

"¡Espera! Preguntemos a otro animal", gritó el Brahman.

"No me molesta", dijo el tigre.

El siguiente animal que encontraron fue un águila. Cuando el águila escuchó la historia dijo: "No me gustan los seres humanos. Me disparan con sus flechas y se preocupan mucho cuando agarro una de sus ovejas. Tú tienes razón, tigre, cómete a este hombre".

El Brahman estaba desesperado. Parecía que todos los animales estaban en su contra. "Probemos una vez más", le dijo.

"Bien", dijo el tigre. "Estoy hambriento, pero te daré una chance más". Venía un mono balanceándose sobre una rama del árbol; el Brahman lo llamó y le contó la historia.

Como los monos eran más amistosos con los seres humanos, y éste era un mono muy inteligente, dijo: "Bien, yo no puedo realmente decir si el tigre tiene razón o no, sin que antes pueda ver exactamente como comenzó todo. Volvamos a la jaula." Así, el Brahman, el tigre y el mono fueron hacia la gran jaula de hierro.

"¡Hum!", dijo el mono. "Así que esta era la jaula".

"Si", dijo el tigre. "Pero apúrate, tengo hambre".

"¡Hum!", dijo el mono "No puedo tomar una decisión hasta que sepa exactamente qué ocurrió. Muéstrame, tigre, dónde estabas cuando el Brahman llegó".

“Qué pérdida de tiempo”, dijo el tigre. Él saltó dentro de la jaula y dijo: “Yo estaba aquí, donde estoy parado ahora”.

“Bien”, dijo el mono. “Y ahora tú, Brahman, dime, ¿estaba la puerta de la jaula cerrada y con cerrojo?”. “Sí”, dijo el Brahman.

“Entonces ciérrala y pásale el cerrojo”, dijo el mono. El Brahman así lo hizo.

“Bien”, dijo el mono. “Ahora yo puedo contarles mi decisión. El tigre está otra vez donde estaba. Si tú, Brahman, quieres abrir la puerta otra vez y dejarlo salir, entonces él tiene toda la razón de matarte y comerte”.

“Ni soñando”, contestó el Brahman.

“Espero que no seas tan tonto”, dijo el mono y corrió hacia el bosque.

Así el tigre estuvo de vuelta donde se merecía, y allí se quedó, enfurecido porque no pudo comerse al hombre y porque había sido burlado por el mono.

+++++

Mitos de Persia.

Ahura Mazda y Ahrimán.

Ustedes recuerdan que en las historias de la antigua India escucharon a menudo hablar sobre hombres santos o Brahmanes. Estos hombres santos indios se internaban en el bosque o en las selvas y vivían solos por muchos años, consagrando todo el tiempo y esfuerzo a sus plegarias. Ya ven cómo la gente de la India consideraba algo santo el apartarse de la vida común. En nuestros tiempos, tenemos toda clase de comodidades y placeres y también tenemos que trabajar por ello. Pero los hombres santos o ermitaños, y aún el noble Siddhartha que se hizo Buddha, vivían sin comodidades y también sin trabajar. Para la gente de la India lo sagrado comenzaba dejando todo lo que pertenece a una vida ordinaria, incluidos el trabajo y los placeres.

De cualquier forma, una clase de santidad de este tipo solo puede existir en un país tan caluroso como la India, donde no existe el frío del invierno y donde pueden encontrarse toda clase de frutas dulces en la jungla. En el clima cálido de ese país, donde aún durante las estaciones frescas hace calor, no es tan difícil vivir sin trabajar. Pero un hombre santo de la India

no sobreviviría por mucho tiempo si tratase de llevar esa clase de vida en un país más frío.

Hoy van a escuchar sobre Persia, un país bien diferente a la India. Persia (o Irán, como se la conoce en los tiempos modernos), era un país donde el verano era muy caluroso, casi tanto como en la India, pero el invierno era terriblemente frío. Vientos helados bajaban desde las altas montañas, los arroyos y los ríos estaban helados y el aire frío cortaba como un cuchillo. Así, las estaciones en Persia eran fuertemente opuestas, tal como el país mismo era un país de enormes contrastes.

Hay partes de Persia que eran desiertos muertos y vacíos, mientras que otras partes tenían riquezas maravillosas y suelos fértiles.

Hace muchos miles de años atrás, la gente de Persia decía: "Cuando la primavera llega, los días se hacen más largos, el sol brilla más ancho y más caluroso; así las plantas brotan y florecen. Todo esto es el trabajo del Dios de la luz". Y a este dios, que enviaba luz y calor desde el sol, lo llamaban *Ahura Mazda*, que significa "inmensa luz brillante".

Y la gente decía: "Ahura Mazda es también el dios de todo lo que es bueno, sano y hermoso". Pero el invierno de ráfagas heladas y las largas noches oscuras, son el trabajo de los espíritus de la oscuridad. El espíritu de la oscuridad es llamado *Ahriman* y él es también el espíritu del mal, de las enfermedades, de la falsedad y de todo aquello que es sucio y horrible.

Ellos sabían que el buen dios Ahura Mazda está por siempre en guerra con Ahriman, el señor de la oscuridad. Y que nosotros los hombres también tomamos parte en esta guerra. Si nosotros somos honestos, sinceros y limpios, ayudamos a Ahura Mazda, pero si mentimos y somos despreciables, ayudamos a Ahriman. Así, la Persia Antigua decía: "Las ráfagas frías del invierno que nos hacen temblar vienen de Ahriman. Pero Ahura Mazda nos ha dado fuego para mantenernos calientes. Las llamas del fuego se elevan hacia arriba, como el Dios de la luz de donde provienen. Así, las almas de las personas de bondad, de la gente fiel y sincera se elevan hacia Ahura Mazda cuando ellos mueren. Pero las almas embusteras e impuras se irán hacia el frío y oscuro reino de Ahriman".

Desde los comienzos del mundo, Ahriman siempre había tratado de estropear cualquier cosa que viniera de Ahura Mazda. Cuando el Dios de la luz creó las plantas buenas, útiles y hermosas, Ahriman creó las plantas venenosas. Entonces, Ahura Mazda creó un maravilloso ser, lleno de sabiduría y poder, que fue el primer hombre y se llamó Yima.

Ahura Mazda también creó una gran vaca, que fue el primer animal. Pero Ahriman tenía preparada una respuesta para esto. Él trajo muerte, y el primer hombre y la primera vaca murieron. Ahura Mazda salvó el corazón

del primer hombre, lo plantó en la tierra y de él nacieron un hombre y una mujer. De ellos vinieron todos los seres humanos. Y del cuerpo de la gran vaca, Ahura Mazda hizo otros animales. Pero siempre que Ahura Mazda hacía un animal bueno y hermoso, Ahriman creaba uno feroz y feo.

Ahura Mazda hizo pájaros y al instante Ahriman hizo serpientes venenosas.

Ahura Mazda hizo abejas y rápidamente Ahriman hizo moscas, pulgas y otros insectos.

Ahura Mazda hizo mariposas con hermosas alas y Ahriman hacía arañas. Y cuando

Ahura Mazda hizo ovejas, Ahriman hizo lobos. Y así, en toda la naturaleza, pueden ver el trabajo de ambos: Ahura Mazda y Ahriman.

Hushang descubre el fuego

El Dios de la luz, Ahura Mazda, había hecho a ambos seres humanos, hombres y mujeres, y a los animales buenos, ovejas, ganado y ciervos. Y Ahriman, el Señor de la oscuridad, había hecho a los animales malvados, las serpientes, los lobos feroces y las moscas para molestar al hombre y las bestias.

Ahora bien, en Persia, hace miles de años atrás, la gente solo podía conseguir comida cazando. Había solamente ganado y ovejas salvajes y los hombres tenían que cazarlos con lanzas y flechas hechas de piedras afiladas. Pero un día, uno de estos hombres tuvo un sueño. En el sueño vio a Ahura Mazda tomar una vaca y a un ternero de una manada salvaje. Acto seguido, el dios los colocó aparte de la manada haciendo un cerco de palos alrededor de ellos.

Cuando el hombre despertó, llamó a sus amigos y dijo: "Ahura Mazda me ha mostrado en un sueño qué debemos hacer. Debemos dirigir a las vacas y terneros fuera de la gran manada. Si los mantenemos cercados no necesitaremos ir a cazar nunca más. Tendremos nuestra propia manada cuando los terneros crezcan y también tendremos la leche de las vacas para beber". Así, la gente usó trampas y lazos de cuero para agarrar a las vacas y los terneros jóvenes. Los agarraron y los guardaron en cercas, como el dios había mostrado en un sueño.

Esto fue un gran cambio. Como cazadores, hasta el momento solo habían pensado en matar animales. Pero ahora como vaqueros, aunque aún tenían que matar animales para comer, aprendieron cómo cuidar a los animales jóvenes y proteger la manada contra los lobos. Y también comenzaron a amar a los animales que cuidaban. De esta forma se hicieron mejores seres humanos, que era lo que Ahura Mazda quería.

Pero a Ahriman no le gustaba esto en absoluto e hizo que los lobos los atacaran, matando un cordero aquí, un ternero allá. Los hombres tenían que estar atentos día y noche, y comenzaron a pensar que sería más fácil ser cazadores otra vez. Pero de nuevo uno de los hombres tuvo un sueño. En el sueño, vio al dios Ahura Mazda que decía: "El lobo, la criatura de Ahriman, es malo. Pero la maldad puede ser transformada en bondad, y lo bueno es siempre más fuerte que lo malo. Para eso, haz al lobo tu amigo y ayudante".

Cuando el hombre despertó, se preguntó: ¿Cómo era posible convertir un salvaje lobo en un amigo y ayudante? Entonces pensó: "Quizás podemos tratar con los lobos jóvenes". Así, él y sus amigos fueron a buscar la guarida de los lobos. En una cueva encontraron cuatro pequeños cachorros de lobo. El hombre se llevó a los cachorros a casa, los alimentó y los cuidó. Pronto los pequeños lobos se hicieron cariñosos con el hombre. Crecieron y se hicieron fuertes, pero sólo seguían y obedecían al hombre que los había cuidado.

Cuando los lobos salvajes se acercaban, los lobos domésticos los enfrentaban y los echaban. Mientras el hombre dormía de noche, los lobos domésticos se mantenían despiertos y ladraban cuando los lobos salvajes se acercaban. Y de esta manera, los lobos domésticos de los Persas fueron los primeros perros. Así, aunque Ahriman había hecho lobos como enemigos del hombre, del ganado y de las ovejas, Ahura Mazda había mostrado cómo lo malo podía volverse algo bueno: así nació el primer perro, que se hizo el más fiel amigo y ayudante del hombre.

Aquellos hombres se volvieron más vaqueros que cazadores y cada vez más de ellos vivían en comunidades. Decidieron elegir a un hombre que fuese su Rey. Su nombre era Hushang. Él era valiente y sincero y por eso era querido por Ahura Mazda. Para esta época, la gente de la antigua Persia no había aprendido aún a dominar el fuego. Por eso, no podían cocinar sus alimentos. Comían solamente carne cruda y no se podían mantener en calor en invierno.

Un día ocurrió que Hushang y algunos seguidores estaban en las montañas. Una enorme y oscura forma se les aproximó y cuando llegó más cerca, vieron que era un horrible monstruo con ojos rojos y brillosos. De su boca salían nubes de humo que oscurecieron el sol y los hombres que estaban con Hushang escaparon aterrorizados. Pero Hushang era un

fiel sirviente de Ahura Mazda y no se permitiría tener miedo, porque el miedo viene de Ahriman, y le daría poder sobre él.

Cuando el monstruo se acercó, Hushang agarró una roca y se la tiró. La criatura se dio vuelta y huyó. La roca no golpeó al monstruo, pero cayó sobre otra piedra con tal fuerza que volaron chispas en todas las direcciones. Las chispas cayeron sobre algunas hojas secas y marchitas, que se prendieron fuego y se encendieron en llamas. Cuando Hushang las vio, supo que era la forma de hacer fuego. Ahura Mazda había recompensado su coraje mostrándole que el fuego podía hacerse encendiendo chispas con piedras. Esa noche Hushang y sus guerreros hicieron la primera hoguera y se regocijaron.

El Fuego fue un gran descubrimiento. Desde siempre, los hombres lo han usado para calentarse, cocinar y también para hacer metales suaves y moldearlos en varias formas.

En Persia, cada año, en la época que coincide con nuestras navidades, había un gran festival en memoria del Rey Hushang, el primer hombre que hizo el fuego. Y fuegos, antorchas y velas eran prendidos en este festival, al que se llamó Shdeh.

La Daga de Oro del Rey Djemshid

Recuerdan que, en un principio, los habitantes de la antigua Persia eran cazadores. Cazar era la única manera de conseguir la comida que necesitaban para alimentarse. Aún hoy hay algunas partes de África, por ejemplo, en las que la gente vive solamente cazando. Estas tribus africanas cazadoras son (si comparamos su forma de vida con la nuestra) primitivas, porque no tienen hogares permanentes y no tienen ciudades o pueblos. Las tribus tienen que mudarse todo el tiempo para perseguir a los animales salvajes que ellos cazan. Y así sucedía con las primeras personas en la India.

Pero en la historia del Rey Hushang, escucharon cómo los cazadores salvajes se hicieron vaqueros. Cuidaban de sus ganados y ovejas y domesticaban lobos para ser los primeros perros. También aprendieron a hacer fuego. Y todas estas cosas trajeron grandes cambios.

La gente de la antigua Persia decía: "Este gran cambio es realmente el trabajo de Ahura Mazda. Era Ahura Mazda, el Dios de la luz, quien se apareció en los sueños y nos mostró qué hacer". Y cuando los persas se sentaban alrededor de una fogata en los meses fríos de invierno ellos decían: "El fuego, con su calor y su luz, es también un regalo de Ahura Mazda porque él es el Dios de la luz y el calor en el mundo. Aún en la

oscuridad y en el frío del invierno, cuando Ahriman gobierna fuera del mundo, el poder de Ahura Mazda está con nosotros a través del fuego". Por eso, los persas consideraban al fuego como algo sagrado; era la llama santa de Ahura Mazda que mantenía a Ahriman controlado. Pero ahora que esas personas habían pasado de ser cazadores a vaqueros, Ahura Mazda quería que dieran otro paso, el paso más importante de todos. Vino una época en la que un rey llamado Djenshid era el jefe de los persas. Para entonces, la gente tenía grandes manadas de ganado y ovejas y, además de perros domésticos, tenían caballos. De cualquier forma, ellos aún tenían que trasladarse cuando las manadas terminaban de comer el pasto en un lugar, hacia otra parte de la pradera. No se movilizaban tanto como los cazadores lo habían hecho, pero nunca se quedaban por mucho tiempo en un lugar.

Una noche el Rey Djenshid tuvo un sueño. Él vio a Ahura Mazda sosteniendo una daga de oro en su mano. Entonces, el Dios de la luz escarbó la tierra con la daga. De la tierra creció un tallo y sobre el tallo había granos de trigo que eran de oro. Entonces, Ahura Mazda le dio la daga de oro al Rey Djenshid.

Cuando el Rey despertó, se preguntó qué significaba ese sueño. La daga era seguramente un arma para usar contra Ahriman, pero ¿qué clase de arma hacía crecer las cosas? Y entonces, de repente, el Rey Djenshid entendió lo que Ahura Mazda le había mostrado. Con sus propias manos, él salió e hizo el primer arado. El arado es realmente una clase de espada o daga. Por supuesto, es una herramienta que no está diseñada para herir a los seres humanos, sino para cortar a través de la tierra y el suelo. Entonces el Rey ató una vaca al arado y trazó los primeros surcos. Cuando él aró el campo, recogió las semillas de una clase especial de pasto (a la que hoy llamamos trigo) y los plantó en los surcos.

Su gente, mientras tanto, se sorprendía de lo que el rey estaba haciendo. Un año más tarde, ellos vieron al campo lleno de espigas de trigo. El Rey Djenshid les mostró cómo las semillas (granos) podían hacer la harina y cómo la harina podía ser usada para hacer pan. Pronto, todos empezaron a trabajar haciendo la daga de oro de Ahura Mazda (arados sin madera). Así, ellos araron, sembraron el grano y a su tiempo, cosecharon su primer cultivo e hicieron su propio pan.

De esta forma, los vaqueros persas se hicieron granjeros y campesinos. Y este era el siguiente gran paso. Los campesinos permanecieron en sus campos y necesitaron una casa permanente. Más tarde, toda la otra gente del mundo aprendió a hacer un arado para labrar la tierra, para cosechar los granos y hacer el pan. Pero los persas fueron los primeros, y todo comenzó cuando Ahura Mazda le mostró al Rey Djenshid una daga de oro en su sueño.

Zarathustra y el Reinado de Luz

El bebé que se rió al nacer

La gente de Persia ayudó a Ahura Mazda en su lucha contra Ahirman de dos formas. Por un lado, le ayudaron al Rey de la Luz siendo granjeros. Cada animal que domesticaban, ganado, perro, oveja, caballo, cada surco que araban, cada grano que sembraban, era un golpe contra Ahriman. Porque Ahriman, el señor de la oscuridad, quería guardarse la tierra y todas las cosas en ella.

Pero también le ayudaron a Ahura Mazda haciéndose mejores hombres, haciéndose más fuertes y más organizados. Ellos sabían que cualquier mentira o falsedad ayudaría a las fuerzas de la oscuridad.

Los persas fueron bien diferentes de los indios; para estos últimos era algo santo apartarse del trabajo y de la vida común y volverse ermitaños. Los granjeros persas se consideraban guerreros contra Ahriman. Sus armas eran la sinceridad, hacia dentro de sí mismos, y hacia afuera, en la naturaleza, y el arado (o daga de oro de Djenshid).

Pero Ahriman contraatacó. Él envió tormentas de granizo, que destruyeron muchas cosechas. Envió inundaciones, para que las manadas se ahogaran. Luego, mandó heladas en primavera que mataron los brotes de las plantas; y después envió tormentas de arena del desierto que cubrieron los campos y destruyeron las cosechas. Aún así, los granjeros nunca se rindieron; cuando una cosecha era arruinada, ellos pacientemente plantaban la siguiente.

Cuando Ahriman vio que no podía perjudicar a los granjeros de esta manera, el señor de la oscuridad intentó otra cosa. Ambos, Ahura Mazda y Ahriman, tenían espíritus o ángeles que les servían. Los que servían a Ahura Mazda eran ángeles de la luz, y los que servían a Ahriman eran ángeles de la oscuridad. Los ángeles de la oscuridad traen malos pensamientos, mentiras, miedo y haraganería a los seres humanos. Así, Ahriman mandó a sus mensajeros de la oscuridad. No podían ser vistos y, al ser invisibles, susurraban malos consejos a las almas humanas. Al principio, unos pocos hombres caían, pero más adelante más y más gente seguía los malos pensamientos mandados por Ahriman. Se volvieron haraganes y no trabajaban en el campo tan bien como antes, y comenzaron a estafar y a mentir. Cosas malas estaban por venir. Aún los sacerdotes, que debían haber servido a Ahura Mazda, se volvían malvados. A causa de los mensajeros de Ahriman, la gente tenía miedo. Cuando Ahura Mazda vio cómo el mal se extendía, decidió que un hombre nacería en el país de Persia, y que sería un gran líder. Este líder enseñaría

a la gente la verdad y el buen camino por la vida y así se rompería el poder de Ahriman.

Pero antes de que naciera este niño en la tierra, Ahriman y sus ayudantes se pusieron a trabajar. Los padres eran simples campesinos. El nombre del padre era Pourushaspa y la madre era llamada Daghdú. Ahriman supo que el niño pelearía contra él. Entonces, cuando Daghdú estaba embarazada, el Señor de las Tinieblas mandó un ejército de malos espíritus. Ellos llegaron como una gran nube negra que cubrió todo el cielo; esa nube estaba hecha de miles y miles de horribles monstruos, tigres con alas de murciélago, buitres con garras de tigre y serpientes con cabezas de lobos.

Pero justo antes de que la nube de monstruos se abalanzara sobre Daghdú, una multitud de ángeles apareció portando espadas hechas de rayos de luz. Estos ángeles de Ahura Mazda doblegaron a los monstruos, que se largaron chillando y dando alaridos. Huyeron en todas direcciones. Otra vez salió el sol y brilló en el cielo, y Daghdú se arrodilló para alabar a Ahura Mazda que la había salvado.

El plan de Ahriman de matar a la madre había fallado. Cuando le llegó la hora, Daghdú dio a luz a un bebé varón. Es sabido que todos los bebés lloran al nacer, pero este era diferente: él se rió con una voz clara. Era sólo la risa de un pequeño bebé y duró unos pocos momentos, pero pudo ser oída en todas partes de la tierra. Y la risa generó algún efecto en quienes la escuchaban.

Todos los buenos espíritus y la buena gente del mundo, por ejemplo, sintieron una gran felicidad cuando escucharon la risa del bebé. Era como si una gran alegría hubiera llegado a ellos.

Pero toda la gente mala y los malos espíritus, todos aquellos que estaban bajo el encanto de Ahriman, sintieron un repentino miedo. Sintieron terror ante el sonido de la risa y se escondieron en oscuras esquinas y huecos, hasta que el sonido paró.

La risa se escuchó alrededor de todo el mundo, alegrando a todo aquel que era bueno y aterrorizando a todo aquel que era malo. Y los padres del bebé que rió, lo llamaron "Estrella de oro", que en el lenguaje persa es Zarathustra.

Zarathustra sobrevive a las llamas

El pequeño Zarathustra se rió cuando vino al mundo y el sonido alegre de su risa también alcanzó a Ahriman. Aún el Señor de la maldad tembló cuando escuchó la risa que era como un tintineo de campanas de plata. Cuando el sonido de la risa del niño cesó, el frío corazón de Ahrima estaba

lleno de furia. Él, el Señor de la oscuridad, Príncipe de los negros espíritus, Rey de las mentiras, había sido sacudido por el sonido de un pequeño niño.

Él sabía quién era este niño, y sabía de dónde había venido esta odiosa risa, y juró venganza.

Para entonces, el país donde Pourushaspa y Daghdú vivían, estaba gobernado por el Rey Duransarun, que era un hombre terrible. Él, voluntariamente, abrió su corazón y su mente a los pensamientos oscuros que venían de Ahriman. Y los espíritus oscuros susurraron: "El nuevo hijo nacido de Pourushaspa y Daghdú es peligroso para ti y no debes permitir que crezca. Será más fácil matarlo ahora, en lugar de esperar a que sea un hombre mayor que desafiará tu poder".

Al día siguiente, el Rey Duransarun se encaminó hacia la pequeña cabaña de los padres de Zarathustra. Cuando el rey llegó, el padre y la madre estaban ambos en el campo trabajando y habían dejado al bebé dormido en un pequeño catre. El rey abrió la puerta de la cabaña, entró y se encontró a solas con el niño dormido. El rey miró al bebé con una mueca de sonrisa: nunca más los padres escucharían la voz del niño; nunca llegaría a la madurez y desafiaría el poder del mal en el mundo. Repentinamente, el rey sacó una daga afilada que había traído con él y levantó su mano para hundirla en el pecho del niño. Pero en el mismo momento, el niño abrió sus ojos y miró la mano que sostenía la daga. Instantáneamente, la mano del rey se paralizó. Todo su brazo derecho perdió la fuerza y se hizo como un palo seco. La daga cayó estrepitosamente al piso. Sin habla y con terror, el rey miró a su brazo muerto. Entonces, se volvió y huyó de la casa. Corrió como loco para alejarse del niño cuya mirada había hecho que su mano y brazo derechos quedasen inútiles por el resto de su vida.

Ahora el rey Duransarun odiaba a Zarathustra aún más que antes. Él no volvería cerca del niño otra vez, pero era el rey y podía enviar a sus sirvientes. Así, llamó a dos de sus hombres y dijo: "Les ordeno que busquen al hijo del campesino Pourushaspa y lo tiren dentro de un fuego. No vuelvan hasta que hayan cometido la orden o ambos serán quemados vivos".

Ambos hombres fueron y se escondieron cerca de la cabaña hasta que vieron a los padres salir hacia los campos a trabajar. Cuando estuvieron seguros que los padres estaban tan lejos que no podrían ver lo que ocurría, los sirvientes entraron, tomaron al bebé de su catre y se apuraron a salir.

Para su sorpresa, el niño no hizo ningún sonido; no lloró y parecía que no le importaba.

Uno de ellos llevaba al niño mientras que el otro hombre llevaba un montón de madera seca. Caminaron un largo tiempo hasta que alcanzaron el desierto. Entonces, hicieron una gran fogata y cuando estaba ardiendo fieramente, tomaron al niño y lo tiraron en él. Entonces se alejaron riéndose, porque había sido fácil cumplir con la orden del rey. Regresaron donde Duransarun y le contaron que no necesitaba pensar más en el bebé; su vida había acabado en un gran fuego en el desierto.

Mientras tanto, los padres de Zarathustra volvieron de su trabajo y encontraron el catre vacío. La pobre madre estaba desesperada. Salió de la casa y comenzó a buscar por su hijo. ¿Quizás un lobo había venido y lo había arrastrado lejos? ¿Quizás el bebé había caído del catre y gateado lejos? Ella no pudo saber qué había pasado, pero no descansaría hasta que lo hubiese encontrado.

Al cabo de un tiempo, cuando se hizo oscuro, Daghdú vio un resplandor de fuego en el desierto. Con pavor y miedo en su corazón, ella se apresuró hacia él. Pero cuando se acercaba vio una extraña señal. El fuego casi se había acabado, pero en las brillantes brasas estaba sentado Zarathustra, sonriendo y jugando con las pequeñas lentejuelas de fuego como si fueran sus juguetes. Él estaba completamente a salvo, chillando de felicidad. Daghdú lo arrebató y lo llevó a su casa.

La historia de cómo el fuego no lo había dañado y lo que había ocurrido, se esparció por todo el reinado. La gente hablaba sobre Zarathustra y decían que el infante debía ser amado por Ahura Mazda, el señor del fuego. Y cuando el rey Durausarun escuchó que Zarathustra todavía vivía, comenzó a pensar en otra manera para destruirlo.

La huída a un nuevo país

El Rey Duransarun había fallado dos veces al intentar destruir a Zarathustra. Pero él estaba decidido a matar al niño. Sabía que el niño no podía ser matado con armas ni con el fuego. Pero aún había otros medios. Llamó a los dos sirvientes y les dijo: "La vez pasada ustedes fallaron. No me fallen esta vez. Quiero que el niño sea echado a las bestias salvajes. Vayan y hagan que mi deseo se cumpla".

Desde entonces, los padres de Zarathustra temían dejar solo al niño. Pero ellos eran gente pobre y si ambos no trabajaban en el campo, no había suficiente para comer. Sólo podían confiar que Ahura Mazda, que había protegido al niño de las llamas, continuaría cuidándolo.

Otra vez los dos sirvientes del Rey Duransarun esperaron hasta que el chico estuviera solo mientras los padres trabajaban. Y otra vez tomaron a Zarathustra y se lo llevaron. Esta vez fueron hacia el bosque y después de mucho buscar, encontraron una cueva llena de lobos. Cuando se acercaron a la cueva, un lobo grande y gris sacó su cabeza. La bestia gruñó y mostró sus colmillos. Rápidamente uno de ellos tomó al bebé y lo tiró dentro de la cueva. Entonces los dos corrieron por sus vidas. Volvieron hacia el rey y dijeron: "Hemos arrojado el niño al lobo más fiero del bosque, y eso, seguramente, ha sido su fin".

Cuando los padres de Zarathustra volvieron, una vez más encontraron vacío el catre. Buscaron desesperadamente al niño y llegaron, al final, a la madriguera de los lobos en el bosque. Dentro, Daghdú y Pourushaspa podían oír gritar y ladrar. Llena de miedo la madre echó un vistazo adentro. Allí dentro estaba su hijo Zarathustra jugando con dos cachorros de lobo. Él tiraba de sus colas y ellos le lamían sus manos con sus pequeñas lenguas rojas. Y dos enormes lobos, la mamá y el papá lobo, estaban sentados allí contentos como si el niño fuese miembro de la familia.

Daghdú entró, temblando, esperando el momento de ser atacada por las grandes bestias. Pero ellos estaban sentados tranquilos sobre sus ancas. Aún cuando ella tomó al niño y salió, los lobos adultos ni se movieron. Y una vez más Zarathustra fue rescatado, sano y salvo, por sus padres.

Otra vez las noticias de que Zarathustra estaba ileso llegaron al Rey Duransarun. Él miró su debilitada mano derecha, por la cual aun no había podido vengarse, y en su cara se dibujó una siniestra expresión. Llamó a sus dos sirvientes y dijo: "Ustedes han fallado otra vez. Hay un bebé indefenso y no pueden deshacerse de él. Les irá mal si este niño no es destruido. Ya que los animales salvajes lo han perdonado, quizás los animales domesticados no sean tan compasivos. Vayan y vean que el niño sea pisoteado hasta la muerte por una manada de ganado". Los dos sirvientes se marcharon, y una vez más tomaron al niño cuando los padres estaban trabajando en los campos. Esta vez, llevaron a Zarathustra hasta un angosto sendero, donde cada noche una gran manada de ganado pasaba para beber de un cercano río. Los toros y las vacas estaban tan acostumbrados a ir por ese camino que los vaqueros nunca iban con ellos. Los hombres colocaron al niño en el medio del sendero. Entonces se volvieron hacia el Rey y le dijeron que nada en el mundo podía salvar al infante de los cascos de las bestias.

Había sido un día caluroso, la manada de ganado había estado afuera pastando bajo el sol ardiente y el sonido de sus cascos era como un trueno. Galopando al frente del resto venía un enorme toro negro, el más viejo y fuerte de la manada, pero cuando este toro grande y negro llegó

hasta donde estaba el cuerpo del niño, se detuvo. El enorme animal dio un paso adelante y se paró justo sobre el niño, sin tocarlo, de manera que todos los otros toros y vacas tenían que apartarse para pasar por la derecha y la izquierda.

El viejo toro estaba parado como una roca en el río y el resto de la manada fluía como olas a sus lados. Mientras los otros animales bebían en el río, el toro se quedó e hizo guardia sobre el bebé. Eventualmente, los campesinos se preguntaron por qué el toro no se había unido a la manada y cuando ellos volvieron para mirar, encontraron a un niño echado, sano y salvo, entre las cuatro patas del animal. Sólo cuando el niño fue retirado, el viejo toro bajó hacia el río para beber.

Entonces, los padres de Zarathustra se dieron cuenta de que fue el Rey Duransarun quien había tratado de matar a su hijo otra vez. Así que decidieron huir. Secretamente, una noche, abandonaron su hogar y viajaron fuera del país donde Duransarun, el sirviente de Ahriman, gobernaba. Así llegaron a otra parte de Persia donde gobernaba el Rey Vishtospa. Este Rey no era malo y no sabía nada sobre el niño Zarathustra -el amado por Ahura Mazda- que había venido al mundo.

El Ángel Buenos Pensamientos

Los padres de Zarathustra habían huido con su hijo a una parte de Persia gobernada por el Rey Vishtospa. Allí la gente no conocía nada de Ahura Mazda. Aunque el Rey Vishtospa no era un hombre malo, sus consejeros eran sacerdotes que usaban magia negra. Estos astutos hombres adoraban a los demonios enviados de Ahriman y a menudo podían hacer que el rey hiciese lo que ellos querían. Fue en esta parte de Persia donde Zarathustra se hizo mayor.

Aún como hombre joven, él era diferente a otros de su misma edad. Le gustaba estar solo, hacía largas caminatas y pensaba mucho acerca de la maldad a su alrededor. Sentía gran tristeza y se preguntaba qué podía hacer para cambiar las cosas.

Un día, cuando él estaba inmerso en profundos pensamientos sobre este problema, llegó hasta el borde de un río. Zarathustra había estado caminando durante un buen tiempo; había deambulado bastante lejos y no había otras personas en muchos kilómetros a la redonda.

Cuando se paró en el río, parecía todo muy calmo a su alrededor. Ningún viento agitaba el pasto, y ninguna hoja se movía en los árboles. Mientras se preguntaba por ese extraño silencio, de repente se paró ante él una gran figura, de deslumbrante color blanco y nueve veces más alto que un

ser humano. En una mano, esta figura de luz sostenía un bastón largo y brillante como el oro.

Entonces, la figura le habló y le dijo: "Yo soy el mensajero del Dios de la luz, Ahura Mazda, y mi nombre es Buen Pensamiento (o Vohumán, en persa). De mi amo yo traje cada pensamiento bueno y verdadero que ha aparecido desde siempre en las mentes humanas. Y he venido a llevarte conmigo al encuentro de Ahura Mazda, para que veas al Señor de la Luz cara a cara. Sólo tu espíritu puede elevarse hacia los cielos donde Ahura Mazda gobierna, no tu cuerpo. Tu cuerpo debe quedarse aquí en la tierra".

Después de que el ángel le habló estas palabras, Zarathustra sintió que su cuerpo era como un abrigo o una prenda que podía sacarse. Dejó su cuerpo echado en la tierra, y su espíritu remontó junto con el ángel Buenos Pensamientos, para entrar finalmente al reino de la pura luz, el reino de Ahura Mazda. En este reino de la luz nada producía ninguna sombra, y todas las cosas y los seres brillaban. La luz de la bondad venía de ellos mismos. Aquí en la tierra, la bondad no se muestra a sí misma fácilmente, pero en el reino de la luz la bondad brilla todo el tiempo.

Y fue allí, en el reino de la luz, donde no hay sombras y la bondad brilla, que Zarathustra vio multitudes de ángeles y arcángeles. (Los ángeles están más arriba que el hombre, así como los arcángeles están más arriba que los ángeles). Entonces él vio a Ahura Mazda mismo, el señor de los ángeles y arcángeles. El dios habló a Zarathustra y le dio normas e indicaciones de buenos pensamientos, palabras y acciones. Entonces, Zarathustra supo que le tocaba enseñar estas normas a los hombres en la tierra. Luego de esto, el ángel Buenos Pensamientos lo trajo de vuelta a su cuerpo, que seguía acostado en la tierra como si estuviese muerto. Zarathustra se colocó su cuerpo, como quien se coloca el saco y partió a enseñar a los hombres el modo de vida que los guiaría hacia el reino de luz.

Al poco tiempo, Ahriman vio que la gente se alejaba del mal y que él estaba perdiendo poder sobre ellos. Cuando morían, ellos no iban más hacia sus dominios de oscuridad y eterno frío. Ellos se iban al reino de la luz. Así, el Príncipe de la Oscuridad convocó a todos sus monstruos y malos espíritus y los dirigió para atacar y destruir a Zarathustra. Vinieron del norte trayendo con ellos una helada tan terrible que los pájaros caían muertos desde el aire y la tierra se heló. Pero Zarathustra pronunció las palabras de una plegaria santa que había aprendido de Ahura Mazda y los espíritus malignos perdieron su poder. El aire se hizo cálido, el hielo se derritió y Ahriman huyó.

Cuando Ahriman vio que no podía vencer a Zarathustra por la fuerza, trató de destruirlo con astucia. Se apareció ante él en la forma de un hermoso ángel y dijo: "Venérame, ¡Oh, Zarathustra! Haz lo que yo te ordene,

porque yo soy el más santo de los santos ángeles de la luz". Pero Zarathustra dijo: "Yo he visto a los ángeles que sirven a Ahura Mazda. Yo sé que no solo son hermosos cuando ves sus caras, ellos son también hermosos desde atrás. Date la vuelta y muéstrame tu espalda".

Pero Ahriman contestó: "No me hagas dar la vuelta. Yo pertenezco a los ángeles que son diferentes, somos hermosos por delante, pero nuestras espaldas son feas". Zarathustra le contestó: "Te ordeno que te des vuelta". El ángel que parecía tan hermoso por delante se dio vuelta y toda su espalda estaba cubierta de retorcidas serpientes negras.

Otra vez Zarathustra habló las palabras santas que había aprendido de Ahura Mazda y la horrible criatura, huyó de terror.

Entonces Zarathustra quiso ver al Rey Vishtospa para convertirlo en un sirviente de Ahura Mazda.

En la corte del Rey Vishtospa

Habiendo logrado que Ahriman huyera, Zarathustra continuó con la tarea que Ahura Mazda le había dado. Le enseñó a la gente a tener buenos pensamientos, hablar buenas palabras y hacer buenas acciones, así, al final de sus vidas, ellos se elevarían al reino de la luz.

Pero se dio cuenta de que mucha gente en esa parte de Persia no le escucharía. Ellos decían: "Si lo que nos cuentas es cierto, ¿por qué nuestro propio rey no sigue tus enseñanzas? Ni nuestro rey, ni su reina, ni sus ministros o generales parecen tomar buena nota de esto. Nosotros somos pobres, gente ignorante, no podemos decir si debemos creerte o no. Pero si tú puedes convencer al rey de que adore a Ahura Mazda, entonces nosotros también seguiremos y obedeceremos al Dios de la Luz".

Zarathustra se dio cuenta que no lograría nada entre esta gente si no llevaba primero al Rey a adorar a Ahura Mazda. Pero no era una tarea fácil, porque el Rey Vishtospa tenía malos consejeros y sacerdotes. El rey estaba tan acostumbrado a seguir a sus consejeros que sería muy difícil hacerlo cambiar de idea. Pero Zarathustra, el fiel sirviente del dios de la luz, no retrocedería ante esta tarea porque fuera difícil. Él le rezó a Ahura Mazda para que le diera ayuda y entonces se dirigió a la corte real.

Ahora bien, el Rey había escuchado acerca del extraño predicador que iba a través del país contándole a la gente acerca del Reino de la Luz. Sus malvados sacerdotes, no obstante, le habían dicho a Vishtospa que el predicador era un mago de lo peor. Ellos le decían que Zarathustra usaba los cuerpos muertos de los gatos y murciélagos y el pelo de perros muertos para hacer un horrible brebaje de brujas, y este brebaje le daba

el poder de enfermar a la gente. Pero al mismo tiempo, el rey también había oído que Zarathustra era gentil y sabio, así que estaba curioso de saber, verdaderamente, de qué clase de persona se trataba.

El Rey Vishtospa estaba sentado en su trono. Alrededor de él, sus generales estaban parados con sus brillantes armaduras junto a sus consejeros, los sacerdotes, vestidos con sus ropas escarlatas. Un sirviente apareció, se postró ante el rey (se quedó echado y acostado en el piso) y anunció que Zarathustra estaba afuera y había pedido permiso para ver al Rey. A la orden del Rey, el esclavo se levantó, salió y volvió trayendo a Zarathustra.

El Rey Vishtospa y su corte vieron a un hombre alto con cabello negro y largo y barba, que llevaba puesta una prenda larga y blanca. ¿Pero qué llevaba él en su mano? ¿Era una vela? ¿Era una antorcha ardiendo? Cuando Zarathustra se acercó, vieron que llevaba en su mano extendida una llama de fuego, que parecía que crecía de la palma de su mano como una flor. Era nada menos que una flor de fuego, pero su mano no estaba lastimada en absoluto. Entonces, Zarathustra dijo: "La llama que ves en mi mano, es el signo y la prueba de que he sido enviado por el Señor de la Luz y el Fuego, por Ahura Mazda. ¿Quieres escuchar su mensaje?".

El rey Vishtospa estaba asombrado. Le preguntó a Zarathustra si no le molestaba el calor de la gran llama en su mano y le dijo que estaba dispuesto a escuchar. Zarathustra le habló a la llama y ésta se apagó. Él comenzó a contarle a Vishtospa sobre el Reino de la Luz y las reglas de Ahura Mazda. Pero los malos sacerdotes, más tarde, le hablaron contra él, y el rey no sabía a quién creerle. Al final del día, a Zarathustra se le dio una casa en los terrenos del palacio para descansar porque el rey quería volver a entrevistarse con él al día siguiente. Sin embargo, los malvados sacerdotes tomaron los cuerpos de dos animales muertos (un gato y un murciélago) y los escondieron en la casa en la que descansaría Zarathustra.

Entonces, llamaron al rey, le mostraron las cosas horribles que ellos mismos habían dejado allí y le dijeron: "Te dijimos que él usaba magia negra; aquí está la prueba". Cuando el rey Vishtospa vio esto, enfureció. Los sacerdotes lo habían engañado y, a su orden, Zarathustra fue apresado y puesto en prisión. Ocurrió que el rey tenía un caballo al que apreciaba mucho. Era un bello semental negro, y era su caballo favorito. Lo había llevado consigo a través de muchas batallas y lo amaba como a un amigo. Pero en los días en que Zarathustra fue engañado y metido en prisión, su hermoso caballo negro fue atacado por una extraña enfermedad. El animal estaba echado e inmóvil sobre sus cuatro patas, que estaban tan duras como maderas. Por supuesto, el rey estaba totalmente preocupado y no podía pensar en otra cosa. Llamó a doctores y pidió ayuda a sus malos sacerdotes pero ninguno pudo ayudar. El caballo

seguía enfermo. Desde su calabozo, Zarathustra oyó a los soldados que hacían guardia hablar sobre el caballo y la pena de Vishtospa. Él llamó a los guardias y les ordenó: "Vayan a decirle al rey que yo puedo curar a su caballo, pero sólo si él acepta cuatro condiciones". Cuando el rey recibió el mensaje, saltó de alegría. Zarathustra fue sacado de prisión y llevado ante el rey. Fueron al establo donde el caballo estaba guardado y Zarathustra dijo: "¿Prometes que echarás a los malos sacerdotes fuera de tu corte?". El rey contestó: "Lo prometo". Y en ese momento, el caballo estiró una pata. Zarathustra le dijo al rey: "¿Prometerás adorar a Ahura Mazda y seguir las reglas del Reino de la Luz?". El rey volvió a decir: "Lo prometo". El caballo estiró otra pata. Entonces Zarathustra preguntó: "¿Prometes que tu mujer, la Reina, adorará a Ahura Mazda?". Otra vez el rey prometió y el caballo estiró la tercera pata. Zarathustra dijo: "Yo quiero que hagas una promesa más: ¿pelearán tus generales y guerreros por la religión de Ahura Mazda?". Después de que el rey dio su última promesa, el semental estiró su cuarta pata, se paró y brincó. El rey Vishtospa mantuvo sus cuatro promesas. Los malos sacerdotes fueron echados y el rey y la reina adoraron a Ahura Mazda y vivieron bajo las reglas del Reino de la Luz. Una vez que Vishtospa y su esposa hicieron esto, la gente que gobernaban lo siguió, así como sus generales y guerreros también juraron defender la religión de Ahura Mazda.

Pero aunque el rey mantuvo su promesa, le pidió un favor a Zarathustra. En el próximo relato, sabrán cuál fue ese favor.

El reino de la luz.

El rey Vishtospa mantuvo sus promesas y él y toda su gente adoraron a Ahura Mazda. Pero él quería estar seguro de que al final de sus días ascendería al Reino de Luz. Así que le dijo a Zarathustra: "Te pido un favor: déjame al menos entrever el Reino de Luz".

Zarathustra levantó sus brazos y rezó para que el deseo del rey sea concedido. Hubo un gran ruido de truenos, la tierra tembló y allí en el palacio real pudieron verse tres figuras de radiante luz que estaban de pie: eran tres arcángeles. El rey y los cortesanos temblaron de miedo ante estas poderosas y brillantes figuras, pero los arcángeles les hablaron y calmaron sus miedos. Uno de ellos acercó una copa de oro hacia la boca del rey Vishtospa y le dijo: "Bebe de esta copa, contiene el agua de la Vida, y aquel que beba del agua de la Vida puede ver el futuro". Así fue que el rey bebió, y en ese mismo instante la corte real, sus ministros y los ángeles parecieron desaparecer. Entonces, se esparció ante sus ojos un cuadro con todo lo que iba a ocurrirle a él en los próximos años.

Vishtospa se vio a sí mismo dirigiendo un ejército en una batalla y a sus enemigos derrotados, y con cada victoria, él vio como la religión de Ahura Mazda se esparcía más y más lejos. Entonces, se vio como un hombre viejo en el final de sus días en la tierra. Pero esto no era todo: en esta gran visión, la tierra fue dejada atrás. El rey parecía elevarse hacia arriba y un puente tejido con rayos de sol apareció delante de él. Para la gente buena, honesta y llena de verdad, el puente era amplio; podían caminar a través de él y entrar al Reino de Luz al finalizarlo. Pero para la gente mala, mentirosa y tramposa, cruel y sin corazón, el puente se encogía hasta ser tan angosto como el borde de un cuchillo. Caían dentro de un oscuro abismo, que era el reino de Ahriman. El rey Vishtospa se vio a si mismo caminando a salvo por el puente y en el otro extremo era bienvenido al Reino de Luz por los mismos tres arcángeles que habían llegado al palacio. Entonces, se vio entrando al mundo donde no hay sombras. La visión terminó de pronto y el rey Vishtospa estaba nuevamente en su corte real junto a sus ministros, cortesanos, Zarathustra y los tres brillantes arcángeles. Descubrió que todas esas imágenes de su vida futura, de sus batallas, su muerte y lo que vino después, habían durado solo un instante. El deseo del rey había sido cumplido pero los tres arcángeles hicieron más: uno de ellos sostuvo una flor delante del gran Visir, ministro de mayor rango del rey. Cuando él inhaló la dulce esencia de la flor, su mente se llenó de la más alta sabiduría para que sus consejos al rey siempre fueran correctos. Y al más alto general del rey le dio a comer una fruta: cuando él la comió, se volvió invulnerable y ya ningún arma podía dañarlo. Después de que esto sucedió, los tres arcángeles bendijeron al rey Vishtospa en nombre de Ahura Mazda y desaparecieron. El rey, su corte y toda su gente, miraron con gran reverencia al hombre santo, Zarathustra, que había podido llamar a los arcángeles que estaban en el cielo.

La estrella de oro del futuro.

Todo lo que el rey Vishtospa había visto en su visión llegó a suceder. Dirigió a su ejército a las batallas y ganó cada vez. El consejero jefe de Vishtospa era sabio sobre todos los hombres. Su general no podía ser herido por ningún arma. Así, ningún enemigo tenía esperanza de ganar contra tales contrincantes. Con el tiempo, Vishtospa se hizo gobernante de un gran imperio donde toda la gente adoraba a Ahura Mazda.

Muchos templos fueron construidos en honor al dios de la Luz y el fuego santo se mantenía encendido día y noche. Pero donde hay templos, debe haber sacerdotes. Zathustra era el más santo sacerdote de Ahura Mazda, pero necesitaba de otros que ayudaran a enseñar la religión, proteger el fuego sagrado de todos los templos y asegurarse de que la gente viviera de verdad en cumplimiento de las reglas de buenos pensamientos, palabras y acciones. Por ello, se precisaba de muchos sacerdotes y Zarathustra los eligió de entre los mejores hombres en Persia. Se hicieron

sus alumnos y él les enseñó todo lo que había visto y aprendido en el Reino de la Luz. Todos estos alumnos de Zarathustra fueron llamados Magi.

Muchos años pasaron y Zarathustra se hizo un hombre viejo. Cuando ya fue anciano, llamó al mejor de los Magi y le dijo: "Todo lo que he hecho en mi vida era sólo una preparación para algo más grande y maravilloso que ocurrirá en el futuro. Dentro de tres mil años en el tiempo. Entonces, el verdadero salvador de la humanidad, Sayosant, nacerá en la Tierra, y él vencerá aun a la misma muerte. Recuerda que mi nombre, "Zarathustra", significa "Estrella de oro". Cuando aquel verdadero salvador de la humanidad nazca en la Tierra, una estrella de oro aparecerá en el cielo. Por la luz de esta estrella, mi espíritu guiará a los verdaderos y fieles Magi de esos tiempos al lugar donde ese niño santo haya nacido".

Cuando Zarathustra dijo eso a sus alumnos, tenía setenta y siete años y sabía que su vida se estaba acabando. Los malvados sacerdotes, sirvientes de Ahriman, no habían olvidado que él los había echado de la corte del rey Vishtospa y querían vengarse. Esperaron por un tiempo y cuando el hombre anciano estuvo solo, cayeron sobre él y lo asesinaron. Pero esolo pudieron matar su cuerpo, porque era el momento para Zarathustra de dejar la tierra y retornar al reino de luz. Más tarde, el rey Vishtospa, poderoso gobernante, también murió y cruzó el gran puente hacia el Reino de la Luz, pero no eran tan buenos como él fue.

Ciertamente, cientos de años después, los reyes de Persia dejaron que Ahriman ganara poder sobre sus corazones y mentes. Se hicieron malos y crueles y aún entre los Magi solo unos pocos quedaron buenos, puros y sabios. Los otros se volvieron malos. La palabra mago viene de la palabra Magi. En la plenitud del tiempo, después de 3000 años, el niño Jesús nació en Bethleheden (Belén) y una estrella radiante (estrella de oro), brilló en el cielo. Cuando eso sucedió, quedaban sólo tres Magis que entendían lo que esto significaba. En algunos libros son llamados los tres hombres sabios o tres reyes santos; eran los últimos verdaderos y fieles Magi (sacerdotes de Ahura Mazda); viajaron desde Persia a Belén y trajeron regalos para el niño Jesús. Pero fue la estrella de oro de Zarathustra que los guió hacia Belén.

+++++

MITOS DE BABILONIA

El país de dos ríos

¿Recuerdan Atlántida, el país de la bruma y la niebla? En Atlántida, los hombres no tenían que trabajar el suelo. En vez de eso, usaban poderes mágicos para hacer crecer cosas donde y cuando querían, pero cuando la Atlántida fue tragada por el océano, la gente que escapó tuvo que hacer un nuevo comienzo sin magia. Como aprendieron por las historias, siempre había personas que aún conocían algo sobre los viejos poderes mágicos. Algunos eran hombres santos y otros hombres malos que usaban magia negra para propósitos malvados. Pero la gente común tenía que aprender a vivir sin magia.

También escucharon cómo la gente de la India siempre anhelaba los viejos tiempos, cuando los hombres no tenían que trabajar. Aún el gentil príncipe Siddharta, que se hizo Buddha (Buda) dejó el palacio de su padre para hacerse ermitaño y mendigo en lugar de campesino.

Las personas de la antigua India nunca pudieron ser los primeros campesinos o granjeros. Por supuesto, ellos cultivaron, pero aprendieron tiempo más tarde, de los persas. El arte de arar, sembrar, cosechar y domesticar animales salvajes llegó a la India, pero nunca podría haber comenzado allí ya que la gente nunca estaba en sus casas en la tierra.

Los persas eran diferentes, porque querían hacer de la tierra su casa. Cambiaron plantas salvajes y domesticaron animales salvajes para que se hicieran útiles al hombre. Haciendo esto, ayudaban a Ahura Mazda, el dios de la Luz, en su guerra contra Ahriman.

Cada campo arado, cada jardín bien cuidado, cada animal doméstico, era un golpe contra el señor de las Tinieblas, y con la labranza, llegó la construcción de pueblos y ciudades y el comienzo de la civilización como la conocemos ahora. La gente que está siempre cambiando de lugar son llamados nómades y un nómada no está realmente en casa en ningún lugar. Pero si la gente se queda en un lugar, en pueblos o ciudades, tienen un hogar.

Ellos están en casa en sus pueblos o ciudades en la tierra. Pero aún en Persia, la gente no vivía en ciudades. Como campesinos y granjeros que eran, vivían en cabañas de madera agrupadas en pequeñas villas o poblados.

Las primeras ciudades fueron construidas en otro país, todas juntas. Y era un país donde grandes cosas fueron hechas para hacer a la tierra aún más un hogar para la humanidad. Este país está al oeste de Persia y dos grandes ríos, llamados Éufrates y Tigris, fluían a través de él. Ambos ríos nacen de unas grandes montañas cubiertas de nieve, agrupadas en hilera. Cuando el agua baja rápidamente por los declives de la montaña, una gran cantidad de tierra es reunida y arrastrada. Pero cuando el Tigris y el Éufrates alcanzan las planicies fluyen mucho más lento y la tierra es depositada allí. Durante más de miles de años, el suelo del país entre los dos ríos fue cubierto con capas de tierra rica y fértil. Ahora ustedes ven que el arte de labrar había sido descubierto o inventado no podrían desear para mejor labranza de tierra que este país de los dos ríos, que en el lenguaje griego se llama Mesopotamia.

Era en Mesopotamia donde las primeras grandes ciudades de la historia de la humanidad fueron construidas. En todas partes y en otros lugares el mundo en aquel tiempo, la gente estaba cazando animales salvajes en la jungla o estaba recién comenzando a vivir en pequeños poblados. Pero en Mesopotamia, muchas poderosas ciudades con grandes templos y altas torres estaban siendo construidas. Y una de ellas se hizo la más grande, bella y poderosa de todas: era llamada Babilonia y fue construida en las riberas del Éufrates. Y allí hubo una época donde la gente que construyó Babilonia (los Babilonios) tuvieron influencia y gobierno sobre toda la tierra de los dos ríos, por lo que por un tiempo fue llamada Babilonia.

Ahora, hay una razón que explica por qué las primeras ciudades en la historia del mundo fueron construidas en Mesopotamia; ciudades con nombres que suenan como delectos mágicos... Y la mayor de ellas, Babilonia, y esta es la historia que cuentan los babilonios acerca de cómo construyeron las primeras ciudades en el mundo.

Ellos decían: "La luz del sol no es solamente luz, sólo algo que ves con tus ojos. La luz del sol es una prenda y en esta prenda está el dios de la Sabiduría, cuyo nombre es Ea. Así como los seres humanos llevan puestas ropas, así Ea lleva puesto los rayos del sol como su vestimenta. Y el momento cuando Ea es más fuerte y sus poderes despiertan a todo ser humano, es temprano en la mañana. En el resplandor de la luz del amanecer, es Ea, el dios de la sabiduría. Y, así decían los Babilonios, nuestro antepasados que vivían en la orilla del mar, vieron a Ea, el espíritu sabio del amanecer, elevarse cada mañana desde el mar y lo adoraban. Y Ea habló a nuestro antepasado y dijo: "Bueno, rico y fértil es el suelo que los ríos han traído desde las montañas, trigo y cebada para tu pan y exuberantes granos para tus manadas de ganado crecen en él. Pero aún más puede ser hecho con este suelo: si tomas un puñado de esta buena tierra cuando aún está húmeda, mójala con el agua del río y amásala en tus manos, tomará cualquier forma que tú desees". Y Ea dijo: "Y si

moldeas el barro en forma oblonga y la dejas secar la sol, se volverá tan dura como una roca. Si haces cientos de estas piedras de formas regulares, puedes construir casas, que durarán más que las de madera.” Y así fue que nuestros antepasados aprendieron de Ea, el sabio dios del amanecer, a hacer ladrillos.

Marduk, el Dios que no conocía el miedo.

Pensemos... Hace cuánto tiempo atrás que la gente de la Mesopotamia aprendió a hacer ladrillos. La época del Rey Arturo y sus caballeros fue hace mil años atrás. Tomemos dos veces esa duración: ahí tendríamos dos mil años. Esa fue la época en que Cristo vivió en la Tierra.

Ahora tomemos no 2000, sino 4000 años antes de Cristo y llegaremos a la época en que los Babilonios estaban construyendo sus poderosas ciudades. En Europa, sin embargo, la gente aún estaba viviendo muy primitivamente. Quizás en cavernas, cazando venados y cerdos salvajes en la densa jungla. Pero lejos de allí, en el país de los dos ríos estaban ya las grandes ciudades de Ur, Nínive y Babilonia.

Las paredes que rodeaban a Babilonia eran tan gruesas y anchas que un carruaje podía ser conducido a lo largo del tope. La ciudad había así mismo anchas avenidas y grandes edificios con espléndidas decoraciones. La gente de Babilonia gustaba de los colores y había aprendido a decorar el exterior de los edificios con ladrillos de esmalte coloreado. Ellos también habían descubierto que la arcilla con la que estaban hechos los ladrillos podía ser usada para otras cosas: tarros, cacharros, cacerolas y otras cosas eran moldeados de arcilla y así la cerámica llegó al ser humano.

Ahora, si hubieran caminado a lo largo de una calle en la ciudad de Babilonia, habrían visto hombres de pelo largo y tez marrón. Los hombres se dejaban crecer el pelo y la barba lo más largo posible. Sus cabellos eran enrulados y crespos. Y grasos para darles aspecto de brillante. Los hombres también llevaban puestos sombreros muy altos, largos mantos hasta los tobillos y un largo chal que cubría el brazo izquierdo. El otro extremo estaba sujeto debajo del brazo derecho, dejándolo libre.

Las mujeres tenían la misma clase de vestido pero ellas llevaban una tela sobre la cabeza que cubría sus caras, porque era considerado impropio para una mujer mostrar su cara afuera en la calle.

Y habrían mirado con admiración y maravillados a las elevadas torres de la ciudad de Babilonia. Eran de formas extrañas y no se parecían en absoluto a las torres de nuestros días. Se asemejaban a cajas colocadas una sobre la otra: la caja más grande estaba en la parte inferior, una menor colocada sobre ella y aún una más pequeña colocada encima, hasta que había siete cajas con la menor de todas en el tope. Estas poderosas torres eran

templos para los dioses de Babilonia y si le hubiesen preguntado a un hombre de Babilonia por qué construían sus templos tan altos les habrían contado la historia del bravo dios Marduk y el dragón Tiamat.

Una vez, en el comienzo de todas las cosas en el mundo, no había reglas ni orden ni ritmo. Había solo desorden, una mezcla de aire, de agua, fuego y tierra: había solo caos. Y el señor del caos era un dragón llamado Tiamat. Este dragón amaba el caos y el desorden y quería que el mundo quedara desarreglado y salvaje, sin ningunas condiciones, formas ni orden. Pero había también dioses buenos y ellos comenzaron a cantar. La armonía entre sus voces era tan maravillosa que el mundo entero sonaba con ellos. Y la armoniosa canción de los dioses comenzó a traer el orden entre los seres.

Las formas y arreglos correctos y el ritmo y belleza aparecieron en el mundo pero el poderoso dragón Tiamat odiaba lo que los dioses habían construido con su canto. El destruyó lo que habían hecho entre los seres y juró que él también destruiría a los mismísimos dioses para ponerle un fin a sus músicas. Y tan poderoso era el dragón que los dioses temblaron de miedo. Aún los dioses no tenían poderes mágicos tan grandes como los del dragón. Uno de estos dioses era el sabio Ea, dios del amanecer, y aunque él no era lo suficientemente fuerte para pelear contra el dragón, tenía un hijo: el joven dios Marduk.

Cuando los dioses se juntaron y hablaron sobre sus miedos de que Tiamat los destruyera, Marduk dio un paso adelante y dijo: "Yo pelearé con el dragón y acabaré con él" Y para demostrar a los otros dioses que él también tenía poderes mágicos, el joven Marduk tomó su túnica de sus hombros y le ordenó desaparecer; así sucedió. Entonces dio otra orden y el manto reapareció. Y Ea y los otros dioses lo alabaron como al más bravo y fuerte de todos ellos. Marduk se hizo una gran red y armado él mismo con arco y flecha y un garrote pronunció un hechizo mágico, y a su orden una aullante tormenta lo llevó por el aire hacia los dominios del dragón Tiamat, donde tenía su guarida.

El dragón estaba agachado fuera de la cueva. Su cuerpo escamoso brillaba y llamas titilaban de sus ojos y fosas nasales. Cuando el dragón vio a una enorme tormenta que se aproximaba llevando al joven Marduk, rugió conjuros mágicos terribles: eran hechizos que podían destruir a cualquiera que tuviera aun el más mínimo sentimiento de miedo. Pero Marduk no tenía miedo en absoluto. Su coraje era como un gran escudo y los conjuros del malvado Tiamat no pudieron romper a través de la fuerza de su coraje. Rápidamente, Marduk tiró su gran red sobre el cuerpo del dragón y cuando el monstruo gruñió y abrió su enorme quijada para desgarrar la red, Marduk ordenó al viento que se metiera dentro de la boca de Tiamat. Sopló el viento entonces por dentro del cuerpo del dragón

y cuando el monstruo se retorció con dolor y giró, Marduk levantó su poderoso garrote y destrozó la cabeza del dragón.

Mañana escucharán lo que esta batalla entre Marduk y Tiamat tuvo que ver con las altas torres de Babilonia.

Gilgamesh y Eabani **El hijo del dios Sol**

Luego de matar al dragón Tiamat, Marduk dividió su cuerpo en dos partes. De una parte, formó la bóveda azul del cielo y de la otra hizo la tierra firme. Todos los otros dioses se regocijaban y comenzaron a cantar otra vez. Pero los cantos de los dioses son mucho más poderosos que los cantos humanos; ellos tienen poderes mágicos, y como el coro de los dioses cantaba en armonía, las estrellas, la luna y el sol aparecieron en el cielo.

Una vez más había orden, armonía y ritmo en el mundo. El día y la noche fue heredado a los seres. Había primavera, verano, otoño e invierno. La regular salida y puesta del sol, la luna llena y la luna nueva y as brillantes constelaciones son un cuadro de la música del coro de los dioses que les daban existencia. Y los babilonios dijeron: Ve, la naturaleza misma obedece a las estrellas, al sol y la luna. La cosecha que crece en nuestros campos debe ser plantada en una cierta época de lo contrario no madurará nunca. Las ovejas tienen a sus corderos y los pájaros construyen nidos y depositan sus huevos en una determinada época del año. Todas las criaturas obedecen al gran orden del sol, la luna y las estrellas. Y porque nosotros, la gente de Babilonia, también quiere vivir en armonía y en orden con el ritmo de las luces celestiales construimos las grandes torres desde las cuales nuestros sacerdotes observan las estrellas.

Pero los sacerdotes no solamente nos dicen cuándo plantar nuestras semillas; cuando nace un niño, ellos pueden saber, por medio de las estrellas, si ese niño será un buen mercader o guerrero o campesino, y aun si será fuerte o débil, brillante o torpe. Nuestro rey no iría a la guerra hasta que sus sacerdotes no puedan saber si las estrellas están a su favor. Ni un mercader iría en un viaje de negocios, un doctor realizaría una operación o un capitán navegaría su barco hasta que los sacerdotes que entendían la música de las estrellas, les dijeran si las luces celestiales les eran favorables. Así que ya saben que estas poderosas torres de trescientos pies de alto eran construidas para observar y estudiar las estrellas.

Los sacerdotes de Babilonia fueron los primeros astrónomos y la primera gente que comenzó a medir el tiempo. Sabían que el año tiene 365 días,

que podía dividirse en 12 meses, trabajaban una semana o siete días y sabían que entre una luna llena y la otra habían pasado 28 días o cuatro semanas. Los sacerdotes también dividieron el día en 24 horas; cada hora en 60 minutos y cada minuto en 60 segundos. Pero no tenían la clase de reloj que usamos hoy en día.

Los babilonios inventaron formas simples para decir la hora; un ejemplo de esto es el reloj de sol, que muestra la hora por la sombra dada de un palo. También usaban relojes de agua: estos eran cuencos con un pequeño agujero a través del cual caía el agua gota a gota dentro de un pote inferior. Después de una hora, el pote superior estaba vacío. Y también tenían relojes de arena, donde exactamente en una hora la arena corría de una vasija superior a otra inferior.

Así, nuestros modernos relojes y la división del tiempo en años, meses, semana, horas, minutos y segundos se remontan a los sacerdotes de la antigua Babilonia. 6000 años atrás. Todo provenía de observar al sol, la luna y las estrellas procurando que aquí en la tierra se cumpliera el mismo orden que en los cielos.

Escucharon cómo los sacerdotes observaban las estrellas y cómo cuando nacía un pequeño niño, podían predecir su futuro. Normalmente, los padres escuchaban el consejo de los sacerdotes y planificaban la vida del niño para que estuviera en armonía con las estrellas. Pero a veces la gente ignoraba el consejo de los sacerdotes y los babilonios contaron una historia sobre un rey que trató de oponerse a las estrellas.

Este rey trató de prevenir algo que los sacerdotes dijeron que ocurriría. El rey era el gobernante de la ciudad de Erech. Un día el sacerdote le dijo que su hija tendría un niño, pero que este chico con el tiempo tomaría la vida del rey y su reinado. El rey era un hombre cruel y decidió que había una sola manera de evitar esto. Si su hija jamás se casaba, no podría tener un niño y su trono estaría a salvo. Así que ordenó que la pobre princesa fuera puesta en prisión en la parte superior de la torre más alta.

Durante mucho tiempo la princesa fue dejada sola en su celda, pero llegó un día en que el dios sol miró desde su trono en el cielo y vio a la hermosa princesa a través de una ventana en la torre. Él se enamoró de la doncella y cuando la luz del sol brilló dentro de su prisión, el dios Sol se transformó en un hermoso y joven hombre. Se hizo su esposo pero después de seis meses, el dios sol debía volver a su trono dorado en el cielo.

La princesa estuvo sola de nuevo pero ya no estaba triste porque estaba esperando un bebé. Al tiempo, un niño nació de ella. La princesa estaba muy contenta y llamó a su hijo Gilgamesh. Pero el rey de Erech comenzó a preguntarse cómo seguiría su hija. Trepó las escaleras hacia la prisión en lo alto de la torre, abrió la puerta con llave y entró. Cuando vio a su hija

cargando a un niño, su cara enrojeció de furia y odio. Le arrebató al niño de sus manos y lo arrojó por la ventana. En ese preciso momento, un gran águila descendió de los cielos, agarró al niño en el aire y partió volando con él. Un gran miedo se apoderó del rey, porque ahora sabía que la profecía del sacerdote se haría realidad.

Gilgamesh encuentra un amigo

El águila que había rescatado al niño voló lejos de la ciudad de Erek. El gran pájaro aterrizó en un jardín, pero puso al bebé cuidadosamente en el suelo y se alejó volando. Los campesinos propietarios del jardín encontraron al pequeño niño y como se trataba de un matrimonio sin hijos, se alegraron mucho y cuidaron al niño como si fuese de ellos. Pero la pareja pronto descubrió quién era esta criatura.

El rey de Erek envió a sus soldados a encontrar al niño que él había tirado por la ventana. Buscaron por todos los alrededores y les preguntaron a todos si es que habían visto al bebé de la princesa. Los campesinos fingieron y dijeron que era su niño propio, hijo natural de ambos, así el pequeño se salvó.

Cuando Gilgamesh fue suficientemente grande, sus padres adoptivos le contaron que él no era su hijo pero sí un hijo de sangre real. Cuando le contaron cómo su cruel abuelo guardó a su madre prisionera en una torre, el joven Gilgamesh juró que un día la liberaría.

Él era alto y fuerte, más fuerte que cualquier otro hombre y la gente podía sentir cuando se lo encontraba que él era algo más que un ser humano común y corriente. Él era hijo del dios Sol y tenía un cierto poder y majestuosidad que hacía que la gente lo mirara. Así, cuando él reunió a sus amigos campesinos, les dijo que iba a ir a pelear contra el rey de Erek. Ellos, gustosos, tomaron las armas y lo siguieron. Eran miles.

Gilgamesh condujo su ejército a la ciudad de Erek, la rodearon y la dejaron sitiada. Por tres años, la ciudad de Erek resistió mientras el rey y sus soldados peleaban contra el ejército de Gilgamesh. Pero al final, ya no había comida, los soldados se debilitaban y en las calles de Erek, hombres y mujeres lloraban de hambre. Entonces, Gilgamesh y sus hombres irrumpieron a través de los portones de la ciudad amurallada y la asaltaron.

El rey malo fue muerto por una flecha del arco de Gilgamesh y sus soldados bajaron las armas y lo vitorearon como nuevo rey de Erek. Con gran regocijo, Gilgamesh trepó las escaleras de la torre hacia la prisión de su madre y la puso en libertad. Y de esta forma, la profecía de los sacerdotes y todo lo que habían leído en las estrellas, tuvo que suceder.

Pero Gilgamesh no resultó un buen rey para la ciudad de Ere; él quería ser famoso y reconocido como un gran constructor. Él quería levantar paredes y torres de modo que a lo largo de cientos de años, la gente lo mirase con asombro y dijera: "Esto fue construido por el gran Gilgamesh".

Gilgamesh ordenó a todos los hombres que dejaran sus trabajos y se pusieran a hacer ladrillos, para construir grandes paredes nuevas y alta torres. Capataces despiadados caminaban con látigos en la mano y azotaban a los trabajadores si estos mostraban algún signo de debilidad. Grande era la pena e infelicidad en Ere bajo el gobierno severo de Gilgamesh y la gente comenzó a orar a los dioses por ayuda.

Un día, un hombre que había venido de las montañas, comenzó a vivir fuera de los muros de la ciudad. Nadie lo había visto antes. Era un hombre de gran estatura y tenía el cuerpo cubierto de pelo como un animal. Su barba se extendía hasta su cintura. Pero extrañamente, los animales salvajes se acercaban al hombre sin miedo. Los pájaros volaban a su mano si él los llamaba, los leones venían a él como perros y le obedecían y aún los ciervos salvajes se echaban a su lado. Durante un tiempo, este hombre salvaje que se llamaba Eabani, vagaba por la campiña afuera de la ciudad de Ere.

Gilgamesh, el rey, nunca había encontrado a alguien que fuese igual a él en fortaleza, y cuando escuchó sobre el enorme Eabani, quiso conocerlo. Con gran curiosidad, salió por las puertas de la ciudad y se encontró con el hombre salvaje. Gilgamesh lo desafió y le dijo: "Veamos quién es más fuerte. Si ganas, podrías ser el rey de Ere". Eabani aceptó el reto y los dos hombres comenzaron a luchar. Forzaban cada músculo de su cuerpo y se lanzaban y tiraban con todas sus fuerzas. Por todo un día y toda una noche, forcejearon uno contra el otro. Cuando llegó la mañana, ambos estaban exhaustos y sabían que ninguno podía vencer al otro.

Entonces, Gilgamesh dijo: "Ahora he encontrado un hombre que es tan fuerte como yo. Sé mi amigo, Eabani, y comparte conmigo el poder que tengo como rey de Ere." Desde ese día en adelante, Gilgamesh y Eabani fueron como hermanos y gobernaron la ciudad juntos. Pero Eabani, que parecía salvaje, era tan gentil que los animales venían a él como amigos. Gracias a su comportamiento, muchas cosas cambiaron. A través de su amigo Eabani, Gilgamesh se volvió más amable y gentil y dejó de obligar a la gente a trabajar como esclavos.

En el territorio que los dos amigos gobernaban, había un gran bosque, donde vivía un terrible monstruo llamado Khumbaba. Nadie jamás entró al bosque por miedo a encontrarse al monstruo que tenía la cabeza de cocodrilo, el cuerpo de una gran serpiente, garras como un león y su

aliento como fuego. Pero los dos amigos pensaron que si iban juntos, podían ser suficientemente fuertes para derrotar a Khumbaba.

Así fue que Gilgamesh y Eabani al tenebroso bosque donde no cantaban los pájaros y ningún animal era visto o escuchado. Entonces, vieron una cueva y un largo hocico que se asomaba. Sobre el hocico, dos ojos brillaban en dirección a ellos. De repente, el monstruo entero se dejó ver y los atacó con las fauces abiertas.

Cuando el monstruo levantó sus garras para golpear a Gilgamesh, Eabani le asestó un terrible golpe en la espalda con su garrote. Khumbaba dio un horrible grito y giró hacia Eabani, pero Gilgamesh lo golpeó fuerte en la cabeza con su garrote. Salvaje de furia, el monstruo giró nuevamente para atacar a Gilgamesh. Eabani volvió a golpearlo y el golpe rompió su columna vertebral. Cuando la boca de Khumbaba intentaba morder a Eabani, este rápidamente saltó y Gilgamesh bajó su garrote con tanta fuerza que rompió en pedazos la cabeza del monstruo.

Así fue que los dos amigos hicieron juntos lo que un solo hombre no hubiera podido jamás. Habían matado al famoso y malvado monstruo Khumbaba.

La maldición de la diosa Ishtar

La historia de Eabani y Gilgamesh que han estado escuchando es quizás la primera historia escrita en la historia de la humanidad. Pero no fue escrita en papel, en pergaminos o en libros. Los antiguos babilonios no tenían libro ni papel porque aún no habían sido inventados. Así veamos cómo aparecieron las primeras escrituras.

Recuerdan cómo Ea, dios de la sabiduría, le había enseñado a la gente a usar la tierra que traían los ríos Éufrates y Tigris de las montañas. De esta arcilla, los babilonios hicieron ladrillos para sus construcciones. Pero había algo más que Ea les enseñó. Les mostró cómo hacer lozas rectangulares con la arcilla que llamaron tablas. Entonces, enseñó a la gente a tallar signos sobre las tablas, que fueron las primeras letras escritas. Claro que estas letras no se parecían en absoluto a las que usamos nosotros actualmente, y que escribimos con lapiceras y tinta. Los babilonios solo usaban un pequeño palo de punta cuadrada con el que escribían. Cuando una tabla estaba escrita completamente, era tratada de la misma manera que los ladrillos: se secaba al sol o se cocinaba en un horno, y quedaba tan dura como una piedra. Así, un libro en la antigua Babilonia era una colección de tablas grabadas. Tener una biblioteca equivalía a tener pilas y pilas de tablas. Hoy en día, un libro hecho de tablas de arcilla parecería muy poco delicado. Sin embargo, duraría mucho más tiempo que nuestros libros de papel, es por eso que, después de 6000 años, algunas escrituras babilónicas aún existen. Hoy nosotros conocemos la historia de Gilgamesh

y Eabani gracias a que fue escrita y preservada en tablas duras. Les tomó muchos años de trabajo a los investigadores descubrir qué significaban esas antiguas escrituras. El nombre correcto de este tipo de escritura es escritura cuneiforme y en el museo británico en Londres hay cientos de estas tablas inscriptas con las historias y misterios de la Babilonia antigua.

La historia de Gilgamesh y Eabani continúa de esta manera. Luego de que los dos amigos habían matado al monstruo Khumbaba, retornaron triunfantes a la ciudad de Erek y se celebró una gran fiesta. Gilgamesh se vistió con ropas reales y todos saludaban a Eabani y a él por su gran proeza.

Ahora bien, entre los dioses de Babilonia, había una diosa cuyo nombre era Ishtar. Ella era la diosa de la belleza y del amor, y muy a menudo ella se enamoraba de hombres hermosos y jóvenes. Tomaba forma humana y se aparecía ante el hombre elegido como una hermosa mujer. Después de un corto tiempo, Ishtar se cansaba de ese hombre y lo abandonaba por otro, también joven y bien parecido.

Cuando Ishtar vio a Gilgamesh en su regio esplendor, se enamoró de él. Apenas terminó la celebración, ella se transformó en una mujer mucho más hermosa que cualquier otra mujer y le dijo: "Sé mi novio, Gilgamesh, y yo te daré victorias en todas tus guerras. Haré que la manada de tu ganado se incremente por cientos y serás rico y poderoso sobre todos los hombres."

Pero Gilgamesh sabía que Ishtar era una diosa muy inconstante que nunca sería fiel a ningún hombre, y le dijo: "Sé sobre los hombres que has amado antes y los has abandonado a todos. Yo no quiero tener nada que ver contigo". Ishtar se le declaró pero él la rechazó. Al final, Gilgamesh se puso grosero y le dijo que era una descarada, y que nada en el mundo le haría seguirla.

Nunca antes la diosa había sido despreciada por un hombre. Hirviendo de furia, ella se retiró sedienta de venganza. Había una cosa que Ishtar tenía que tener en cuenta: Gilgamesh era hijo del dios Sol y es por eso que no pudo tratarlo a él como hubiera querido. Sin embargo, podía hacerle daño de otra manera. Podía hacer que los ciudadanos de Erek sufrieran. Y esto hizo, mandando a un enorme toro negro desde las montañas, que pisoteó los campos y destrozó las cosechas. Los campesinos estaban aterrorizados y huían de sus trabajos.

Cuando Gilgamesh escuchó sobre el toro salvaje, partió hacia los campos donde estaba arrasando todo. El animal bajó los cuernos y embistió a Gilgamesh para cornearlo, pero en el último instante, él dio un salto al costado y clavó su espada en la nuca del toro. La gran bestia cayó muerta.

Eabani había ido también a ayudar y ahora los dos amigos ataron ropas de los cuernos del animal y comenzaron a arrastrar el cuerpo muerto hacia la ciudad. Cuando estaban cerca de llegar, vieron a Ishtar parada sobre las paredes que rodeaban la ciudad. La diosa estaba muy enojada al ver que habían matado al toro y entonces maldijo a Gilgamesh en voz alta. Su maldición no tenía poder sobre el hijo del dios Sol y Gilgamesh se rió de ella.

Pero a Eabani no le gustó que Ishtar maldijera a su amigo, por lo que cortó un pedazo del toro muerto con su espada, lo arrojó al suelo y le dijo a Ishtar: "Esto es lo que haré contigo si no te quedas callada".

La diosa de la belleza lo miró desde arriba de la pared y dijo un poderoso hechizo que llevaba la maldición de la muerte. Entonces, ella desapareció. En ese momento, Eabani cayó enfermo. Todos los médicos y sacerdotes intentaron sanarlo pero no pudieron y al cabo de doce días, murió.

Gilgamesh tenía destrozado el corazón por la pérdida de su amigo y comenzó a pensar que él también moriría algún día. Se preguntaba si había una salida, si un ser humano podía escapar de la muerte y vivir por siempre en la tierra. Se dirigió a preguntarles a los sacerdotes y por medio de ellos supo que había un hombre que conocía el secreto de la vida sin muerte.

La planta de la vida

Escucharon cómo la historia de Gilgamesh fue escrita sobre tablas de arcilla por los sacerdotes de Babilonia. Estos hombres podían leer las estrellas y predecir el futuro. E inventaron la medición del tiempo que usamos actualmente. Pero también tenían otras sabidurías; cuando Gilgamesh les preguntó si todos los hombres debían morir, ellos le contestaron: en una isla lejos de aquí, vive un hombre que es tu tatarabuelo. Su nombre es Ut-Naphistim y nació en Atlántida, antes de que se hundiera bajo el mar. Si lo encuentras, podrás encontrar también el secreto de la vida sin fin.

Cuando Gilgamesh escuchó esto, dejó su reinado de la ciudad de Erech y partió solo a un viaje hacia la isla de su ancestro Ut-Naphistim. Terribles fueron las aventuras que vivió a lo largo de su viaje. Llegó a una montaña tan alta que alcanzaba el cielo, con valles que descendían tan profundamente que él no podía ver dónde comenzaban. Entonces, vio una abertura en el lado de la montaña, custodiada por dos extrañas criaturas. La parte superior de sus cuerpos (cabeza, brazos y pechos) eran de hombres pero de la cintura hacia abajo, eran escorpiones. Eran tan altos como torres, y cuando Gilgamesh los vio, aun él que nunca tenía miedo,

se acobardó. Pero los dos hombres escorpiones no le hicieron daño, y después de que él se tranquilizó, le preguntaron por qué había venido.

Cuando Gilgamesh les dijo que estaba buscando la isla de Ut- Naphistim, ellos le dijeron: "El camino es a través de esta montaña, pero debemos prevenirte que no sigas con tu viaje. Es el destino del hombre morir." Pero Gilgamesh insistió: "Debo encontrar el secreto de la vida eterna". Entonces los monstruos le permitieron entrar a la cueva, que era como un gran túnel a través de la montaña.

Gilgamesh caminó a lo largo del túnel que se volvía cada vez más oscuro, hasta que se encontró en la más completa oscuridad. Él siguió y siguió caminando sin un solo haz de luz por 24 horas. Ya estaba cerca de la desesperación y pensó que nunca más vería la luz del sol, pero en ese momento empezó a hacerse más claro. Se apresuró cansado como estaba y de pronto hubo luz de día.

Cuando Gilgamesh llegó al final del túnel, un jardín apareció ante él. Era un jardín como ningún hombre había visto antes. Los árboles tenían joyas brillantes en vez de frutas: rojos rubíes, verdes esmeraldas y azules zafiros.

Pero Gilgamesh no se quedó en el jardín de maravillas; pasó rápidamente de largo y llegó pronto a la orilla de un gran mar. Después una larga búsqueda en la playa, encontró a un barquero con su bote. El barquero se negó a llevarlo hasta la isla donde vivía su tatarabuelo. Entonces Gilgamesh tomó un hacha y empezó a golpear el bote del hombre, de manera que el barquero accedió y empezó a remar rápidamente hasta el otro lado del mar.

Cuando se aproximaban a la isla, Gilgamesh pudo ver a un hombre alto con larga barba y cabellos blancos como la nieve, cayendo sobre sus hombros, que estaba parado en la orilla. Era Ut- Naphistim. Junto a él estaba su mujer que también tenía el cabello blanco. Ambos eran fuertes y estaban llenos de vigor, aunque tenían varios cientos de años.

Ut- Naphistim le dio la bienvenida a Gilgamesh y le contó cómo los dioses habían destruido a la antigua Atlántida en una gran inundación. Pero Ea, dios de la sabiduría, había prevenido a Ut- Naphistim, y le había dicho que construyera un barco para salvarse junto a su familia. Después de que la lluvia y los terremotos pasaron, Ea les dio el secreto de la vida eterna. Pero también les previno de que no debían pasarlo a sus hijos ni a ninguna otra persona.

Gilgamesh suplicó tanto que al final, el anciano le dijo: "Yo te daré el secreto si tú te mantienes despierto por seis días y siete noches". Gilgamesh dijo "Yo lo haré". Pero él estaba tan cansado y exhausto de la

larga jornada que en poco tiempo se quedó dormido. Cuando despertó, otra vez suplicó a Ut- Naphistim que le diera el secreto de la vida eterna. La esposa del anciano estaba tan conmovida que persuadió al hombre. Pero este dijo: "Yo te daré el secreto pero no te hará nada bien, ya que es el destino del hombre morir en la tierra."

Entonces, continuó: "Hay un lago profundo en la isla. Bucea hacia el fondo y allí encontrarás una planta verde creciendo bajo el agua. Esa es la planta de la Vida, y quien la tenga se mantendrá sano y fuerte y nunca morirá. Pero debo advertirte de algo: en tu regreso a la ciudad de Erek, no deberás dormirte. Si te duermes antes de llegar, la planta de la Vida se perderá por siempre."

Gilgamesh fue hasta el lago y se sumergió en el agua. Encontró la planta verde y la llevó consigo. Les agradeció a Ut- Naphistim y a su esposa. El barquero remó nuevamente junto a él y pasaron a través de la oscura cueva, pero no vieron a los hombres escorpión. Y durante todo ese tiempo, Gilgamesh permaneció despierto.

Cuando estaban cerca de Erek, Gilgamesh envió al barquero a que se adelantara y avisara a las personas, así podían preparar una gran bienvenida para su rey. Era un día caluroso y Gilgamesh se sentó frente a un arroyo para un corto descanso. Como estaba muy sediento, se inclinó para beber pero cuando hizo esto, lo invadió el sueño. Mientras Gilgamesh dormía, una serpiente se apareció y se llevó la planta de la vida. Cuando despertó, Gilgamesh lloró su pérdida con amargas lágrimas, sabía que no encontraría otra planta igual, y supo que moriría al igual que todos los hombres en la tierra. Sin embargo, había un pensamiento que le daba esperanza y fortaleza, y era que cuando muriese, volvería a encontrarse con su amigo Eabani.

Y esta es la extraña historia escrita en letra cuneiforme, escrita sobre tablas de arcilla por los sabios sacerdotes de Babilonia.

MISTERIOS DE EGIPTO

El regalo del Nilo

Si comparamos las tres antiguas tierras de India, Persia y Babilonia, podremos ver cómo los seres humanos lentamente aprendieron a sentir más y más a la tierra como su hogar.

Al principio, en la India, las personas no les daban importancia a la vida en la tierra; ellos siempre miraban hacia adelante en el tiempo, cuando murieran y dejaran atrás esta tierra.

Más tarde, en Persia, los hombres se hicieron granjeros y campesinos. Empezaban a gustar de la vida en la tierra pero aun miraban hacia adelante deseando ir al Reino de la Luz, después de la muerte.

Aún más tarde, en Babilonia, la gente habitaba más sus casas. Construyeron ciudades, observaban las estrellas, medían el tiempo. Pero cuando más a gusto estaban en la tierra, menos deseaban abandonarla. Escucharon cómo Gilgamesh luchó con todas sus fuerzas para encontrar el secreto de la vida eterna.

Pero ahora nos introduciremos en otro país donde a la gente le gustaba cada vez más vivir en la tierra. Este país se llama Egipto. Y es, sobre todo, un país sin lluvia. Desde el principio del año, hay quizás diez días nublados y otros cuatro o cinco días en que cae una leve llovizna. En todo el resto del año, el cielo es claro y azul. Es un calor quemante en verano y muy cálido en invierno.

Ahora bien, ustedes saben que donde no llueve y hace calor, las plantas no pueden crecer. Y si nada crece, los seres humanos no pueden habitar allí.

Sin embargo, Egipto no es un desierto sin plantas, animales o gente. Y esto se debe al río Nilo. El Nilo nace bastante lejos de Egipto, a unos 1400 metros, en unas montañas muy altas cubiertas de nieve. Después de un largo viaje, sus aguas fluyen a través del país hasta llegar al mar. Pero eso por sí mismo no sería de mucha ayuda. Durante once meses del año, las aguas del Nilo fluyen lentamente a través de las calientes y polvorientas llanuras que se extienden a cada lado de su cauce.

Pero cada año hacia finales de agosto, algo extraordinario ocurre: el río se vuelve veloz y se agita, y comienza a circular más y más rápido. El agua se vuelve roja y luego verde. El río se eleva hasta 24 pies de alto, cuatro veces la altura de un hombre. Entonces, desbordan sus límites y fluye por el país, inundando la tierra. Todo el valle por donde fluye el Nilo se transforma en un vasto lago. Pero los poblados a su alrededor se elevan sobre el agua como islas, que han sido construidas por el hombre.

Ahora bien, ¿qué es lo que hace que el Nilo se eleve? En agosto, sobre las montañas donde el Nilo se origina, caen lluvias muy fuertes. Un vasto montón de lodo y tierra es arrastrado por el agua que vuelve al río rojo y verde.

Después de unas semanas, la lluvia para y el fluir se calma. El Río vuelve a su viejo cauce y corre tranquilo por los siguientes once meses, pero deja atrás toda la tierra y el barro que trajo de las montañas. Sobre esta gruesa capa de tierra rica, la gente de Egipto siembra sus cultivos cada

año y el cálido sol se ocupa del resto. Las cosas crecen rápidamente y al cabo de cuatro meses, ellos ya pueden cosechar. Cada año, una nueva capa de fresca tierra baja del río Nilo y ellos no tienen que preocuparse de usar fertilizantes.

A pesar de ser un país con muy pocas lluvias, muchos cultivos crecen en Egipto. Y ustedes pueden darse cuenta por qué es llamado "un regalo del río Nilo". Sin este río, Egipto sería un desierto vacío y desnudo.

Así como Babilonia era el país de los dos ríos, Egipto es el país de un río: el Nilo. En sus orillas, magníficos palacios y templos fueron construidos. Aun hoy, después de 5000 años, gente de todas partes del mundo va a conocer los grandes trabajos de los antiguos egipcios, y lo ven con asombro y admiración.

Más adelante escucharán algo sobre estas cosas: las pirámides, los tesoros de los reyes y los cuerpos preservados de los muertos (momias).

Pero primero, escucharán la historia de cómo todo comenzó, según los antiguos egipcios.

Los egipcios tenían muchos dioses, pero el más elevado, aquel al que adoraban por encima de todos los otros, era el dios Sol. Y el espíritu que guía al sol a través del cielo era el dios Ra. La gente de Egipto también decía que había sido Ra quien hizo el Nilo, apoyando su brazo y su mano sobre el país; cuando los levantó, dejó una profunda huella, que es el lecho del río. Si miran un mapa de Egipto, verán que el curso del río se parece a un largo brazo. Antes de que el río llegue al mar, se abre en varias ramas como dedos de una mano.

Ahora bien, el dios Ra deseaba que la gente de Egipto fuera enseñada en el correcto camino de la vida, incluyendo el uso de la tierra que el Nilo les daba cada año.

Así, un día, él llamó a otros dos dioses: el dios Osiris y su esposa Isis. Y les dijo que debían vivir como seres humanos en la tierra para enseñarle a la gente todo lo que necesitaban aprender.

Isis y Osiris. Música como un mágico encanto

En los comienzos del antiguo Egipto, la gente aún vivía en pequeñas tribus que deambulaban de aquí para allá cazando animales salvajes. A veces, había desacuerdos entre las tribus que conducían a guerras entre ellos. Pero recuerdan que Ra había pedido al dios Osiris y a la diosa Isis que tomaran forma humana y vivieran en la tierra.

Un día, dos viajeros, un hombre y una mujer, ambos altos y majestuosos, se aparecieron ante estas tribus. Ellos hicieron algo que nadie había visto antes. El hombre tocó un pedazo de caña de bambú hueca que tenía agujeros y la mujer cantó. Por primera vez, se oyó el sonido de la música en la tierra. Era una música maravillosa ya que fue hecha por dos seres divinos: Osiris e Iris. Esta gente escuchaba con asombro y admiración. Osiris no llevaba armas, pero nadie habría levantado una mano contra los extraños porque su música era como un encanto mágico. Entonces, ambos dioses les hablaron. La gente escuchaba entusiasmada porque los extranjeros parecían saber mucho. Hablaron con tal sabiduría que aquellas personas se dieron cuenta de que no se trataba de gente común, y con el tiempo una tribu tras otra comenzó a pedir a Osiris e Isis que fueran sus reyes. Así fue como ellos gobernaron a todas esas tribus que hacía poco tiempo habían estado en guerra unas contra otras. Una nueva forma de vida comenzaba.

La gente construía casas con lodo y ladrillos, pero las hacían en lo alto de pequeñas lomas para que el pueblo no se inundase cuando creciera el Nilo. Osiris les mostró no solamente cómo sembrar el trigo y la cebada para sus comidas, sino también cómo cultivar el lino. Y a su vez, les enseñó cómo el lino podía ser hilado y tejido para hacer ropas. Como Egipto es un país caluroso, la gente no precisaba ropas abrigadas, de modo que los hombres vestían una falda de lino y las mujeres llevaban un vestido apretado también hecho de lino blanco.

Pero eso no fue todo lo que Osiris les enseñó. También les mostró cómo podían cavar canales desde el río hasta sus campos. Cuando la inundación pasaba y el Nilo volvía a su cauce, el agua fluía por los canales hasta sus campos. Usando baldes, la gente podía regar las plantas, que de otra forma habrían muerto por el calor del sol.

Ahora bien, los egipcios no solo aprendieron de comida y vestimenta con el rey Osiris. Recuerdan que el Nilo se bifurca en varias ramas, como dedos de una mano, antes de llegar al mar. La tierra entre estos "dedos" era muy pantanosa, por lo cual no servía para que crecieran las cosechas. Pero sin embargo, había unas plantas que crecían muy bien en este suelo: eran llamadas cañas o "papiros". Estas cañas eran poco usadas hasta que Osiris les mostró a las personas qué podían hacer con ella, si cortaban sus tallos y secaban la parte exterior. Por dentro, había una piel más fina, que había que remover. Eran largas fajas o tiras blancas, que se colocaban sobre una tabla de madera, una sobre la otra de forma cruzada. Se mojaban con agua y luego se golpeaban con una madera chata hasta que se formaba una blanca pasta o pulpa. Cuando esta se secaba, quedaba como una hoja de papel.

Después de enseñarles cómo hacer el papel, Osiris también les mostró cómo podían escribir en él. Hizo tinta mezclando hollín con un poco de

pegamento llamado "goma arábica", de modo que podía quedar adherida al papel. Y él escribió con una caña punteada. Pero la escritura que Osiris les mostró a los egipcios no era como la nuestra ni como la escritura cuneiforme de los babilonios.

El rey Osiris les enseñó a escribir en figuras llamadas jeroglíficos. Esta escritura con dibujos era una forma lenta de comunicación, pero así fue que la escritura comenzó a realizarse en papel. Piensen cuánto tiempo les costaría escribir una página de sus cuadernos con jeroglíficos. Así era como la gente escribía en el antiguo Egipto, por medio de figuras, y cada figura era la primera letra de una palabra. Por ejemplo, la palabra para nombrar "boca" era Re y la palabra para "padre" era At.

Cuando los egipcios querían escribir el nombre del dios Ra, dibujaban una boca y para la palabra padre, hacían otro dibujo. Re y At significan Ra, pero para estar seguros de que se entendiera que era el nombre del dios Sol, hacían un signo especial.

Esta escritura de signos, fue enseñada por Osiris, que era realmente un dios y era tratado como algo sagrado. La palabra "jeroglífico" (hiero-glífico) actualmente significa "escritura santa".

En los principios de Egipto, sólo se usaba para cosas santas o muy importantes, como plegarias o historias de las leyes de los dioses. Osiris e Isis trajeron bendiciones a la gente de Egipto. Había leyes justas y limpias. Había paz y la gente estaba feliz con el gobierno del sabio rey y de su mujer, la reina.

Pero siempre hay poderes malvados que pelean a los dioses y a la felicidad donde sea que la encuentren. Y así fue, después de que Osiris e Isis reinaron por muchos años.

Un féretro para el Rey

Han escuchado sobre la bendición que Osiris e Isis trajeron al pueblo de Egipto. La forma primitiva de vida cambió después de que escucharon la música que tocaban los dioses. Aprendieron a usar el suelo fértil del Nilo para producir alimento y a tejer hermosa ropa de blanco lino. Construyeron pueblos sobre montículos y cavaron canales para regar sus cosechas. También hicieron papel y escribieron en él con escrituras en figuras (jeroglíficos), para las cosas sagradas.

Ahora bien, ocurrió que Osiris tenía un hermano malvado llamado Set, quien también era un dios. Set envidiaba a Osiris por su sabiduría y lo odiaba por su bondad. Su único deseo era dañar a Osiris, así que tomó la

forma humana para jugar y destruir el buen trabajo hecho por su hermano.

Se hizo rey y gobernó sobre las tribus negras africanas. Pero Set hizo a su gente salvaje y cruel, y muchas veces guió a sus fieros guerreros contra Egipto. Ellos quemaban las cosechas y asesinaban a muchas personas, pero cada vez el ejército de Osiris llegaba y echaba a los invasores. Entonces Set supo que podía hacer muy poco por la fuerza y pensó una forma de derrotar a su hermano con astucia.

Un día, mandó un mensajero a Osiris para decirle: "¿No somos hermanos? Vivamos en paz y camaradería a partir de ahora. Tengamos un gran banquete, bebamos y comamos juntos para celebrar el fin de toda enemistad". Osiris, por su parte, creyó en su hermano y lo invitó al palacio par un gran festejo para terminar así con la guerra. Así fue que Set se presentó, acompañado por 72 de sus negros guerreros, y Osiris lo recibió con amor.

Isis, la reina, no confiaba en Set, y le dijo a Osiris: "Tu hermano es traicionero, si dice cosas amables es seguro que hay un propósito malvado tras ello. Por favor, no tomes parte de este banquete." Pero Osiris respondió: "Él es mi hermano y ha aprendido finalmente que la paz es mejor que la guerra. Yo estoy muy feliz de que haya cambiado. Seguramente, sería errado de mi parte no celebrar esta ocasión con él."

Llegó la noche y comenzó el banquete en el gran salón del palacio. La reina Isis se fue a descansar a su habitación, ella no se reuniría a la fiesta donde tomará parte el malvado Set. Pero el sueño no venía ya que su corazón estaba cargado de ansiedad y temor por su esposo. Mientras tanto el banquete había sido servido. Plato tras plato de diferentes comidas llegaban y hermosas doncellas llenaban las copas a los cortesanos y guerreros con vinos centellantes. Todos juntos brindaban por Osiris y Set, que estaban sentados uno cerca del otro.

Hacia el final de la fiesta, Set dijo: "Los artesanos de Egipto son famosos por su habilidad pero he traído algo de los países extranjeros que ningún artesano egipcio podrá igualar. Él se fue a una esquina del salón en donde sus hombres habían colocado algo amplio que estaba cubierto con una tela. Él sacó la tela y todos dieron un grito de asombro. Lo que ellos vieron fue un hermoso cofre tallado en madera con un diseño de oro incrustado y joyas resplandecientes. La gran caja brillaba ante la luz de las velas y era exquisita de contemplar. Cuando toda la gente del salón había admirado el cofre, Set dijo: "Como todos ven, el cofre es tan largo que un hombre puede fácilmente echarse en él. Ahora, para celebrar esta fiesta de paz y amor entre mi hermano Osiris y yo, le daré este hermoso cofre como regalo a la persona que califique como el mejor. Toda la compañía vitoreó cuando escucharon esto y un hombre tras otro trepaba

adentro para ver cómo se sentía estar acostado en él. Pero muchos de esos hombres eran muy bajos y sus pies no tocaban el extremo. Y a quienes eran suficientemente grandes, les resultaba muy estrecho. Todos habían probado, excepto Osiris. "Ahora es su turno, querido hermano", dijo Set con una astuta sonrisa. Osiris se levantó de su asiento y se echó en el cofre. Él cabía perfectamente, como si hubiera estado hecho a su medida; pero tan pronto su hermano estuvo en el cofre, Set dio un fuerte grito de triunfo y cerró de golpe la tapa. Bajó los cerrojos que sujetaban la tapa y algunos de sus seguidores trajeron martillos y clavos para asegurarse de que Osiris no pudiera escapar. Mientras tanto, los guerreros de Set que habían quedado sacaron las armas que llevaban escondidas bajo la ropa y atacaron a la corte del rey Osiris. Ellos fueron tomados completamente por sorpresa y en pocos momentos todos habían sido asesinados.

Entonces Set gritó: "¡Hacia el río con el cofre!" Sus hombres rápidamente levantaron la caja, la cargaron hacia el Nilo y la tiraron en él. En ese momento, una gran llama de luz salió del cofre. Duró solo un momento. Entonces se fue y la caja fue arrastrada lejos por la rápida corriente del río.

La reina Isis había caído en un sueño intermitente, obsesionada por terribles sueños. Con un temblor se despertó pero no pudo escuchar ningún sonido del salón del banquete. Entonces, oyó voces que venían de afuera, en dirección al río. Se acercó a la ventana justo para ver el momento en que Set y sus hombres arrojaban al cofre al río. Cuando la reina vio las llamas de luz que brillaron en ese momento, supo que el divino espíritu de Osiris había dejado su cuerpo. Isis se dio cuenta de que el cofre era un féretro con el cuerpo muerto de su esposo Osiris adentro. Y supo también que en cualquier momento Set y sus hombres vendrían por ella. Rápidamente, Isis pronunció las extrañas palabras de un hechizo. Aún estaba hablando cuando los salvajes guerreros de Set volvían del río e irrumpían en el palacio. Pero cuando se apresuraron a su cuarto, no vieron a ninguna reina: todo lo que encontraron fue una golondrina que levantó vuelo y voló afuera a través de la ventana abierta, desapareciendo en la oscuridad.

Esa misma noche, los negros guerreros de Set se esparcieron por todos lados en Egipto. Sin un rey ni reina que los guíe, los egipcios no tenían corazón para resistir y el traicionero y malvado Set se hizo señor y rey de Egipto. E Isis, la pobre Isis, fue en busca del cuerpo de su esposo.

En la búsqueda de Osiris

Recuerdan cómo Set, con engaños a su hermano Osiris, lo hizo entrar a un cofre tallado en madera que se convirtió en su propio ataúd. El río Nilo

llevó la caja muy lejos y la reina Isis, que había escapado de los guerreros y de Set, fue en búsqueda del cuerpo de su esposo.

Durante muchas semanas, el cofre flotó sobre las olas del Nilo. Pero el cuerpo no se descompuso como hacen todos los cuerpos mortales, sino que permaneció como si siempre hubiera sido el momento de su muerte. Ahora, ustedes pueden ver que luego de miles de años de que todo había pasado, la gente de Egipto recuerda a gran y buen rey Osiris.

Cada egipcio deseaba, cuando muriese, ser enterrado en un féretro como el del rey Osiris y que sus cuerpos no sufrieran cambios luego de muertos, así como le sucedió a Osiris. Pero como sabemos, los cuerpos de los seres humanos normales sufren transformaciones después de la muerte, se descomponen y después de un tiempo se hacen polvo. Así los egipcios inventaron una forma especial de tratar los cuerpos muertos, preservándolos o embalsamándolos. Era un tratamiento complicado. Había gente especialmente entrenada que sabía cómo embalsamar. Sabían que la mirra y la acacia, que eran especias, podían preservar el cuerpo. Después de embalsamados, los cuerpos eran dejados por 70 días en otras sustancias, para luego ser envueltos en cientos de metros de vendajes de lino y colocados en un cofre de madera. El cofre era de una forma similar al cuerpo, de manera que pudiese encajar lo más posible.

Cuando un rey moría, el féretro era incrustado con oro y joyas, pero los féretros de gente más pobre eran cubiertos con pinturas o jeroglíficos. Y donde estaba la cabeza del cadáver, el cofre o féretro era tallado con la forma de la cara. Pero los féretros de los reyes no eran enterrados, sino que se colocaban en grandes tumbas o casas de los muertos. En las paredes de estas tumbas que a veces eran cuevas o estaban a un lado de las montañas, pinturas o esculturas mostraban lo que la persona había hecho en vida. Estos cuadros pintados mostrarían al hombre peleando en batallas, cazando leones, supervisando el trabajo en los campos o festejando. Muy a menudo, los más preciados tesoros de un rey tales como joyas o vasijas de oro, también eran enterrados en la tumba junto a él. Y esa es una de las razones de por qué conocemos una gran cantidad de cosas acerca de la vida de los antiguos egipcios. Pero también pueden verse muchos ejemplos de momias en muchos museos, gracias a las personas que los embalsamaban. Por supuesto, no hay demasiados cambios, salvo que la piel se volvía negra y se pueden ver los huesos bajo la piel; pero aun ahora, 5000 años después, uno puede ver cómo lucían estas personas.

Ahora bien, escucharon cómo la reina Isis partió para encontrar el féretro de su esposo. Larga y fatigosa fue su búsqueda por el rápido fluir de la corriente del Nilo que había llevado al féretro hacia el mar. Finalmente, en un país lejano llamado Fenicia, cerca de la ciudad de Babilonia, el féretro quedó en la orilla. Era una noche tormentosa cuando esto ocurrió, y olas

tan grandes como casas golpeaban sobre la costa. Una ola alta arrojó al cofre sobre unas ramas de un árbol que estaba cerca de la orilla del mar de Byblos. Por unos días descansó sobre las ramas del árbol pero debido a su peso, se deslizó dentro del tronco hueco.

Días más tarde, el rey de la ciudad de Byblos caminaba a lo largo de la orilla cerca del árbol. Y les dijo a los hombres que estaban con él: "Necesito un nuevo pilar de madera para sostener el techo de un palacio; aquél árbol estará bien para eso, córtelo y llévenlo al palacio". Los hombres así lo hicieron y nadie notó que había algo dentro del grueso tronco hueco, y así el cofre dentro del tronco se convirtió en un pilar que ayudó a sostener el techo del palacio del rey de Byblos, en Fenicia.

Tan pronto después de llegada la reina Isis, fatigada y exhausta en la ciudad de Byblos, soñó una noche que veía a un pilar de madera y dentro de ese pilar se encontraba el féretro con el cuerpo de su esposo, Osiris. Al día siguiente, pasó por el palacio y vio el mismo pilar que había visto en sueños. Sin embargo, no sabía cómo iba a poder obtener ese tronco que estaba siendo usado para soportar el techo del palacio.

Pero ocurría en ese momento que el joven rey de Byblos había caído enfermo y ninguno de los doctores podía curarlo. Día tras día se consumía y sus padres, el rey y la reina, estaban desesperados. Cuando Isis escuchó a la gente en las calles hablar sobre la enfermedad del niño, supo lo que tenía que hacer. Fue hasta el palacio, se presentó ante el rey y se ofreció a curar a su hijo. El rey de Byblos le dijo: "Si puedes curar a mi hijo, podrás tener todo el oro de mis tesoros, aun mi corona de oro o cualquier cosa que desees". Entonces, Isis caminó hasta la habitación donde el pequeño niño estaba acostado en un catre. Su cara estaba arrebatada e fiebre y sus ojos estaban cerrados. Cuando la diosa colocó sus cálidas manos sobre la cabeza del niño, la cara del pequeño volvió a su color saludable y él abrió los ojos y le sonrió. Al día siguiente, ya estaba levantado y corriendo por allí con sus compañeros como si nunca hubiera estado enfermo.

El rey estaba rebosante de alegría pero se sorprendió cuando Isis le pidió el pilar de madera como recompensa, en lugar del oro o los tesoros. Entonces, Isis le reveló al rey quién era ella y por qué lo quería. Cuando escuchó su historia, el rey dio inmediatamente la orden de quitar el pilar y colocar otro en su lugar. El féretro que aún estaba dentro le fue entregado a Isis y el tronco fue llevado a un templo donde fue tratado como algo santo por la gente de Byblos durante cientos de años.

El nacimiento de Horus

Antes de continuar con la historia de Isis, pensemos un poco más en las momias de Egipto. Recuerdan a Gilgamesh, que tenía miedo de morir y se fue a un largo viaje en busca del secreto de la vida eterna. Pero la serpiente tomó la preciosa planta de la vida.

Ahora, los egipcios no pensaban en la vida eterna; sabían que la gente debía morir. Pero pensaban que al final podían hacer que la muerte fuera lo más parecida posible a la vida. Y esa era la razón por la cual hacían las momias. Estaban tan contentos de sus cuerpos que no querían que se convirtieran en polvo. Querían preservar sus cuerpos aun después de muertos, todo el tiempo que fuera posible.

Ahora piensen un poco en esto: la gente de la India no tenía tanto aprecio por los cuerpos. Cuando un hombre moría en India, su cuerpo era quemado en una pira, y se convertía en cenizas y polvo muy rápidamente. Entonces, durante el período de Persia y Babilonia, los seres humanos fueron apreciando cada vez más a su cuerpo físico y a la vida en la tierra. Pero más tarde aún, en el período del antiguo Egipto, la gente estaba tan contenta con sus cuerpos que, después de muertos, eran embalsamados y convertidos en momias. Así, ustedes pueden ver cómo fue cambiando el mundo a lo largo del tiempo.

Una reina de India, por ejemplo, no se hubiera preocupado tanto en encontrar el cuerpo de su esposo muerto, pero Isis emprendió una larga búsqueda para encontrarlo hasta hallarlo dentro de un pilar de madera en un palacio del rey de Byblos, en Fenicia.

Ahora bien, el rey de Byblos le obsequió además un barco a vela. Ella puso al féretro en el bote, bendijo al rey y así partió hacia el mar. Así, ella retornó a Egipto donde el malvado Set aún era rey. Sus soldados buscaron por todos lados a Isis y ella tuvo que esconderse en el país de los pantanos, donde crecían las cañas de papiros y donde el Nilo se bifurca en ramas como los dedos de una mano. Allí, en los pantanos del Nilo, Isis escondió el féretro, esperando el momento en que pudiera darle un entierro real.

Mientras permanecía escondida, la reina Isis dio a luz a un hijo llamado Horus. Ella esperaba con todo su corazón que llegara el día en que Horus pudiera castigar al malvado Set y se convirtiera en el soberano de Egipto. Pero Set y sus hombres no abandonaron su búsqueda y una noche, el más sabio de los dioses de Egipto, cuyo nombre era Toth, apareció ante Isis en sueños. Si ustedes vieran a ese dios en un sueño, tal vez no les agradaría mucho. Él tenía cuerpo humano pero la cabeza de pájaro, puntualmente de una especie de cigüeña llamada ibis, que tiene un largo y curvo pico. Sin embargo, los antiguos egipcios pensaban que el animal era mucho más sabio que los seres humanos. Y ellos decían: "Los pájaros pueden volar miles de kilómetros, encontrar su camino a África y volver sin un

mapa o compás". Y han visto ustedes qué hermosos están hechos los panales; las abejas los hacen sin ayuda de guías. Así, cada animal tiene una sabiduría que es mayor a la inteligencia humana. Y como esta sabiduría fue dada a los animales por los dioses, los egipcios adoraban a muchos dioses que tenían cabeza de animales.

Así, el dios Toth con su cabeza de ibis, apareció en el sueño de Isis y le contó que temprano al día siguiente, Set y sus seguidores vendrían a los pantanos. Cuando la reina despertó, aún estaba oscuro. Ella tomó a Horus y rápidamente abandonó el pantano. Pero el precioso féretro tenía que quedarse atrás ya que no podía llevarse junto con su hijo.

Temprano a la mañana siguiente, Set y sus hombres llegaron y pronto encontraron el féretro escondido entre las cañas. Set gritó de júbilo cuando el féretro fue abierto. Entonces, el malvado hermano hizo algo horrible. A su orden, el cuerpo de Osiris fue sacado y cortado en catorce pedazos para que los cocodrilos del Nilo se lo comieran. Ni aun los feroces cocodrilos tocarían el cuerpo sagrado de Osiris. En vez de ello, los pedazos fueron llevados a lo largo del río y, después de un tiempo, un pedazo tras otro fue depositado en la orilla del Nilo.

Otra vez la pobre Isis partió a buscar el cuerpo de su esposo, y por donde ella pasaba la gente de Egipto que odiaba al malvado Set, le ayudaba a ella y a su hijo Horus. Hasta que supo que cada pedazo del cuerpo de Osiris estaba enterrado en un lugar que la gente marcó construyendo un templo.

Con el tiempo, trece templos fueron esparcidos a lo largo de la orilla del Nilo, y ellos recuerdan lugares santos de culto durante muchos cientos de años. Sin embargo, el catorceavo pedazo del cuerpo no fue encontrado nunca. Y aunque Set y sus seguidores continuaban buscando a Isis, las personas siempre le avisaban a tiempo. Mantuvieron a Isis escondida y así nunca pudo ser capturada.

Con el tiempo, Horus creció y se volvió un hombre fuerte y un bravo guerrero. Sobre todo Egipto, los hombres en secreto fabricaban armas, espadas y lanzas, hachas de guerra y flechas para unirse a la lucha contra Set tan pronto como Horus diera la orden.

Un día, el espíritu de Osiris se le apareció a Horus en un sueño vistiendo ropas reales, y le dijo: "Hijo mío, desde que he dejado la tierra, me he convertido en el gran juez de todas las almas humanas. Cada hombre que muere llega ante mí y debe dar cuenta de su vida en la tierra. Las buenas y malas acciones están anotadas por el sabio Toth y en una gran balanza establecida, el corazón de cada hombre es pesado. Los corazones crueles, egoístas o mentirosos pesan poco, mientras que los corazones buenos y verdaderos tienen mucho peso." El espíritu de Osiris continuó: "Y cuando

todas las acciones son anotadas y el corazón es pesado, yo, Osiris, pronuncio la sentencia. Las buenas mujeres y hombres son bienvenidos en mi reinado pero los malvados son enviados al reino de la oscuridad donde hay monstruos y demonios por compañía. Y yo, Osiris, el juez de la muerte, te llamo a ti ahora a que te levantes en armas y liberes a Egipto del malvado y tirano Set.”

Pesando las almas de los muertos

El dios Osiris se había vuelto juez de las almas de los muertos. Los antiguos egipcios anotaron en los rollos de papiro lo que les había ocurrido a las almas después de dejar el cuerpo. Con grandes detalles, ellos describieron el viaje que las almas hacen después de la muerte.

Primero, tiene que pasar a través de un oscuro valle donde monstruos y demonios esperan, pero estas criaturas no tenían poder sobre las almas buenas que podían pasar por ahí sin miedo. Pero porque el alma de una persona mala estaba llena de miedo, los monstruos parecían más bravos y horribles, es por eso que a ese alma le tomaría un largo tiempo viajar a través del valle oscuro.

Más adelante, se les aparece un gran río, donde un barquero y un bote esperan. El barquero lleva remando al alma hasta el otro lado del agua. Mantiene su cara al frente y nunca pronuncia una palabra. En silencio, el alma era transportada al otro lado del río donde estaba el poderoso salón del juicio.

A la puerta, un dios con cuerpo de hombre y cabeza de chacal (parecido a un zorro), se encontraba con el alma y la acompañaba hasta un gran salón donde Osiris estaba sentado en un trono. Delante de Osiris, se encontraba un enorme aparato para pesar y al lado de dicho aparato estaba Toth, el dios con cabeza de ibis, con papiros y cañas para escribir las acciones de las almas. También había un monstruo con cabeza de cocodrilo, listo para llevarse las almas de los malos.

Alrededor del salón, estaban sentados muchos otros dioses que hablarían a favor o en contra del alma que estaba siendo juzgada, y ante esa asamblea de poderosos dioses que miraban tan gravemente, el alma de un hombre no podía hablar más que la verdad. Nadie podía mentir o fingir en el gran salón del juicio. Si en vida un alma ha sido buena, diría las palabras aprendidas en la tierra, palabras que están escritas en los rollos de papiro y en las tumbas y sepulcros de Egipto. No hice nada equivocado contra ningún hombre, nunca les he dado a mis sirvientes mucho trabajo, nunca jamás he engañado vendiendo mercaderías o dando falsas cantidades, mis pesadas siempre han sido ciertas, no he causado penas o

sufrimiento a ningún hombre, no he dicho mentiras sino la verdad, no he tomado aquello que no es mío, no he cometido asesinato. Entonces, el dios de la cabeza de chacal, llamado Anubis, medía toda la vida del alma en el aparato.

¿Pero cómo puede uno pesar toda una vida? Era una extraña clase de medición, ya que en una parte de la balanza no había más que una sola pluma, y una pluma es el signo de la verdad.

En el otro lado había una pequeña vasija con forma de corazón. Cada buena acción o palabra cierta dicha hacía a esta vasija más y más pesada, mientras que cada mala acción o falsedad la hacía más ligera. Así, si el alma había pertenecido a una persona mala la balanza con la pluma en ella, bajaría.

Toth, el dios de la cabeza de ibis, gritaba entonces el resultado de la medición. Si era el alma de una buena persona, el dios diría: él ha ganado la victoria, déjenlo morar con los dioses en los campos de Aalu (los cielos). Pero si el alma era mala, el monstruo con cabeza de cocodrilo la arrastraba lejos. Y cada egipcio sabía que se presentaría ante Osiris de esta manera y sería juzgado en el gran salón del juicio después de muertos.

Ahora bien, ya escucharon cómo Osiris apareció ante su hijo Horus en un sueño y le pidió que peleara contra el traidor Set. Horus obedeció. En todo Egipto, muchos hombres esperaban poder pelear contra Set por todo lo que habían sufrido durante el gobierno del malvado rey. Los soldados de Set robaban lo que querían sin castigo, tiraban a cualquiera que se atreviera a hablar con ellos a los cocodrilos del río y los días en que se aburrían, quemaban casas y cosechas solo por diversión.

Así que cuando Horus dio la orden y llamó al pueblo para tomar las armas y pelear para enfrentar al opresor, los hombres de Egipto obedecieron con alegría. Y antes de que el gran ejército marchara a la batalla, Isis vino y bendijo a los guerreros, y prometió a aquellos que murieran peleando por Horus que serían recibidos con amor por Osiris, el juez de la muerte.

La ciudad más grande de Egipto en esa época era Thebas, y fue allí donde los ejércitos de Horus y de Set se enfrentaron. Set y sus hombres sabían que no podían esperar clemencia de Horus, así que pelearon fieramente. Por un largo tiempo, ninguno de los dos bandos podía vencer al otro. Cuando Horus se enfrentó a Set en el campo de batalla, todos los demás dejaron de pelear y observaron. Set era mayor y más experimentado y sus mañas le permitían golpear a Horus y herirlo una y otra vez. Pero con la fortaleza de su juventud, Horus se recuperaba una y otra vez. Aquella tarde al ocultarse el sol, Horus con un poderoso esfuerzo, hundió su espada en el negro corazón de Set. El malvado rey cayó al suelo y una

nube negra apareció en el cielo, así como la llama de luz había aparecido cuando Osiris fue muerto. Esa nube negra era el espíritu de Set, que también era un ser divino pero malvado, y ahora era él quien había abandonado la tierra. Cuando Set cayó, sus hombres huyeron en todas direcciones pero solo unos pocos escaparon de las espadas de los egipcios. Horus y Osiris entraron triunfantes en la ciudad de Thebas y Horus se hizo rey de Egipto.

Las grandes pirámides

Con el tiempo, la reina Isis falleció y volvió junto a los dioses. También Horus después de un pacífico reinado, dejó la tierra y se hizo dios del Sol, que sale y se pone todos los días.

Recuerdan que Ra también era el dios del Sol, pero él gobernaba el sol cuando este estaba en lo más alto, al mediodía. Cuando el sol se pone y sale, es sobre la línea del horizonte la mayor distancia a la que uno puede ver y la palabra "horizonte" viene de Horus, la línea de Horus. Es el horizonte del que hablamos hoy en día. Pero los antiguos egipcios no contaban las horas del día como nosotros lo hacemos ahora. Ellos decían que la primera hora del día era después de que el sol se elevaba, diferente a nuestra concepción, que tomamos a la medianoche como el inicio del nuevo día. Para los egipcios, el nuevo día comenzaba con la salida de Horus, y también la palabra hora proviene también de Horus. Así, sin saberlo, nosotros también recordamos al hijo de Osiris con las palabras "hora" y "horizonte" que usamos hoy en día.

Ahora bien, debido a que los primeros reyes de Egipto, Osiris, Horus y aun Set, dioses que vivieron un tiempo en forma humana, todos los siguientes reyes (o faraones, como eran llamados) eran considerados dioses en forma humana. Cada orden de un faraón era obedecida como si un dios hubiese hablado. Enormes estatuas de reyes fueron puestas en lugares públicos para que la gente pudiera verlos con asombro y tener el sentimiento de que su rey los observaba todo el tiempo desde arriba tal como un dios.

La gente de la antigua Egipto fue también la primera en construir casas de piedra. Pero no eran usadas como casas propias o palacios de reyes. Los grandes palacios de los faraones eran de madera, mientras que la gente común vivía en casas hechas de ladrillo de barro. Como nunca duraban mucho, tenían que ser construidas una y otra vez. Los edificios que hacían con piedras eran para los dioses. Estos templos de los dioses eran construidos para que perduraran y estaban tan bien hechos que muchos de ellos con sus inscripciones, están aún en esta época nuestra.

Los trabajos más grandes hechos con piedras por los egipcios fueron las *pirámides*. Sabemos que las pirámides son las tumbas de los reyes de Egipto, pero esto no es completamente cierto, ya que por dentro de ellas hay cuartos (o cámaras) en las que los sacerdotes enseñaban sus más preciados conocimientos a los sacerdotes jóvenes. En nuestro tiempo, el conocimiento es enseñado a tantos jóvenes como sea posible, pero allí el conocimiento era considerado sagrado. Los ancianos sacerdotes solo enseñaban a los mejores estudiantes jóvenes, aquellos inteligentes y buenos, que eran enseñados en un lugar especial como lo eran las pirámides. Así, estos edificios eran templos y universidades al mismo tiempo. El conocimiento que era enseñado era guardado en secreto y no lo pasaban a otra gente. De qué se trataba exactamente, no lo sabemos, ya que tales secretos no eran escritos. Pero parecería que los estudiantes aprendían caminos para ver a los dioses y escucharlos, para su voluntad pudiera ser hecha en la tierra.

Había un número más pequeño de pirámides en Egipto, pero las tres grandes pirámides están en Ghizé, no muy lejos de la capital llamada Cairo. La más grande de las tres es la famosa pirámide construida por el rey Kuf o Keops. Tiene 480 pies de alto, que equivale a 138 metros y está colocado en el desierto como una enorme roca. Pero es una roca hecha por el hombre, formada por pesadas losas de piedra. Cada piedra pesa aproximadamente dos toneladas y media y hay dos millones de estas piedras. Pero lo maravilloso de todo esto es que cuando estas pirámides fueron construidas, los egipcios no tenían máquinas. Tampoco tenían hierro en absoluto, el único metal que usaban era el cobre que no es muy duro. No sabemos cómo cortaban estas enormes piedras en las canteras. Las canteras están muy lejos al otro lado del río Nilo así que ¿cómo transportaban estas piedras desde tal distancia? ¿Cómo levantaban estas piedras más y más alto a medida que las pirámides crecían? Solo podemos adivinar las respuestas. Debe haber habido cientos o miles de trabajadores. Quizás los dos millones de piedras eran cada una colocada sobre rodillos o troncos de árboles, por ejemplo, y lentamente llevados por cientos de hombres al lugar de la construcción. Y para levantar las piedras, quizás los egipcios hicieron rampas de tierra, una clase de pendiente que no era muy empinada; entonces ellos tiraban de las piedras hacia arriba por estas rampas.

Otra cosa maravillosa sobre las grandes pirámides es la forma en la que estas piedras están tan cuidadosamente cortadas. Son tan perfectas en su alisado que, al contrario de los ladrillos, no están sujetas entre ellas por cemento o mortero, sino que cada piedra encaja con su vecina arriba, abajo y a cada lado tan exactamente que no se puede pasar una hoja de navaja entre ellas. La gran pirámide de Keops es una de las maravillas del mundo, pero fue construida sin hierro, sin máquinas y sin ningún cemento. Recuerden que los babilonios, la gente del país de los dos ríos, fueron los primeros en medir el tiempo. Pero los primeros en medir las

piedras tan precisamente fueron los egipcios. Fueron los primeros en construir con piedras y que supieron cómo hacer las medidas absolutamente correctas. Cerca del lado de las pirámides, hay una roca grande natural que sobresale del desierto. Esta roca fue tallada a semejanza de la cabeza de un hombre con un cuerpo de león y es conocida como la "esfinge". Está sentada allí como un guardián; quizá mantiene guardia sobre los secretos guardados por los sacerdotes durante tanto tiempo en las cámaras de las pirámides de la antigua Egipto.

APÉNDICE

El siguiente material fue extraído del texto principal para mantener la fluidez de la narración. En el contexto ambiental de una clase, la intención del autor fue tan activa, imaginativa e ilustrada en el lapso de tiempo que implicaba el paso de 10.000 años.

La gente que contó estas historias que escucharán vivió mucho tiempo atrás. Tratemos de imaginarnos cuán atrás debemos ir. Ustedes ahora tienen 10 años. ¿Cuándo tenían sus padres 10 años? Aproximadamente, hace 25 años. ¿Y sus abuelos? Sus abuelos tenían 10 años hace 50 años atrás. Así, sus bisabuelos tenían 10 años hace 75 años. Y sus padres, es decir, los padres de sus bisabuelos, tenían 10 años hace 100 años atrás. Ahora, si uno de ustedes estuviera vivo por todos estos 10 años hoy, otro por sus padres, otro por sus abuelos, otro por sus bisabuelos y aun otro por sus tatarabuelos ello nos lleva hacia atrás 200 años. Ahora, si otros 4 niños están por cuatro generaciones más, eso equivale a 300 años. Otros 4 hacen 400 años y otros 4, 500. Allí suman 500 años y 20 niños. Así, ustedes pueden ver: necesitaríamos 4 grupos de 20 niños para sumar 2000 años, que fue la época en que Cristo vivió en la tierra. Pero tenemos que ir más lejos aun para llegar a la época sobre la que quiero hablarles. Tomemos otros cuatro grupos de 20 niños: eso nos llevaría a 2000 años antes de Cristo, y otros 4 grupos hacen 4000 años antes de Cristo. Así, para contar hacia atrás 10.000 años en el tiempo necesitaríamos 400 niños o 2 escuelas como la nuestra.

